
COLECCIÓN MILLARAY



BRAS DEL AUTOR

Que *Muecas en la Sombra.* □

La tragedia del amor. En colaboración con

Bernardo Jambrina. □ *El Tinglado de*

la farsa. (Soneto de la vida de teatro) □

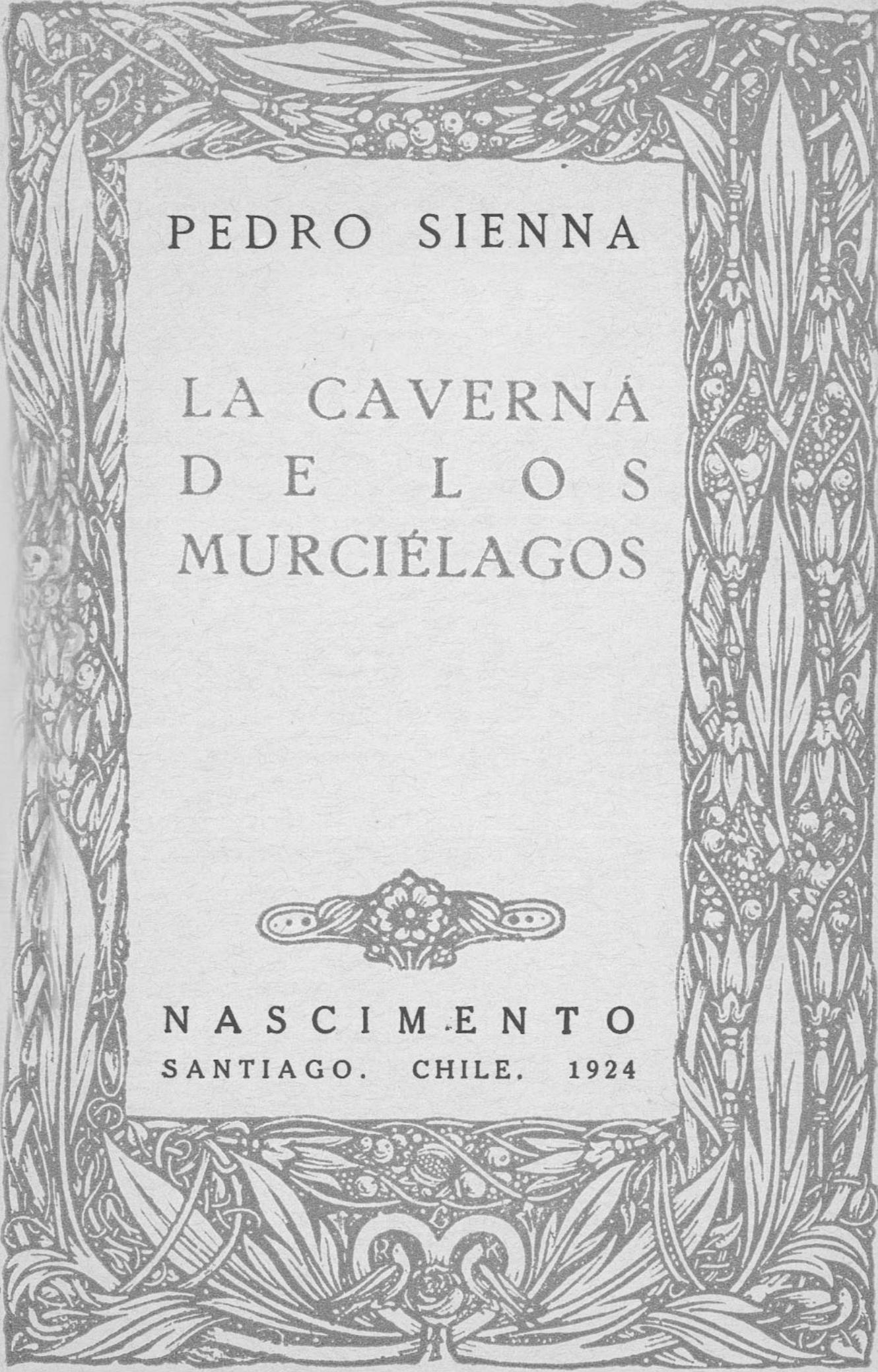
La Caverna de los Murciélagos. (Novela)

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN: *La emoción*

vagabunda. (Crónicas del teatro por den-

tro). □ *Un gran amor que pasa.* (Poe-

mas). □ *La máscara divina.* (Poema).



PEDRO SIENNA

LA CAVERNÁ
D E L O S
MURCIÉLAGOS



N A S C I M E N T O
SANTIAGO. CHILE. 1924

ES PROPIEDAD

A
EDUARDO
DE VALDIVIA
*que de haber nacido en los tiempos
de la Santa Inquisición
lo hubieran quemado
en el poste de
los herejes*

CAPÍTULO CERO

QUE TRATA DE LA MISTERIOSA CONDICIÓN DE ESTOS MURCIÉLAGOS, CON OTRAS MUCHAS COSAS INDIGNAS DE SER CONTADAS.

El Murciélago es un ratón disfrazado de Mefistófeles—observé yo en una ocasión. Esta frase burlesca fué el punto matriz que generó la sinuosa y tenebrosa línea que me condujo a la Caverna. En ella creí atisbar el secreto de la enigmática boji-ganga que representa en el mundo aquel curioso animalito. Sólo que la verdadera Caverna de los Murciélagos no es ésta precisamente, a causa de los poderosos impedimentos que me apresuro a exponer.

La Caverna primitiva, la inconcusa, la auténtica, era mucho más oscura, más inconexa, más deshecha, más fragmentaria, más deshilachada, más despatarrada... Era un bello hacinamiento de consecuencias de aquella frase inicial, con ramificaciones, circunvoluciones y variaciones sobre el mismo tema. Era lóbrega y espontánea, de un bárbaro interés. Se llegaba por un callejón tortuoso sin un solo farol a una gruta sin plano, a un silo tremebundo, a una intrincada fábrica subterránea construída por el mismísimo ateniense hijo de Eupálammo. Y no obstante, los Murciélagos campeaban a sus anchas en este laberinto, revoloteando satisfechos, lo que a mí me divertía extraordinariamente.

Pero el autor propone y el editor dispone. Nascimento, a quien llevé los originales, los encontró demasiado originales. «Es una lástima—me dijo—esto no tiene salida; lo que se vende es la novela. ¿Por qué no aprovecha el asunto y me escribe un libro de plan uniforme y continuado, con desenlace, que podamos anunciar como novela?»

Ah! y qué hermoso resultaría un ensayo sobre «La influencia de los editores en la literatura revolucionaria»—pensé.

¿Quién hubiera sido de alma tan dura para no transigir viendo que así se libraban de una condena cierta a cajón perpetuo estos inocentes Murciéla-

gos, hijos aventureros de la noche inmensa? No pude conformarme. Y transigí.

Y aquí me tenéis de nuevo, con una lámpara encendida, hurgando los rincones de la Caverna, rellenando, eslabonando, concatenando, calafateando, parchando, soldando, clavando grapas, atornillando bisagras, hasta dejar confeccionado aqueste libro que ¡gracias a Dios! fué del agrado de mi editor—¿será una mala recomendación?—y puede servir para muchos menesteres, incluso para ser leído.

Cumplido ya este vergonzoso y penoso deber que dejo como dato importantísimo a mis futuros biógrafos—porque tengo fe en que la posteridad, cuando yo no sea más que un aburrido puñadito de polvo, ha de hacerme justicia plenamente—sigamos adelante.

¿Partí de un punto cierto o erré de medio a medio? ¿Dí en el clavo de la clave o simplemente me he llevado un formidable tártago? No lo sé. Hagamos antes un poco de historia... natural.

La Señora Zoología afirma que el Murciélago, alias *Molossus nasutus*, tipo vertebrado, de la clase de los mamíferos, pertenece al orden de los quirópteros. Que mide más o menos 9 cm. de cabo a rabo. Que la cabeza es oblonga y gruesa. Que la oreja tiene el pabellón provisto de una válvula que le permite cerrar el canal auditivo cuando se le antoja.

Que el estómago lo tiene muy hundido, sobre todo cuando los escarabajos se declaran en huelga. Que las extremidades están transformadas en un aparato volador por una membrana que se extiende entre ellas, llamada patagión, la cual es delgada, desnuda, grasienta y recorrida por venitas. Que el pelaje es espeso, sedoso, de un color pardo rojizo que pasa al ceniciento en el vientre. Que es muy común en Chile. Que durante el día están reunidos en las casas viejas, especialmente bajo los tejados, colgados por sus garras de los pies, con la cabeza hacia abajo. Que al llegar la noche se les ve volar y cazar polillas, mariposas nocturnas, moscas, etc. Y etcétera: vale decir la mar de datos muy interesantes, pero que a mí me tienen sin cuidado.

Hago esta breve exposición de conocimientos científicos a fin de que se vea que no ando tan de a pie en la materia, y, porque me he tomado el trabajo de aprenderlos precisamente para darme después el gusto de contradecirlos. En este y en otros casos de mayor importancia me encanta marchar a contrapelo.

Bueno. Mis Murciélagos, pues, son estos mismos y no lo son. A ratos se les parecen; a ratos no. Manteniendo la esencia biológica, transforman su idiosincracia y aun su aspecto exterior, resultando unos moharrachos incongruentes que suelen usar

antiparras o coronas de aluminio empavonado, que se agrandan o se achican, según me conviene. O según les conviene a ellos, al sentido fabuloso de sus vidas, a las ocultas causas que les indujeron a revelármese así.

Son de una complicadísima psicología, de neurasténicos solitarios, difícil de precisar: socarrones, taciturnos, humoristas; románticos, joviales, tenebrosos; irritables, petulantes, filarmónicos. Su optimismo no alcanza a redimirlos: soportan con paciencia mientras a pedazos se les cae la esperanza.

Su seriedad deslinda con lo grotesco, su repulsión aborda la tragedia, y su tristeza infunde la simpatía. Cuando los ví ponerse graves me dieron ganas de reír; cuando danzaron de contento me produjeron espanto; oyéndoles contar su desventura me emocionaron y lloré con ellos.

Mis Murciélagos, en especial los miembros de «*The Bat's Academy*», son filósofos y eruditos, y por lo tanto desconfiados. Tienen el alma mística y el cuero de satanaces; el hocico de rata voraz y el cerebro enfermo de literatura. Oh! son acaso excesivamente literarios, pero esto no lo pueden remediar. Ni yo tampoco.

Nada de «color pardo rojizo que pasa al ceniciento en el vientre»: mis Murciélagos son negros totalmente. Negros, negros, retintos; como todo

lo que es negro o, no siéndolo, debiera serlo: como la tinta china, como los perros que aúllan de miedo, como los ojos de Zoraida, como los catafalcos, como el pecado horrendo, como los pianos, como la noche bruja, como la sombra del parricida, como los antifaces, como el fantasma de la viuda, como la pena. ¡Como la pena no! La pena es gris.

Mis Murciélagos son negros por la misma razón que todas las que se llaman Laura debieran ser rubias y gruesas; los Rodolfos altos, pálidos, de oscura barba en punta; las Juanitas trigueñas y con delantal; los Timoteos idiotas; los Leonardos geniales; las Emmas de cútis suave; los José María buenos para el caballo; los Jorges de cabellera blonda y ensortijada, los Rafaeles simpáticos y las Rositas querendonas.

Mis Murciélagos son negros por la misma razón que no se concibe un canónigo flaco, ni una cocota sin *chapeau à plumes*, ni un general sin bigotes y perilla blancos, ni una monja con peineta, ni un violinista barrigón, ni una madre sin ternura, ni un lacayo sin vileza, ni un poeta que no sea enamorado y sentimental.

Mis Murciélagos son negros porque resulta increíble que no lo sean, como resulta increíble que en la madrugada una mujer al trote por la calle—tal vez en busca de un médico—no vaya escapando de

una violación frustrada; o que un hombre use anteojos y no sepa leer; o que una persona en cuclillas pueda estar pensando algo serio; o que haya alguien que se deje matar defendiendo el escudo suizo que tanto recuerda el membrete de esas fajas que envuelven los rollos de algodón fenicado.

Mis Murciélagos—repito por la última vez—son negros, porque son los viudos inconsolables de una quimera enlutada y trabajan como volatines en un circo funerario de trapevistas de la sombra, de *jockeys* de la muerte y de malabaristas del misterio. Y, sobre todo, porque *no pueden ser* de otro color; porque así *deben ser* todos los Murciélagos; porque la Naturaleza se equivocó con ellos al igual que a medias con el melón: no todos los melones tienen la carne color *carne de melón*.

Sin embargo, hay cinco Murciélagos de peto rojo, que exceptúan la regla como cuajarones de sangre en una pompa fúnebre, y destacan la tiniebla encendiendo el corazón de la noche con una estridente frase lírica. Son los músicos de la *frozz-band*—la orquesta murcielaguesca—que imitan el estilo de los tzíganos cosmopolitas, esos de chaquetillas escarlata a usanza de Hungría.

¡Y no va más!, que dicen los jugadores. Basta de exordio. Mayores referencias encontrará más adelante quien se interese por la vida de mis Murciéla-

gos y doble la última página de este capítulo; de este Capítulo Cero, que yo llamo así porque en realidad no es sino un cero a la izquierda de una mala pesadilla, un parche equívoco y postizo como el pezón de los pechos varoniles, y que estaría aquí demás sino fuera porque en él va el santo y seña para no extraviarse, la tarjeta de entrada que me signó Baroja. Dice así:

El que toma la posición intermedia y ambigua entre lo trágico y lo cómico ya no podrá guardar un respeto completo por las cosas respetables ni reirse de todo corazón de las risibles. El pensamiento de la desarmonía le asaltará a cada paso, verá muecas cómicas en lo serio y sombras graves en lo grotesco; lo que bulle en el segundo plano se le proyectará en el primero y lo que se agita en el primero se le manifestará en el segundo.

Pero estamos perdiendo lastimosamente el tiempo en vez de penetrar en grata compañía—si el animoso lector se atreve—por los mil vericuetos y encrucijadas de esta verídica historia, espeluznante, absurda y melancólica.

CAPITULO I

DONDE A PESAR DE LA OSCURIDAD ALGO SE
ALCANZA A VER EN EL FONDO DE LA CAVERNA

¿Eh?... ¡Qué es esto!... ¿Dónde estoy?...— exclamé. Se me había dado vuelta el bote y estaba completamente a oscuras.

Nadie respondió. Mis voces se apagaron sin un eco, achatándose, rebotando sin ruido como ovillos de lana sobre las paredes de una estancia acolchada. Siguió una calma hueca y sobrecogedora, que desgarré con nuevas voces. Nada. Idéntico resultado.

Esperé anhelante. Poco a poco mis ojos se fueron acostumbrando a la sombra que me rodeaba.

Pude ver algo. El espectáculo me desconcertó. En este pícaro mundo las cosas no tienen más importancia que la que nosotros mismos les queremos conceder. Todo depende del mayor o menor grado de exaltación emocional que nos alienta en el instante de considerarlas. El valor absoluto es un mito y la verdad es un estado de ánimo. Si chupando bombones, acodados en un palco de teatro podemos sonreír de la tragedia, en cambio a la hora del desengaño nos hace llorar una canción.

Por esto, en vez de moverme a risa el estrambótico recinto en que me hallaba y mi ridícula situación—caído en el suelo de arenisca, arrellenado contra la borda de un bote volcado que afectaba la forma de un ataúd—me recorrió por la espina dorsal el mismo escalofrío de terror experimentado anteriormente durante la fantástica odisea sufrida hasta llegar ahí.

Y a cualquiera se la doy: me encontraba solo, abandonado en medio de los Murciélagos y yo me reconocía culpable. Además, a mis nervios relajados con tanto fúnebre trajín apenas si podía mi embotado cerebro domeñarlos. No digamos más; tenía miedo otra vez y no me avergüenza confesarlo. Bien dijo el admirable y olvidado Larra que todos tenemos miedo: los cobardes a todo: los valientes a parecer cobardes: en una palabra el que

más hace es el que mejor lo disimula, y esto no lo digo yo, precisamente; — agrega—antes ya lo ha dicho Ercilla, en dos versos, por más señas, que si bien pudieran ser mejores, difícilmente podrían ser más ciertos,

el miedo es natural en el prudente
y el saberlo vencer es ser valiente.

Hice, pues, acopio de energía y con empaque de antiguo adalid cogido en la celada, que el propio Amadís de Gaula hubiérame envidiado, encaré la cuestión audaz y dignamente. Me enderecé y echándome hacia atrás con un rápido movimiento los cabellos que me ofuscaban, dí con la palma de la diestra en el suelo y grité circularmente en son de desafío:

—¡Por fin, ya me tenéis en vuestro poder, Murciélagos del Demonio! Me voy aburriendo ya de tanta zarandaja. Con que decidme pronto qué queréis de mí y acabemos de una vez!

Hubo un silencio irónico en el que alentaba toda la elocuencia del poderío seguro y reposado.

En tanto se decidían a responderme, curioseé más detenidamente a mi redor.

Me encontraba en el centro de una espaciosa gruta o caverna, abovedada, de sobriedad francis-

cana, tallada en la roca viva que la humedad de siglos talvez había tapizado con una gruesa capa de verdinoso musgo, deshilachado a trechos, polvoriento, telarañoso, como el respaldo de esos viejos sofaes de gastado peluche que yacen en los desvanes.

Desde un metro del suelo hacia arriba, horadaban circundando totalmente las paredes, a excepción del lienzo fronterizo infinidad de huecos superpuestos y equidistantes a modo de largas filas de destapados nichos de panteón. Parado en el umbral de cada cueva había su correspondiente Murciélago, que me escrutaba, asomando medio cuerpo afuera, extáticamente ceremoniosos, como pajarracos de antiguos *relojes de cuco* que los hubieran sorprendido inmovilizándolos en la actitud de dar una hora.

Pájaros sonámbulos de relojes vetustos, con la cuerda rota, paralizada por una eternidad.

Pájaros muertos, quietos para siempre en la expectativa de una hora fatal que no podrían cantar nunca.

Había un nicho vacío. Uno solo. Era el más alarmante: su lóbrega boca abierta como dejando escapar un secreto del más allá me atraía con la irresistible sugestión del enigma, de la excepción inexplicable.

Enfrente mío, en el ábside de esa primitiva catedral de catacumba se alzaba una chata mole de piedra que tanto parecía el irrevocable mesón de un tribunal de conspiradores como el altar inquietante para officiar el rito blasfematorio de la misa negra.

Conté hasta trece Murciélagos posados sobre el extraño promontorio: uno más crecido y gordo que los otros en la presidencia y media docena a cada lado. Fijándome mejor observé que el del centro usaba unos anteojos de vidrios ahumados, de cuadrada montura y una especie de anillo de servilleta de metal empavonado sobre la testa, a guisa de corona.

Era sin disputa el jefe.

Por supuesto que todo lo veía apenas, adivinándolo más bien, merced a una difusa vislumbre cenital, que caía probablemente de alguna abertura disimulada en la cima de la altísima cúpula perdida en la sombra que coronaba la caverna y que envolvía las cosas difuminando los contornos con una luz lechosa de luna o reflejo sideral.

Pero el silencio se prolongaba más de lo conveniente; constituía ya una burla socarrona y manifiesta.

Un poco más sereno, aunque no tanto que lograra evitar un imperceptible temblorcillo delator en

la garganta, repetí, esta vez con más comedi-
miento:

—Señores Murciélagos, ¿seríais tan amables de explicarme a título de qué tengo el agrado de ser vuestro huésped? ¿Soy persona grata para vosotros o abrigáis en mi contra algún sentimiento desfavorable? ¿De qué me acusáis? Yo os ruego encarecidamente tengáis a bien satisfacer mi natural curiosidad, y espero de vuestra cortesía no darme de nuevo el silencio por única respuesta.

Entonces el Presidente, o lo que fuese, movió rápidamente sus alas, orden convenida sin duda, porque al instante, excepto él y sus doce vocales, todos los demás bichos abandonaron a un mismo tiempo el umbral de sus cuevas y empezaron a revolotear en aérea danza fantástica a mi alrededor.

Como tan celebrada y onomatopéizicamente dijo Espronceda, ídolo poético de mi abuelo materno (Q. E. P. D.)

En algunos giros y vueltas zigzagueantes, alcanzábanme casi a rozar sus asquerosas membranas, por lo que yo, crispado, haciéndome un ovillo en el suelo, aturdíales a gritos:

—¡Absit! Noli me tangere!

Decididamente de poco les habría aprovechado rondar los campanarios de las iglesias, pues no

sabían pizca de latín, y si lo comprendían no se les daba la gana de hacerme caso.

Sólo después que hubiéronse venteado a su gusto, con un entusiasmo digno de mejor causa, el jefe dió otra señal y volvió cada mochuelo a su olivo, digo, cada Murciélago a su cueva.

Tras un desasosiego de acomodo retornó la calma. El Presidente se afianzó las antiparras con la garrita del ala siniestra—en el sentido de izquierda y aun más en el otro—hizo luego con las dos un movimiento de metisaca al igual de esos cómicos españoles cuando se estiran los puños de la camisa, carraspeó y adelantándose con mesurado continente cosa de cuatro pasos sobre su tarima, encaróse conmigo y se expresó así, dándose una importancia campanuda y majestática.

CAPÍTULO II

EN EL QUE MOMBOROTOMBO DESEMBUCHA UNA ERUDICIÓN FÁCIL Y BARATA JUNTAMENTE CON OTRAS MAJADERÍAS.

—Hombre de la tierra clara: yo soy Momborotombo, Jefe Supremo de los Murciélagos de Chile, en cuya caverna has tenido la honra y el atrevimiento de penetrar.

Con tu llegada has interrumpido una sesión de «*The Bat's Academy*»—le he puesto el nombre en inglés porque resulta más cómodo. Bueno. Este... una sesión, repito, que presidía asesorado de los doce doctos académicos que ves aquí, entre los cuales se cuentan, no diré lumbreras, que esto es

inverosímil en nosotros, pero sí, notables Murciélagos de ciencia, artistas meritísimos, filósofos, poetas y literatos de justa fama, tales como mis dos secretarios: Frofrolo (se inclinó el Murciélago de la derecha) y D'Auglabal (se inclinó el de la izquierda). Este es de abolengo francés, su afán aventurero lo trajo a *faire l'Amérique* agarrado a las jarcias de un navío que zarpó una noche del puerto de Marsella; es Murciélago de *sprit*, extremadamente culto y ducho en materia de elegancias; Frofrolo es un buen poeta y junta a un muy delicado temperamento tenebroso un gusto refinadísimo en cuestiones de arte. Ya los apreciarás más adelante, como asimismo a otros no menos recomendables compañeros de estudio una vez que sufras el castigo que te imponga el fiscal que ha de juzgarte. Pero antes es mi soberana voluntad que expliques por qué estás aquí, ¿qué hiciste? ¿qué fué lo que te arrastró hasta llegar a nosotros?

—Pero si no es culpa mía, señor Momborotombo —le contesté poniendo la cara más inocente que pude— Si precisamente eso es lo que yo pregunto: ¿por qué estoy aquí? Comprendo que soy un estorbo, un intruso en medio de tan inteligente y agradable reunión, y yo que siempre he sido un sujeto de costumbres honestas que jamás ha fastidiado a nadie, no quisiera que...

—No trates de disimular, no seas hipócrita—me atajó Momborotombo irritado—Maquiavelo me ha enseñado que la naturaleza de los hombres soberbios y viles es mostrarse insolentes en la prosperidad y abyectos y humildes en la adversidad. Además puedo exclamar con Meng-Tseu: ¡Quieres parecer honesto y moderado! Pero el hombre honesto a nadie desprecia, a nadie insulta; y el hombre moderado, contento con lo que posee no perjudica a nadie. Por último, según la opinión de San Agustín, el peor de los hombres es el que siendo malo quiere pasar por bueno, siendo infame habla de virtud y pundonor. Pero esto talvez es demasiado fuerte para tí y no quisiera ofenderte a mansalva; me bastará citar a Cervantes que dice que aunque la hipocresía suele andar lista, a lo largo se le cae la máscara y queda sin el alcanzado premio.

Con que ¡vamos! cuéntanos expontáneamente el por qué de tu visita. Habla sin temor, que no te interrumpiremos con chistecitos de baratillo, como se estila en los congresos de tu país, grosería reveladora, más que del menosprecio al ofendido, del poco respeto a sí mismo. La interrupción chocarrera es una pelota de *tennis* que dá en el pecho del contrario, dejándole una mancha de polvo que desaparece con un simple papirotazo, y que rebota contra las narices del interruptor, marcándole con

la imperecedera huella de su mediocre chatura intelectual. Este...

Nosotros somos lo suficientemente bien nacidos para no incurrir en tal desaguizado. ¿Qué esperas?

Comprendí que se me pedía una declaración en forma y sospeché que como llegaran a enterarse de mi delito y la tomaran por la tremenda, era más que seguro que me liquidaban. Preferí mentir.

Pero a Momborotombo, que debía ser un psicólogo de agallas, no se le escapó mi indecisión y antes de que yo empezara mi sarta de salvadores embustes, prevínome:

—Hombre de la tierra clara, recuerda a Rosseau cuando advierte: ¡Cuántas restituciones y reparaciones no hace ejecutar la confesión!; a Voltaire mismo, que afirma que la confesión puede considerarse como el mayor freno de los crímenes secretos; a Chateaubriand que cree que sin la confesión el culpable caería en la desesperación. Todavía, por boca del omnisapiente Confucio, pregúntate: ¿Has cometido alguna falta? No temas repararla; no vaciles un instante; no perdones esfuerzo ninguno para levantarte y rompe resueltamente todas las cadenas que te lo impidan.

Pero este Murciélago ha leído más que Armando Donoso,—decía yo entre mí.

—No te extrañe la afluencia de mis citas,—

advirtióme Momborotombo, que, viejo cazurro, había adivinado mi pensamiento—lo hago adrede para que veas que no somos unos mentecatos. Ya me has tomado el pulso y espero que no te considerarás denigrado alternando con nosotros. Pero antes serénate un poco,—continuó con burlona petulancia—pareces asustado. ¿Tal espanto te causó la visión de nuestra humilde caverna que todavía tiemblas?

Me estaba tomando el pelo.

—De ninguna manera—le contesté con una sonrisita de conejo—fué una gratisima impresión la que recibí. Sólo que al principio no me había acostumbrado a la oscuridad y en medio de esa calma sepulcral—agregué para no quedarme atrás en lo de las citas y clavarle una banderilla al quiebro—me inquietó un poco el recuerdo de una frase de Valle Inclán que dice:

«Sobre el vasto recinto se cernía el silencio como un Murciélago de maleficio, que sólo se anuncia por el aire frío de sus alas». Nada más.

—Bien, bien. Este... eso está en la Sonata de Primavera, cuando el Marqués de Bradomin, herido, se entrevista con la Princesa Gaetani en la penumbra de la biblioteca.

—Exactamente. Y a propósito de biblioteca, veo que gustáis de la lectura—le dije obsequiosa-

mente, dichoso de descubrirle un lado flaco a ver si le ganaba la voluntad.

—En efecto—me respondió.—Para mí, como para Gladstone, los libros son una compañía muy delectosa, y aun sin abrirlos parece como si desde los estantes hablaran con nosotros y nos dieran la bienvenida al entrar en una biblioteca. Pero no nos escapemos por la tangente. Tienes la palabra.

No había más remedio que cantar claro.

CAPÍTULO III

DONDE SE DECLARA LA CAUSA DEL EFECTO Y SE DAN DETALLES DE UN HORRENDO CRIMEN

Señor Momborotombo, señores Murciélagos — empecé—: Bien podríais ahorraros la molestia de escuchar esta declaración, porque os prevengo que lo que puedo contaros tiene poquísimo interés, apenas si ese poco de interés que tiene la mayoría de las cosas que no son rematadamente vulgares. Pero ya que os empeñáis, escuchadme, que os aseguro decir verdad, toda la verdad, aun a trueque de enfadaros al avanzar algún concepto o expresión capaz de herir vuestro susceptible orgullo ra-

cial. Os pido, pues, anticipadamente mil disculpas, y voy a ello.

Os parecerá extraño, talvez, que un hombre de teatro, un muchacho con fama de bullicioso, un fandangulero impenitente, hecho al traqueteo ensordecedor de los trenes en marcha y al clamoroso entusiasmo de los públicos, pueda desear algunas veces, fervorosamente, la serena compañía de la quietud... Sin embargo es así. Apesar de aquello. O acaso por lo mismo. ¡Uno es tan contradictorio! Bueno. El asunto es que esta noche, después de *haber hecho*—como decimos en la jerga teatral— tres actos mazacotudos de una comedia trivial, salí a la calle con el loable propósito de trasnochar en calma azul. Vano deseo, señores Murciélagos: había fiesta esta noche: es una fecha memorable por decreto alcaldicio, y los amigos que me salieron al paso cumplían la consigna estrictamente, con disciplina de prusiana tropa, alegrándose, alborotándose porque sí, porque *era fiesta*.

Me alejé de ellos.

Un gentío ambulante, *un vulgo errante, municipal y espeso* como aquel del «Soneto Autumnal» de Darío, atascaba las calles. Todo eran voces y gritos y codazos. Todo chillaba desaforadamente: desde el campanilleo de los tranvías eléctricos hasta las faldas populares de percal; desde las trompe-

tillas de cartón listado hasta el brillo duro de los bronces—fregados con gamuza—de los autos que trepidaban veloces. Ni siquiera había neblina. Porque en las noches de neblina los autos que pasan a lo lejos, a todo correr, parecen monstruos marinos que van bufando de rabia por el fondo del mar con los ojos incandescentes, y esto suele distraer.

¿A dónde ir esta noche de unánime clamor confabulado, en que nuestro corazón naufraga y disuena en el bullanguero tumulto, porque no éstamos a tono, porque *no sentimos* la alegría loca que en esta ocasión nos falta sin saber por qué? ¿A dónde ir? Me daba pena de encontrarme solo, más solo que nunca, pues las aceras estaban repletas de gente.

Aspiré por fin un relativo bienestar al acordarme de un amigo mío—E. ... de V. ...— hombre solitario, raro, que vive emboscado como un ogro pálido en una casita de barrio apartado, pequeña como una grillera, con los frisos tapizados de cretonas oscuras, siluetas de Kirchner por las paredes, divanes «*profonds comme des tombeaux*», y sobre el piso encerado un negro, sentado en un rincón, encima de un desbarajuste de cojines persas falsificados, un amarillo esqueleto disfrazado de Pierrot. Además tiene un detalle único, *sui*

generis, que es el que dá el color, el *cachet* a la casa, la marca de fábrica: es un ataúd, hecho a su medida, que mantiene atravesado diagonalmente en la sala. ¡Para qué voy a referiros los comentarios de las comadres y vecinos cuando vieron entrar el ataúd y nunca sacar el difunto! El susodicho artefacto lo suelo utilizar a manera de escaño donde a veces me siento a hojear «Le Rire» o a discutir la finalidad del espíritu en la disgregación de la materia. Detalles. Continúo.

Fuí a llamar a la puerta de mi amigo. Se demoraba en salir. Mas como vislumbré por la ventana el eterno crepúsculo del globo anaranjado de su lámpara, esperé filosóficamente en la desierta callejuela.

Por fin abrió. Mi amigo venía como un fantasma de castillo embrujado: traía colgando de los hombros una larga sábana y en las manos una cosa negrusca que aleteaba.

—¿Qué significa esto, hombre de Dios?— le pregunté.

—Muy sencillo—respondióme.—Al patizuelo de la casa se coló un Murciélago y lo acabo de cazar en la trampa clásica: haciendo girar en la sombra este trapo blanco.

Entramos. Examiné el animalejo con curiosidad. ¡Qué asco! ¡Qué sensación más peluda y viscosa!

Me pareció que tenía en la mano la concreción de una noche de estupro faunesco sobre un lecho de terciopelo húmedo... Cogí una lupa de sobre una mesa y lo volví a contemplar. Según acercaba o retiraba el vidrio de aumento la cabezota aparecía descomunal o se empequeñecía hasta borrarse.

Después—perdón señores: es el gesto ancestral—lo clavo con cuatro alfileres en la pared y le meto un cigarrillo inglés en el hocico. El pobre animal aspira el humo y lo arroja a bocanadas asmáticas. Se retuerce, trata de zafarse. Sufre visiblemente. Se ofusca, se ahoga, se asfixia... El espectáculo es diabólico y cruel, pero no es bello, porque el cuerpo de felpa sombría no destaca bien sobre el fondo rameado y oscuro de la cretona.

Se me ocurre otra idea—censurable asimismo, lo comprendo—desclávolo, me arrodillo en los almohadones, y prendo el Murciélago palpitante a manera de una caprichosa corbata de pintor del Barrio Latino bajo la blanca rodilla del esqueleto disfrazado...

Y ahí quedó, agonizando, mientras nosotros bebíamos unas copitas de oporto con charla y galletas.

Menudearon las copas. Languideció la charla. A mi amigo se le cerraban ya los ojos...

Me fuí.

CAPÍTULO IV

EN EL QUE LOS CIGARRILLOS INGLESES Y EL ESTILO BAROJIANO JUEGAN UN IMPORTANTE PAPEL.

Llegué al cuarto de mi hotel. Me acosté. Apagué la bombilla eléctrica. Pero no pude conciliar el sueño. El Murciélago revoleteó sin descanso, con una pegajosa insistencia de pesadilla fúnebre en torno a la caverna que cierran mis párpados.

A fin de engañar el insomnio, encendí una vela que tiene una pantallita chinesca de papel pintado y me puse a leer un tomo de las «Memorias de un hombre de acción», de Baroja, con *chapelgorris*, trabucos y conspiradores, y a fumar ávidamente, que-

mando un cigarrillo en el cabo del anterior. Al principio me fué punto menos que imposible enriermarme en la lectura: las letras empezaron a jugar conmigo al escondite: se empequeñecían y saltaban como pulgas; algunas adoptaban de improviso una especie de *camouflage* y me hacían entender disparates morrocotudos; líneas enteras se empastelaban o desaparecían de mi vista por arte de birlibirloque y se colocaban muy orondas más abajo como si tal cosa.

Me frotaba los ojos, pestañeaba seguido y arremetía de nuevo. El recuerdo de mi víctima no me abandonaba; la obsesión era constante, molestísima, epidérmica: el Murciélago se vengaba evidentemente, de mi brutalidad pueril.

En el fondo de mi cenicero de cobre —una preciosidad de cenicero, señor Momborotombo, muy artístico, que representaba una hoja de parra abarquillada, con una verde lagartija reptando alrededor—se amontonaba una pirámide de colillas desventradas y retorcidas como un tirabuzón. El humo, entretanto, había tendido por la atmósfera de mi pieza anchas bandas grises y azuladas, opacando la luz de la bugía que íbase consumiendo.

Una luna redonda, de color amarillo metálico, grande como un plato, típica luna de aquelarre, asomaba su cara de intrusa detrás de los vidrios de

mi ventana. La aborrecí más que nunca. ¡Bobaliconal— le grité— ¡Embaucadora de mi mocerío!
¡Vieja romántica!

Vieja bruja, vieja harpía,
madrina de la utopía,
tumba de mi corazón...

Sin pensar había entrado en el ritmo de mi «Canción de odio a la luna», olvidada casi, escrita en la primera juventud...

Inconscientemente empezaron a acudir a mi memoria esas estrofas, en que yo, paradójicamente, señores, decíale a la luna mi aborrecimiento con ternura de funámbulo:

Porque me hiciste pensar
en la tristeza de amar
y en el placer de sufrir
porque me hiciste soñar
en farándulas de azar
y en lo dulce de morir.

Porque ya no encuentro el medio
de librarme de tu asedio,
calavera inoportuna;
porque no tengo remedio

y de morirme de tedio
y enloquecido de luna!...

Un nubarrón pasó delante de ella. La ví entonces como a través de un vidrio ahumado; como debeis verla vos, señor Momborotombo, a través de vuestros anteojos.

Tres campanadas cayeron ondulando desde lo alto de una torre.

El tabaco inglés, especioso y opiado, sumíame poco a poco en una vaga somnolencia que se complicaba angustiosamente con las sordas palpitaciones de mis sienes recalentadas y un persistente campanilleo de puerta de cine en mis oídos. Tenía fiebre; los cabellos se apelmazaban contra mi frente sudorosa. Y la arrastrante inventiva del novelista, cuyo libro había vuelto a coger, no conseguía encauzar mis ideas en desorden. Al contrario: por la maraña dispareja y vehemente de su estilo, desenredándose como una embrollada madeja vertiginosa, anudada de episodios, íbaseme desorbitada la imaginación, dando volteretas sin sentido, como un equilibrista loco sobre una red de alambres telefónicos tendidos sobre el abismo de una catarata.

La prosa eslabonada con elásticos, tirantes primero por la fuerza invisible del argumento, empezó a ceder, a ceder, a descabalarse; los períodos se

sucedían a tientas, con un mortificante compás de impedido con muletas que quisiera ir de prisa, de prisa... Y comencé a rodar en un enorme coche desvencijado, especie de antigua diligencia, arrastrando un ruido ensordecedor de cascabeles, por una carretera en declive, llena de baches que no se podían prever a causa de la polvareda del camino que oscurecía la luz de un farolillo veneciano y vacilante, colgado de una percha que lo zarandeaba en todas direcciones. Miré desde el pescante hacia atrás, al interior del coche, y me dió risa ver, por una desgarradura del gran toldo de hule, en parejas alternadas, seis damiselas vestidas con crinolinas de papel pintado—igual al de mi pantalla—charlando como cotorras, acompañadas de otros tantos caballeros que permanecían silenciosos—debajo de unos descomunales sombreros de copa, espeluznados, altos como tubos—mirándome con desconfianza. De repente, ya no era en el asiento al lado del auriga de chasqueante látigo donde iba yo encaramado. sino que volaba sobre la silla del postillón, jinete en un desbocado corcel que galopaba desesperadamente saltando árboles caídos, de esquelética ramazón; vallas oscuras, gibosas que fingían inmensos camellos echados de bruces en el suelo; charcos de agua que pasaban velozmente, reflejando un instante la turbia claridad del cielo,

como pedazos de espejos mal azogados, esparcidos a lo largo del camino. Procurando detener al caballo en esta carrera desesperada, tiré hacia atrás de las riendas con todas mis fuerzas y ¡lo degollé!, tronchándolo por el medio del cogote como si hubiera sido un plátano. Entonces me agarré con ambas manos del arzón delantero y me mantuve firme, a pesar de las corvetas y corcovos inverosímiles que daba el animal sin dejar por eso de correr, hasta que llegamos al borde de un acantilado, donde se detuvo bruscamente, lanzándome disparado al espacio como un muñeco despedido por una honda.

CAPITULO V

DONDE SE DA COMIENZO AL RELATO DE LA AVENTURA DEL BOTE

Caí...— volteando en el vacío, describiendo una angustiosa trayectoria, sintiendo chapotear abajo una mar estriada de fajas luminosas que se contraían espasmódicamente y se estiraban luego como los anillos de una serpiente escamada de lentejuelas multicolores—sobre la popa de una embarcación a remo donde se apretujaba una caterva de chapelgorris armados con viejos fusiles de chispa, que procuraban aligerar el bote que embarcaba agua en abundancia, para lo cual se quitaban las boinas,

utilizándolas a modo de baldes que después vaciaban por la borda al mar.

A mi me alcanzaba el agua a las rodillas, pero no sentía frío: era un líquido tibio y espeso como chocolate a la española y que empezó a escurrirse prontamente hasta no quedar una gota.

Y mientras los bogadores, desnudos de medio cuerpo, hendían las ondas curvando sus torzos musculosos y los remos, finos y largos, se alzaban y caían chorreantes, acompasadamente, como las patas de una araña gigantesca, yo, encantado, empuñaba la barra del timón—no sé con qué derecho—y contemplaba el cielo, a ver si distinguía la Cruz del Sur.

En el centro del esquife se celebraba un animado conciliábulo. ¡Pero qué tonto soy!—pensé—¡Si hablan en vascuence! Y desde aquel momento comprendí perfectamente todo lo que decían. Presté atención. Se me pusieron los pelos de punta. Un hombre alto, narigudo, con una tira negra que le cubría la mitad del rostro, gritaba desaforado, haciendo mil aspavientos ridículos:

—¡Yo os juro por la salvación de mi ánima que él solo tiene la culpa del fracaso de la causa! ¡Es un traidor! Ha asesinado al Murciélago y debemos, para que sirva de escarmiento, fusilarlo por la espalda, amarrado al palo trinquete, y arrojarlo des-

pués al fondo del océano, con una gruesa bala de cañón atada a los pies!

(¡Pero qué farsante es este tío!—decía yo entre mí—¿De dónde va a sacar el palo trinquete si en el bote no hay ninguno? ¿Y la famosa bala de cañón?... Además que la pólvora debe estar mojada...)

—Sí, compañeros,—proseguía el narigudo con una retórica de relumbrón que le hubiera envidiado un *choclonero*—es preciso sepultarlo para siempre en las fangosas linfas del Leteo, más profundas que el sueño más profundo, hundirlo en el olvido, borrar su nombre de la faz de la tierra y aventar las cenizas de su funesto recuerdo... ¿Qué os parece?

—¡Muy mal!—me dieron ganas de gritarle; pero no me atreví. Tampoco hubo necesidad. Un gordo de barba aborrascada, color de miel y ojos azules que le daban un ingenuo aspecto de inventor sin suerte, repuso sosegadamente:

—Yo creo, mi capitán, que ante todo debemos cerciorarnos si ha quedado vivo; el golpe fué tremendo. No vaya a ser cosa que fusilemos un cadáver. Esto resultaría ilógico, absurdo, y se prestaría a comentarios nada favorables que conviene evitar a todo trance.

—Tiene razón que le sobra — arguyó el Capitán.

Entonces yo me hice el muerto. Cerré los ojos y mantúveme así, conteniendo la respiración. Sentía sobre la cara el aliento vinoso de mis presuntos victimarios. Me palpaban entre broncos silabeos. Poco a poco se fueron alejando y cesaron sus voces por completo. Me aventuré a entreabrir un ojo. Estaba solo. Habían desaparecido los chapelgorris y la barca, sin remeros, como llevada a remolque por una fuerza desconocida, surcaba las aguas en línea recta, dando suaves tumbos.

Me senté en la bancada de popa y al explicarme el milagro, o mejor dicho el embrujamiento de esa locomoción fantástica, un irrefrenable temblor me hizo castañetear los dientes, en tanto que mis pupilas se desorbitaban ante la maravilla de lo sobrenatural. ¡Cielo santo lo que ví!

CAPITULO VI

EN EL QUE DESPUÉS DEL ARTIFICIO DE LAS LUCES APARECE EL ARTIFICIO DE LAS SOMBRAS.

Enfrente mío, cual una horripilante Ave Roc de las «Mil y una noches», agarrándose con ambas patas a los salientes rebordes de la proa, se alzaba un Murciélago inmenso con las alas extendidas a manera de oscuro velamen que el viento hinchaba con un sordo rumor.

Muy arriba, a la altura de una torre, aquel basilisco fugado del Averno, levantaba en la trompa de su hocico, chupándolo glotonamente, un cigarro enorme como el cañón de una chimenea, de

cuya punta encendida, envuelta en bocanadas de humo espeso, brotaba, desparramándose por el aire de la noche, la fantasmagoría feérica de un millón de luces de Bengala: rojas culebrinas que cruzaban silbando y morían con un largo gemido lastimero... Chisporroteantes cohetes incandescentes, que estallaban como granadas que llevaran en su seno un fabuloso tesoro de lumínicas piedras preciosas... Vértigos de luces giratorias: azules, amarillas, verdes, anaranjadas... Rosetas multicolores... Girándulas de cruces de Malta, de rombos vacilantes, de círculos concéntricos... Haces de alongados dedos de fuego, que se abrían en abanicos, goteantes, y después se clavaban chirriando en el mar...

De pronto cesó la crepitante fiesta nocturna. Los últimos carbones enrojecidos caían desde lo alto, esparciendo banales chispas y quedaban sobrenadando a merced de las aguas como viejos tapones de corcho ennegrecidos, como recuerdos flotando en el olvido después del naufragio de un gran amor tempestuoso. En un carbón aun brillaba una pobre chispita de ilusión. Yo la apagué.

Girones de parda humareda pasaban atosigándome con su olor nauseabundo a trapo quemado —a chamuscadas membranas de Murciélago, talvez.

En la hornilla del enorme cigarro de aquel pajarraco apocalíptico, subsistía un resplandor fosforescente, inquietante, siniestro como la linterna de un faro de ultratumba que presagiara un peligro de eterna condenación.

Las alas del Murciélago, batidas por un viento avendabalado tremolaban con un frenético redoble de fúnebres tambores. Las alas crecían ¡crecían!, como dos estandartes de la Muerte, cubriendo el cielo, tapando el horizonte, combándose detrás de mí, hasta que todo el espacio que mi vista abarcaba no era más que un doble cortinaje de negra gasa, de mortuorio velo de crespón, a través del cual se transparentaban las estrellas enlutadas y el globo amarillento de la luna. Así debió ser, en la subconciencia de un chino embrutecido por el opio, el pavoroso biombo de tinieblas de un Buda ensimismado y taciturno.

Las olas pesadas, lamían con un chasquido de gelatina los costados de la barca que adelantaba tumbándose de babor. Con un movimiento involuntario restablecí el equilibrio y miré hacia arriba...

La brasa del cigarro fulguraba apenas, parpadeando cual la inflamada pupila de un cíclope soñoliento. Las espumosas crestas de las olas teñíanse a intervalos con una débil tinta de sangre, como

si de tiempo en tiempo fueran tocadas por una mágica varilla que las hiciera florecer en momentáneos racimos de coral.

Pero el cigarro se consumía. Sus parpadeos sanguinolentos eran cada vez más distanciados. Por fin se apagó.

El bote se estrechaba, angulándose, afectando la forma de un cajón de difunto; las chumaceras de bronce colgaban a los costados como las agarraderas de un ataúd.

El Monstruo disminuía sus gigantes proporciones hasta que, reducido al porte de un Murciélago común, echó a volar en línea recta, cual si marcara un rumbo inexorable. Un instante lo ví, frente a la luna, como una rata aérea royendo un queso de bola; se empequeñeció más, se hizo un punto negro en el centro de una circunferencia. Por último ya no lo ví. Y me dió pena sin saber por qué.

La luna, premeditadamente, se hundió debajo del horizonte. Las estrellas, una a una se cayeron al mar.

El caos.

La sombra de la sombra me envolvía en medio de un silencio absoluto. Eramos la Nada y Yo.

Sentí ese pavor insondable, ese miedo recóndito y convulso, que paraliza el corazón, escalofriándonos hasta la médula de los huesos...

¡Sólo los que han estado en trance de morir, los que han sufrido la basca del cloroformo; los que han estado a punto de ahogarse podrán comprenderme!

Era una sensación parecida, talvez, a la que debieron experimentar los antiguos navegantes, cuando extraviados de noche en alta mar, roto el gubernalle, en un navío desmantelado, después de una tormenta y arrastrados por corrientes ignoradas, recordaban que la tierra era plana y el océano se vertía por los bordes.

Pero mi sensación era más fuerte que todo eso: era la sensación indefinible del que se vé llevado sin remedio entre dos abismos infinitos; del que sabe que va trasponiendo la caótica sombra neutra que separa la Vida de la Muerte; el ser de no ser; la sensación del espíritu recién desprendido de la materia que emprende el viaje sin retorno y se encuentra solo ¡solo! perdido en medio de la inmensidad.

¿Sería el Báratro de la perenne tiniebla? ¿El Hades griego, morada de los Muertos, el desolado Tártaro que invocaba Prometeo? ¿El Limbo? ¡Qué sabía yo, señores Murciélagos!

Entonces me acordé de Dios.

CAPITULO VII

DE COMO PROYÉCTASE LA INFANCIA CINEMATOGRÁFICAMENTE

Mi alma luchaba desesperadamente buscando una salida, tratando de emerger por entre los escombros de una derrumbada fábrica teológica. Por fin se abrió camino la primitiva fe—¡pobrecito de mí!— y con un poderoso esfuerzo de voluntad, conseguí despertar las larvas de las remotas oraciones que yacían aletargadas en el fondo confuso de mi memoria. Mis labios empezaron a rezar: «Padre Nuestro, que estás en los Cielos...»

Fué un momento de celeste fervor, de supremo éxtasis.

Y lo mismo que después del *oscuro* de una mutación de teatro—corridos los telones, encendida la batería—aparece de nuevo el escenario transformado con una decoración distinta, un omnipotente tramoyista descorrió el tenebroso plafón del espacio, cambió el panorama, y reviví en un minuto todo mi pasado, que desfiló pintorescamente ante mi vista, a grandes retazos, con la rapidez de una cinta cinematográfica de la cual—no me lo he podido explicar nunca—era yo simultáneamente actor y espectador.

Me ví niño, dejándome resbalar a horcajadas por el pasamano de una escalera con alfombra roja, sujeta al ángulo de los peldaños con varillas metálicas; arrastrando un caballito de palo pintado de blanco y manchas grises; chupando unos caramelos transparentes que tenían la forma de un gallo con una pajita clavada debajo de la cola y que servía para cogerlos y no pringarse los dedos; sentado a la mesa de un gran comedor por cuyos amplios ventanales se miraba a un huerto soleado donde yo sabía que estaba un manzano que daba unas manzanas agrias muy ricas, y donde también sabía que estaban enterrados los pedazos de un jarrón de porcelana misteriosamente desaparecido de la casa—¡ay! quién se lo habrá robado! Lo compró Guillermo en París, en la Exposición de 1900!

—y que yo había hecho trizas una tarde botándolo con mi gran pelota de goma, a cuadros amarillos, azules y blancos.

Veía la montaña que limitaba el norte de mi pueblo, frondosa, rumorosa, olorosa: frondosa de peumos, de lingues, de laureles, de robles, cuyos troncos desaparecían bajo el simbólico abrazo de amor de los copihues araucanos; rumorosa de brisa fresca, de arroyos cristalinos, de gorjeos de zorzales, de chillidos de choroyes, de arrullos de torcazas; olorosa a eucaliptus, sí ¡a eucaliptus!: ¡cómo sentía llenarse mis pulmones del aroma penetrante de sus hojas, buídas y blanquecinas como dagas de plata! Una mariposa giróvaga, loca de sol, pasó llenando el aire de primavera como el corazón de una niña ilusionada. La iglesia parroquial con nidos de golondrinas... La casa solariega y sus enredaderas de madreselvas trepando hasta los balcones saledizos, donde los tiestos patinados de musgo lucían la gloria purpúrea de los claveles y los cardenales... Un papá terrible con uniforme de teniente coronel y una dulce mamá que me besaba mucho y hacía tejidos de macramé... Esos días luminosos cuando ella me sacaba de paseo, llevando un rojo quitasol y yo le miraba la cara encendida, irradiando una sana alegría ruborosa... El colegio: unos frailes que se paseaban durante el recreo y que

obsequiaban naranjas y cuentos de Calleja a los que sacábamos los mejores *puntos*... ¡Qué placer sentía cuando empezaba a aprender francés al colocar el acento circunflejo sobre esas palabras que lo requieren: fenêtre, tête. hôtel: me parecía que por juego, en la pizarra y delante del profesor, dibujaba un techito de pagoda chinesca... ¡Y aquellas cantidades de una unidad seguida de muchos ceros (1.000.000.000) que siempre me parecían el esquema infantil de un tren de carga! El padre Mérida, el padre Chazal, el padre Montiel... La carta de amor de mi prima que me pillaron y por la que pasé tanta vergüenza— firmaba: «Tu adorado Pin Pin»... Esa larga convalecencia después de las fiebres, en la cama, cuando estrené una camisita blanca, con tapacostura bordada en celeste y me entretenía haciendo *juegos de paciencia*, en unos cromos que representaban la guerra de los boers...

CAPITULO VIII

EN EL QUE SE INTERRUMPE LA PROYECCIÓN Y FINALIZA LA AVENTURA DEL BOTE

(Un vacío... Digo mal, señores Murciélagos: un paréntesis, durante el cual pasan borrosas las escenas, imprecisas, fuera de foco—*flou*, que dicen los artistas fotógrafos).

Después precipitose la rápida sucesión de imágenes, que ya no eran más que esbozos de situaciones abocetadas impresiones que yo trataré de acentuar. No obstante, de vez en cuando, la nota sentimental, exacta, definida, colorista, acusábase con caracteres rotundos, irrumpiendo del panorama

ilusorio, como una casa de tejas nuevas en un paisaje gris.

Me vi mocito ya. Las primeras inquietudes espirituales—un cerro en un grano de arena. Los versos delirantes, glosando el «Nocturno» de Acuña. El claro de luna de los idilios ingenuos y los apretujones y los besos con gusto a café, entre la puerta y la mampara, cuando la prenda se escapaba a verme, durante la sobremesa, después de haberle silbado «El Trovador» una hora de plantón en la esquina. Los terribles exámenes de matemáticas ($a+b=c$), las inextricables fórmulas químicas, las inacabables tablas de logaritmos. La pequeña bailarina del circo arrabalero, de cabeza rubia como un casco de oro, de mallas rosa y coruscante corselete de caparazón de insecto, que me hizo dar de bruces en el bachillerato. Los figones apachescos de los extramuros, donde bajo la advocación de Mürger, flameaban los penachos insolentes de *Los compañeros de la noche*, entre el humo de las pipas y los vasos de mosto tinto. La melena ¡Oh, generoso cortejo de Marcelos y Rodolfos barbilampiónos...! Bohemia de estudiante revolucionario que se llena la boca con Lucrecia Borgia y se enreda en el teorema de Pitágoras. Bohemia de estudiante paradojal en quien la idea de Libertad no excluye la de la Belleza, que con idéntico lirismo adora las

empolvadas pelucas de las marquesitas versallescas y lamenta no haber disparado desde una barricada contra nobles de preciosa tabaquera, bajo la verba huracanada de Dantón. Mi juventud revuelta y errabunda, como dice Daniel de la Vega; la optimista desorientación artística que quiere ir por todos los caminos. Ambiciones desmesuradas, viajes sin rumbo, amores tempestuosos a lo Werther-Julietta, Mimí, Eliana. La hermanita lejana que se cansó de esperar. Rebeldías insólitas, claudicaciones lamentables. Dolores intensos, melancólicos, crepusculares, sin consuelo, en que toda la vida se bate como una llamarada al viento de las pasiones. Mercenarios salones con espejos de marco dorado y divanes color carmesí donde disuelto en el desbarajuste lúbrico y estridente de la orgía, triunfa la frase soez, el gesto innoble, la actitud canalla, mientras se muere el jay! de la canción de una mujer perdida. Amaneceres turquesa — ese turquesa que es la Tuberculosis del azul cobalto — cuando se vuelve con el alma pálida y ojerosa. En medio de la calle, buscarse la llave de la puerta. El sombrero echado atrás. Zumbido en los oídos. Chercanes y diucas pían en los árboles. Un gallo canta lejos. Hay un silencio. La campana de una torre da las cuatro. Zumbido en los oídos. La llave no se encuentra. Y buscándola uno mira maquinalmente el cielo. Y se

vé, mientras los tacones pisan mal sobre las piedras desiguales, que las estrellas y nuestras ideas empiezan a naufragar, poco a poco, en un mar de leche azulada...

Indigestión de Nietzsche y Schopenhauer, por obra y gracia de Sempere y Cía. Aquel día Domingo de verano, en las afueras de la ciudad, cuando esa niña rubia que sonriendo me brindó un vaso de agua clara, me refrescó también el alma con la abierta mirada de sus anchos ojos azul celeste. Pantorrillas picarezcas como dos párrafos de Paul de Kock, el ideal señuelo de un gajo de laurel y el ansia inextinguible de la Soñada. Por fin los veinte años, la sugestión del teatro, de la farándula viajera; un puerto, un muelle, un adiós, un bote que me lleva sobre el mar y... se volcó el bote. Me hallé entre vosotros, señores Murciélagos, en vuestro *home*, sentado como me veis en el centro de esta hospitalaria Caverna.

No tengo más que declarar.

CAPITULO IX

DONDE LA PETULANCIA DE MOMBOROTOMBO TOCA LOS LÍMITES DE LO INAGUANTABLE

Los Murciélagos respetaron su palabra como si fueran hijos de una Negra Albión: nadie ni nada me había interrumpido durante el curso de mi extensa declaración, en que la quietud fué absoluta, salvo unos fugaces reflejos en las antiparras de Momborotombo cuando, con un levisimo movimiento de cabeza, subrayaba una frase dubitativamente.

Sólo al terminar se produjo en el auditorio un casi general desasosiego: abrían sus alas, agitándolas como para emprender el vuelo pero sin alcan-

zar a realizarlo. En los de la mesa directiva observé la misma extraña actitud. Creí al principio que se trataba de una costumbre murcielaguesca de exteriorizar el disgusto, pero cual no sería mi sorpresa cuando después que hubo cesado el misterioso aleteo, me advirtió Momborotombo que habiendo terminado la deliberación que acababa de presenciar, iba a escuchar por boca de Frofroló, el poeta, mi sentencia condenatoria.

—Un momento;—le rogué, temiendo un veredicto precipitado—no sé cuando habeis podido deliberar. Yo no...

No pudo disimular el jefe una sonrisita imperpetinente:

—Je, je; tienes razón: no estás al cabo, qué digo, ni siquiera al comienzo de nuestra particular estructura psico-fisiológica. Has de saber que al hablar nuestro idioma propio, no necesitamos abrir la boca; esta la reservamos para comer y pronunciar las lenguas extranjeras. A nosotros, lo mismo que a los grandes poetas líricos, nos basta abrir las alas para expresarnos. Sería tarea imposible hacerte comprender nuestro procedimiento, puesto que careces de los órganos esenciales, sin cuyo concurso toda explicación resultaría inútil. Sin embargo, para satisfacción de tu curiosidad, bástete saber que en nuestras membranas voladoras poseemos

una sutilísima sensibilidad capaz de apreciar las vibraciones más imperceptibles. Así como Unamuno dijo del portugués que era un castellano sin hueso, se puede definir nuestro idioma afirmando que es un roce sin sonido. Ahora bien, aprovechándonos de cierta clase de ondas atmosféricas—ultra hertzianas—innominadas y por tanto desconocidas de vosotros, enviamos con el temblor de las alas, mensajes que son *escuchados* en los patagiones—receptores a la vez—de aquel con quien queremos comunicarnos.

—¡Vamos, una especie de telegrafía inalámbrica! —exclamé, ya menos sorprendido.

—No, mi amigo, porque en la telegrafía sin hilos la corriente se descompone en signos, se traduce, y nosotros no usamos alfabeto. El mensaje quiróptero se emite en *vibraciones*, se recibe en *vibraciones* y así se comprende.

—No lo comprendo.

—Que vas a comprender, si Marconi mismo, según mi opinión personal, no pasa de ser un vulgar zapatero remendón en la materia. El único punto de contacto entre nuestro alfabeto Morse y nuestro sistema, estriba en que en ambos es susceptible de ser interceptada una comunicación.

—Oh, ese peligro lo evitamos empleando la clave—le respondí.

—Valiente clave cuando hay oro de por medio. ¿Lo estás viendo? Ese peligro dices tu. Esto que para vosotros, feroces hombres de conquista, en perpetua discordia internacional, constituye un valor negativo, es precisamente lo que a nosotros, simples giróvagos en la tiniebla filosófica, nos ha dado la unidad de raza, la colectiva confianza, el mútuo aprecio, el pacifismo unánime, el sentimiento homogéneo, los firmes basamentos ideales sobre que se asienta nuestra ingrávida y honesta sociedad.

En un orden más íntimo, en el amor por ejemplo, nuestro idioma es algo sublime; los Murciélagos enamorados se declaran vibrando solamente. No cabe el engaño. Entre nosotros no hay secretos, no puede haberlos. En cambio somos un secreto para todos; un secreto que vuela disperso en el aire de la noche, encerrado en cada uno de nosotros como las ocultas intenciones innumerables de una sola conciencia que se agitara al unísono.

Pero basta ya de digresiones. Te diré que ha estado bastante larga tu relación y dado el corto tiempo transcurrido, que yo bien me sé, al pelo te venían los reparos del humanista al Ingenioso Hidalgo cuando salió de la cueva de Montesinos. Luego eres demasiado exegético, *tú, tú* y siempre *tú*. Te crees el centro del universo.

—Que quiere, señor Momborotombo, si nunca

me he podido meter dentro de otro; si cada cual se cierra a piedra y lodo. Además uno siempre es uno.

—Pero adjetivas mucho; no tienes la más insignificante idea de la medida, de la armonía total: pasas de rondón por asuntos de importancia, y al revés, detallas en exceso futilidades sin gusto a nada. Por lo demás, me permito dudar de tu veracidad; parece ser que...

—Pero señor Momborotombo,—le dije humildemente—¿cómo puede Ud. dudar de mí?

—Hombre, te creía más avisado. Hay que dudar de todo. Yo creo algo en lo que se ha dicho; pero creo mucho más en lo que aún no se ha dicho. Sólo por la duda logramos aproximarnos un poco a la verdad. La duda engendra el afán de descubrir el por qué de las cosas; sirve de punto de partida a la investigación concienzuda y razonada; es la piedra fundamental de toda futura construcción ideológica. Si los hombres no hubieran dudado de lo que encontraron ya establecido y se hubieran conformado bonitamente con todo, aún vivirían creyendo, v. gr.: que la Vía Láctea fué el resultado de un mordizco en el pezón de Vénus, o que los Príncipes de la tierra son los naturales señores por derecho divino. ¡Andale con esos cuentos a un astrónomo sovieta, a ver qué te responde!

Ya me estaba cargando Momborotombo con su petulancia inaguantable, cuando tuvo la buena ocurrencia de ceder la palabra al poeta Frofrolo para que evacuara su dictámen.

CAPITULO X

DE COMO EL POETA FROFROLO EXALTA EL ALMA MURCIELAGUESCA DE LA EDAD MEDIA

El poeta Frofrolo— para bien suyo— carecía de la pedantesca suficiencia, de las afirmaciones ex-cátedra y sobre todo del anillo de servilleta y las cuadradas antiparras que tanto me chocaban en el doctoral Momborotombo. Era más sencillo en sus maneras y de talle más esbelto. Un aire de tristeza prestaba a su figura ese romántico prestigio que sólo poseen las grandes almas desengañadas. Tal vez una Murciélaga versátil y zigzagueante lo desilusionó para siempre; acaso sufría el tormento de un amor imposible; acaso lloraba el recuerdo de

una Amada de museo, embalsamada en una vitrina, sin más lápida que el zoológico marbete infamante de: «Murciélagó hembra» y apestando a naftalina y alcanfor. ¡Quién sabe! Parecía un buen muchacho y me fué desde el primer instante extremadamente simpático. Acaso presentía al gran compañero de aventuras que en él después iba a tener.

¡Pobre Frofroló! Bien se veía que llevaba consigo la carga de una pena irremediable, y sin embargo, correctísimo, se inclinó picarescamente, saludándome con un ala, cual un gentil estudiante de antaño que, en la reverencia, llevara la mano al pecho cogiendo el borde de su capa. Alzó después su fina cabecita de orejas puntiagudas, y así me habló con voz delgada y cálida, trémula, de pífano:

—Hombre de la tierra clara: haz caído en pecado de vulgaridad y esto está mal en un artista tan distinguido como tú. ¿Qué daño te causaba nuestro hermano Abenabembo— que así en la sombra se llamaba—para que, salvajemente, como el peor de los granujas del arroyo, lo martirizaras a sangre fría, crucificándolo en la pared y asfixiándolo por último con uno de esos abominables cigarrillos ingleses que fumas y que son tan nocivos para los bronquios?

—Reconozco— me apresuré a explicarle— que

me porté como un grosero y por ello, Frofroló, sea cual fuere el castigo que se me imponga, le pido anticipadamente mil perdones. Por otra parte—agregué por decir algo— a Uds. también les gusta fumar, a lo menos así reza una creencia muy difundida.

—Sí, es verdad,—respondióme jovialmente—nos gusta el tabaco, no hay por qué negarlo; pero sólo habano, y sobre todo ¡caray! con las alas libres para poder sacudir a tiempo la ceniza. Mas esto en ningún modo desvirtúa tu delito. No escarbes en este terreno tus posibles atenuantes. Ah, porque te prevengo que si como fuiste tú, comete cualquier otro tal desacierto no nos habríamos tomado la molestia de escucharlo: nos hubiéramos limitado simplemente a matarlo de un susto y san se acabó. Tu caso es diferente. Has procedido por ignorancia y no por instinto criminal; o porque te falló, quizás ese sentido imaginativo que genera la conmiseración y conduce a la caridad; lo que hace que en ocasiones, gentes no mal intencionadas, hagan un chiste delante de un pequeño harapiento y no le den una limosna, debido a que carecen de la imaginación representativa de la miseria, y no saben adivinar detrás de esa manita sucia que se abre suplicante y de esos ojos pitañosos que imploran, la hedionda tragicomedia del hogar des-

mantelado, de los días sin pan, de las noches sin abrigo, y de los probables mojicones del padre que se acostó borracho. Algo de esto, supongo te ha ocurrido a tí, y ni aun puedes invocar «El asesinato considerado como una de las bellas artes» de Tomás de Quincey, al contrario: creiste hacer una broma con un bicho repugnante y no sospechaste siquiera que en ese ser indefenso destruías un elemento indispensable para el valor de la belleza trágica. Porque todos venimos a la tierra con una misión que cumplir: los miserables a morir de hambre para exaltar las ideas de rebelión y de justicia, encaminadas al logro de la reivindicación de sus derechos y los hombres que sojuzgan temerariamente las tempestades de la vida, de la guerra o la política a establecer la calidad del héroe.

Las mujeres de pasión y de ensueño, armoniosas, fatales, enjoyadas, andan a puntapiés con los rendidos corazones a objeto de marcar un máximo de dominio sensual y deleitosa perversión. Los satisfechos burgueses, panzones inefables, ponen en evidencia la fidelidad conyugal y el regocijo de orden establecido. Los espíritus vigías, zahoríes de espacio, que cruzan muy alto, anuncian el arribo de los grandes navíos portadores de futuras simientes insospechadas. Las mujeres otoñales que se aferran desmelenadas al amor que se les vá, claman

en el tiempo la desesperación de los últimos oros crepusculares ante el fantasma de la juventud perdida.

Los padres de leyenda, con barba temblona de algodón, enseñan la renovación de los ideales, de pie en el umbral, despidiendo a sollozos al hijo aventurero que sale a rodar tierras. Las vírgenes puras, limpias, intocadas, se consumen de fuego, sellando el cofre de su carne para decirnos que la virtud no es vocablo sin sentido. Los poetas se rasgan el pecho para rimar un dolor intraducible, cuotidianamente macerado, a fin de mantener la cima de la ilusión y de la gloria que van indicando en su martirio. Y así todos.

Los Murciélagos también traemos al mundo una misión que cumplir. ¿Qué sería de los cuentos de brujas sin nosotros? ¿Qué del pavor mortal, del miedo pánico? ¿Quién prestaría, si no existiéramos, ese maléfico encanto a los castillos derruídos, a las torres abandonadas, a los coliseos espectrales, a los buques fantasmas, a los roídos parques taciturnos? ¿Quién rondaría alrededor de la obsesión de los suicidas, de las tumefactas cabezas de los ahorcados, de los ascetas calenturientos?

Imagínate un viejo cementerio sin nosotros... ¡Qué soso resultaría!

Y vivimos incomprendidos. Hoy día no valemos

nada, no significamos nada, no evocamos nada. Somos los Ashaverus de la sombra porque ya se ha perdido el culto de la Leyenda que debió ser inmortal. La Tradición, vargueño abierto, dejó escapar su oculto poderío, se evaporó el perfume secular de lo maravilloso, evaporándose también el alma crédula de antaño.

Vivimos incomprendidos porque las pezuñas de los caballos de Atila prolongan su maleficio en la planta de los hombres contemporáneos, que son los bárbaros de hoy: donde dejan la marca de sus suelas no crece más la hierba de la fábula.

En las Pirámides se citan los turistas para el *five o clock tea*, mientras la Esfinge se va hundiendo en las arenas del desierto porque le da vergüenza la carcóma que le roe la nariz. Por los prácticos campos que la ciencia moderna eriza de postes telefónicos, muge el Buey Apis su sagrado rezongo, uncido al yugo del arado «*made in U. S. A.*» mientras el Perro Anubis, encadenado, con un hueso entre las patas, aúlla a la pálida Isis, desde la ruina de su casucha, nido de parásitos. No valen Dragones vomitando fuego frente a los tanques ingleses y el Hipógrifo cede ante la metralla de una escuadrilla de aviones. Los Sátiros modernos llevan el pie hendido cubierto con charol y persiguen a las Ninfas de opereta que sus buenos billetes de Banco

que les cuestan. Las caderas podridas de las Sirenas se pegan al casco de los submarinos y al último Centauro lo atropelló un automóvil.

Ha muerto la Leyenda.

Los Murciélagos nos hemos sobrevivido a nuestra época, como la Religión Católica. Ambos debimos sucumbir en el Medioevo, con el régimen feudal.

¡El Medioevo! Fué nuestro momento de oro. ¡Y qué lejos está! Su evocación me transtorna, me da vértigos—¡a mí trapecista triunfal de la tiniebla!—me produce el desconcierto de caer *al revés*, lo mismo que cuando vuelo hacia el cielo donde palpitan las constelaciones como entrañas vivas e inabordables.

¿Pero a qué recordar la dicha pretérita? Vivimos ignorados. Ya no es el siglo de la herejía y el valor, la nigromancia y el laúd.

Ya no son los aquelarres de la noche del Sábado, cuando éramos peinetas en el moño retorcido de las brujas, ni el viento de la tarde esparce sus cenizas de los quemaderos donde achicharrábalas la Santa Inquisición. Ha muerto la Herejía.

Ya no son los torneos clamorosos cuando salíamos a la palestra, a probar la inocencia de una reina, como siniestra divisa en el escudo de un caballero de armas empavonadas que después de

alancear al calumniador, desaparecía sin alzar la visera de su yelmo. Ha muerto el Valor.

Ya no son las covachas de alquimistas donde panzudas retortas destilaban el filtro de la eterna juventud y lívidos fuegos fatuos lamían el crisol en que licuábase el germen de la piedra filosofal, en tanto presidíamos, esmeradamente disecados, desde la pared, en compañía del hermano buho. Ha muerto la Nigromancia.

Ya no son los románticos torreones donde la castellana de las trenzas de oro lloraba la trova que el doncel tañía, mientras nosotros rayábamos de cabalísticos signos el fondo de la noche agorera. Ha muerto el Laúd.

Y en medio de este siglo de *raids* aéreos, de transacciones de bolsa, del *flirt*, de las *profesional beauties*, de Voronoff y de Einstein, quedamos desplazados, arrinconados, envilecidos. Teniendo que soportar el escarnio feroz de los chicos, la superstición imbécil de las viejas, la repugnancia humillante de las mozas, la irrisión vanidosa de los valientes, el horror inconsciente de los cobardes y el embrollo de los naturalistas. No nos comprende nadie a excepción de los judíos.

Oh, Moyen Age, énorme et délicat, suspirada en mi alma como en el verso de Verlaine, el triste entre los tristes, ese *Pauvre Lelian*, ese pobre Mur-

ciélago, pecador y místico, desamparado como nosotros en la magna noche de su desconsuelo.

¡Ay de los vencidos!, dijo el Breno: ¡ay de nosotros!, digo yo.

CAPITULO XI

QUE TRATA DE LA POCA O NINGUNA IMPORTANCIA QUE EN SUS DOMINIOS HAN CONCEDIDO AL MURCIELAGO LAS LETRAS Y LAS ARTES.

Hubo una pausa dolorosa. Bajo la lírica sugestión del poeta Frofrolo, agitábase la asamblea conteniendo apenas su emoción. A mí se me hizo un nudo en la garganta. Las pupilas del orador estaban humedecidas por las lágrimas. *Los Murciélagos preparaban sus pequeños paraguas, como dice Silverio Lanza.* Pero una señal de Momborotombo avasalló el conato de indisciplina. Imperó la calma. Frofrolo, ya repuesto, ahuecando sus alas como

dos telas de araña recortadas con tijeras—con tijeras curvas de cirujano—continuó:

—Y no me digas que sólo el vulgo nos desconoce y terjiversa, azuzando la saña de nuestros verdugos. No: un famoso hombre de letras, fraile por más señas y peor agravante, que se fué de cabeza a los infiernos el año de 1794, escribió una celebradísima composición en verso en la que inventa para el Murciélagos los más horripilantes suplicios, todo porque un hermano nuestro se coló de rondón—chistes que hace uno a la alcoba de la coima sacerdotal y la asustó.—Comprenderás que me refiero al agustino fray Diego González que... ¡pero no resisto a la tentación de recordarte unas estrofas, aunque las conozcas, de aquel retrospectivo Mirbeau tonsurado, de aquel fray Diego que Satán confunda!

Trémulo de ira, declamó:

...Y lazada oprimida
te echen al cuello con fiereza rara;
y al oírte chillar alcen el grito
y te llamen maldito!
y creyéndote al fin del diablo imagen,
te abominen, te escupan y te ultrajen.

Luego por las telillas
de tus alas te claven al postigo
y se burlen contigo
y al hocico te apliquen candelillas,
y se ríen con duros corazones
de tus gestos y acciones,
y a tus tristes querellas ponderadas
correspondan con fiestas y carcajadas.

Y todos bien armados
de piedras, de navajas, de agujones,
de clavos, de punzones
de palos por los cabos afilados
(de diversión y fiestas ya rendidos)
te embistan atrevidos,
y te quiten la vida con presteza,
conservando en el modo su fiereza.

Te puncen y te sajen,
te tundan, te golpeen, te martillen,
te piquen, te acribillen,
te dividan, te corten, y te rajen,
te desmiembren, te partan, te degüellen,
te hiendan, te desuellen,
te estrujen, te aporreen, te magullen,
te deshagan, confundan y aturullen.

.....

Muerto ya, te dispongan
el entierro, te lleven arrastrando:
gori, gori, cantando,
y en dos filas delante se compongan;
y otros fingiendo voces lastimeras
sigan de plañideras;
y dirijan entierro tan gracioso
al muladar más sucio y asqueroso.
y en aquella basura,
un hoyo hondo y capaz te faciliten
y en él te depositen
y allí te den debida sepultura.

.....

Detúvose Frofrolo, el aliento cortado por la indignación—¿Cabe mayor ultraje?—me preguntó—¿Concibes un parangón aproximado a tamaño refinamiento de crueldad?

No supe qué contestarle; agaché la cabeza avergonzado.

—¿Qué ha hecho la posteridad—prosiguió vehementemente—con ese monstruo autor de la poesía que todos los Murciélagos cultos nos sabemos de memoria y que para mayor escarnio él llamaba del género ¡festivo!? Pues nada: colocarlo entre los clásicos españoles del siglo XVIII, difundir sus obras y honrar su nombre en eruditos estudios crí-

ticos. ¡Honrar el nombre del que fué implacable hasta en el borde mismo de la fosa, donde colgó *per omnia secula*, su infame epitafio!

Aquí yace un Murciélago alevoso, etc.

Pero todo no ha de ser «duelos y quebrantos»—diré interpretando el Quijote a mi manera—: escritores hay, que, por lo menos, sin dar precisamente en el quid, nos abonan con sano espíritu. A Jules Renard, particularmente, le profesamos mucha simpatía. El ha tenido para nosotros frases rebosantes de cordial estimación.

A ver, D'Auglabal, Ud. que posee mejor que nadie en *The Bat's Academy* la lengua de Corneille, ¿por qué no es tan asequible de dar a conocer al señor aquello de Renard?

El segundo secretario accedió inmediatamente, con esa gentileza innata en el país de la galantería. Un poco gangoso, recitó con un recomendable acento parisién:

On dit qu'avec plus d'ardeur que notre amour même, elles nous suceraint le sang jusqu'a la mort.

Comme on exagère!

Elles ne sont pas méchantes. Elles ne vous touchent jamais.

Filles de la nuit, elles ne détestent que les lu-

mières, etc., du frôlement de leurs petits châles funèbres, elles cherchent des bougies a souffler.

—Ya lo ves—me indicó Frofroló—he ahí una opinión autorizada. Ahora, Pío Baroja, no ha sido menos galante.

Aunque poco inquisitivo, como verás, al trastocar la psicología quiróptera, negándonos al último la resoluta finalidad de nuestra búsqueda, hace decir a un Murciélago:

«¿Han cambiado el río y han hecho un lago? Pse... Nada me importa: yo vuelo por las calles, no por la campiña. No soy campesino, pero tampoco soy ciudadano; no tengo cédula de vecindad en el aire ni en el suelo; no soy pájaro ni soy terrestre. Soy voluble por naturaleza. Vuelo constantemente en zigzags, y parece que busco algo, pero no busco nada.

Soy fantástico y alegre, egoísta y jovial. Me divierto, me aturdo, y de todo no me importa nada. ¿Qué han hecho un lago donde habrá un valle? Pse... Me es igual. ¿Qué son buenos? ¿Qué son malos? Nada me importa. Soy fantástico y alegre, egoísta y jovial. Vuelo constantemente en zigzags, y parece que busco algo, pero no busco nada».

¿No buscamos nada, eh? ¡Qué de contradicciones! En cambio para Gómez de la Serna, ese hombre que ha metido la nariz en todos los rincones ima-

ginables, y cuyo gran talento de carcoma, de agua corrosiva, es capaz de disolver un perno rielero, el Murciélago es un «pájaro doctoral, suspicaz, insubordinado, tan observador, tan secreto, que tan misteriosamente se entera de las cosas, hasta parecer que se pierde un momento en ellas para brotar de nuevo de su esencia».

El maestro Daudet, aquel ironista *malgré lui*, aquel corazón bueno, de ternura sin límites vió a «los Murciélagos silenciosos y negros como las tinieblas, atraídos por la claridad del cielo, pasar volando para reunirse por la mañana en un árbol inmenso, en el cual parecían, inmóviles y apretados unos contra otros, hojas raras, secas y muertas». Y nada más. Bien poco en verdad. ¿Dónde quedó su profunda y tierna comprensión de la desventura?

El feroz Pablo de Rokha, con su prosa densa y abarcadora, saturada de angustiosa bilis mundial, anida los Murciélagos y los pollinos negros de hoy en los tejados cosmopolitas y absurdos de los hoteles, junto con «errantes hombres internacionales, gatitas morfinómanas, histéricas pálidas—mujeres de invernadero, ultramarinas,—mujeres de invernadero—especuladores siniestros, e idílicos burgueses eglógicos y sentimentales como vacas». Luego traduce su desolación personal, la desmenuza, la avienta al voltear de páginas y páginas y no se acuerda

más de nosotros, satisfecho de dejarnos inscritos en el registro del hotel en tan sabrosa compañía. ¡Oh, el egoísmo humano, demasiado humano!

Así van todos. Unos sacándonos el cuerpo, otros tergiversándonos, otros ignorándonos. Los menos son los de buena intención. ¿Pero qué ganamos con eso?

¡Buena intención, y nada más! Es que tenemos los huesos duros. Ya ves: pasamos oscureciendo la vida y las páginas de Hoffmann y nos quedamos decorando las mayúsculas. El genio de Shakespeare no alcanzó a cogernos más que un ala en el tabardo del príncipe de Dinamarca. Y aunque espantamos las enormes pupilas de Ligeia, no nos consolaremos jamás de que el sublime borracho de Baltimore, ese cuyo aliento alcoholizado *hubiera ardido en la llama de una bugía*, pusiera el inmortal estribillo de «*¡Nunca más!*» en el pico del cuervo—¡el que soltó el queso!—siendo nosotros por derecho incontrovertible los únicos magnates del *delirium tremens*. Ese desgarrante «*¡Nunca más! ¡Nunca más!*» debió decirlo un Murciélago sonámbulo.

Esta tacha—básico error—impide al poema constituir una obra maestra. Sin duda alguna Edgard Poe se equivocó de medio a medio. Flaubert—el Flaubert de la «Tentación de San Antonio»—pudo hacer algo por nosotros; talvez no le faltaron tenta-

ciones; mas era tan despacioso para lucubrar que parece ser que se fué al otro mundo sin antes dar remate a su deseo. También esperamos de Huysmans, durante sus bizarrías de «Là-Bas», cuando «marchando a tientas acabó por descubrir la existencia de viejas ventanas condenadas, y rompiendo sus maderas, se asomó al vacío»; pero no nos vió: y allí estábamos nosotros, activando la furia sabática, el diabólico ludibrio de la Misa Negra, la blasfemia inverosímil, el satanismo, el ocultismo, las porquerías hediondas y sanguinarias del último pecado de Gil de Rais. Después el hombre sintióse viejo, claudicó, se hizo oblato y nos olvidó canallescamente.

Y a qué te voy a hablar de los fabulistas, esos bienaventurados que desde Esopo a La Fontaine son los que menos conocen el alma de los animales. Y no la conocen porque ellos operan con almas ajenas, inventadas, acomodaticias, que incrustan en sus leones, en sus sierpes y en sus raposas a fin de sacar la moraleja. Porque ellos no son más que moraleja, y obsecados por la moraleja son capaces de reventar una chinche para estrujarle la moraleja. ¡La moraleja! Tontería y media con olor a chinche, eso es la moraleja.

En la Pintura—salvo una honrosísima excepción: Goya—no hemos andado con mejor suerte. El in-

menso Leonardo de Vinci talvez pudo ampararnos, pero nos perdimos en su grandeza multiforme, disueltos como gotas de tinta en el océano. Acudimos al Greco, a sus «figuras atormentadas, consumidas por el interno fuego, idealizadas hasta el enfermizo desequilibrio formal» y nos chasqueamos, eran tristes, indudablemente, pero demasiado místicas con su mano al pecho, demasiado serias con sus bocas plegadas, demasiado señoriles con el almidón de la golilla, tan enfáticamente señoriles que sus piernas flacas, amarillas y desgonzadas, amén de ser incapaces no se hubieran atrevido nunca a hacer la pirueta. Rembrandt nos presintió en su dramático claroscuro; a él nos lanzamos de cabeza y... quedamos a este, en *lo oscuro*; por eso no se nos vé: del otro lado había un crudo resplandor que nos cegaba.

¡Cómo hubiéramos agradecido a Gustavo Doré que se ocupara de nosotros! Ese Doré fastuoso del histórico tumulto, que tuvo la majestad de lo sublime en lo grotesco y en lo fantasmal, y que, aunque a veces se descomponía hasta la caricatura—como en «Les Contes drolatiques» de Balzac—conservaba el sello regio del gran arte. Acaso nos miró en poco, y en medio de sus profusas ilustraciones de bárbaros combates legendarios no nos da más im-

portancia que a la sombra de dobles hachas dentadas sobre un blanco muro en asalto.

Y no quiero mentar la caterva de artistas contemporáneos que vanidosamente nos explotan. No vale la pena nombrarlos. Nos suelen dejar con unas fachas de viudos de carnaval, macabros y desaprensivos, que irrita, francamente. Nos utilizan no más que como asunto decorativo, como elemento superficial, epidérmico, episódico, sin penetrar jamás en el hondor carbonífero de nuestra significación.

Sólo Goya, con su genio omnipotente, con su punzón lacerante sobre la plancha matriz del aguafuerte, con su dualismo de arcángel exasperadamente dubitativo, iluminado ya desde abajo por las brasas del Infierno, con su obsesión del abismo grotesco, con su ternura gigante por el sentido trágico de las cosas, generadora de esa «especie de idealismo demoníaco que empuja los seres por su vertiente negativa hasta sumirlos en alucinador aquelarre», logró acentuar maravillosamente nuestra silueta híbrida y enlutada. Recuerda entre sus inimitables cartones al aguatinta de «Los Caprichos» ese que lleva por lema: «El sueño de la razón produce monstruos», donde el vagaroso enjambre de nuestros hermanos trastorna la imaginación del solitario durmiente echándolo a rodar al fondo de

las simas del mal insoportable. Entre «Los Proverbios» (o «Los Disparates» como los denomina Bernete) recuerdo esa lámina del «Disparate Volante», en la que el contorno de nuestras alas cobra en los brazos del desesperado volador la tensión suprema y la suma del anhelo del que ya no espera nada sobre la tierra y se lanza desatentado por los espacios infinitos. Y en todos sus grabados, estamos ahí: ocultos, aleteantes, palpables casi. Se nos adivina, se nos presiente, se nos teme, como a fantasmas invisibles en cuartos oscuros, preñados de sospechas pavorosas.

En Goya vivimos y morimos, prolongando a través de las edades la mueca disolvente: el conjuro que agosta la rosa jocunda, el bordón que enluta la guitarra cancionera, la racha que hiela sin razón la sangre. Que así como los pájaros ¡almas de pájaros al fin! saludan con alegres trinos el arto astronómico del sol—que ha de apagarse en la noche de los siglos—nosotros adoramos la tiniebla, principio único y fosa común de todo lo existente.

¿Comprendes ahora la magnitud de tu delito? ¿Estás convicto y confeso de la vulgaridad de tu pecado? Responde.

—Sí...—dije con un hilito de voz.

—Bien. No obstante, considerando que tus primeros versos, los más amados, fueron «Muecas en

la sombra»; considerando que durante muchos inviernos fuiste embozado en una capa murcielaguesca; y, por último, considerando que eres un trasnochador empedernido —lo que por sí sólo basta y sobra para ganarte toda nuestra simpatía— queremos ser magnánimos contigo. Estoy plenamente facultado, si bajo tu palabra de honor juras no reincidir, a perdonarte la vida, con la sola pena de que improvises una oración en memoria de nuestro hermano difunto, del pobre Abenabembo, una oración al *Murciélagos*, en fin, en la cual reivindiques nuestra existencia misteriosa pero honorable.

—Sí juro—me apresuré a decir.

—Reza pues tu plegaria y ríete de los que se aferren como desesperados a la tabla de salvación de la rutina, que esos no tienen ninguna novedad que contarnos. Siéntenos en lo hondo de tu corazón y no tengas miedo de equivocarte. Shelley afirma que «la poesía levanta el velo, que encubre la belleza del mundo y ennoblece los objetos vulgares».

Reza pues tu plegaria y no te importe lo que sobre nosotros diga la Zoología, que no somos fósiles aún: tú nos ves y el papel aguanta todo. Siéntenos en lo hondo de tu imaginación y no tengas miedo de equivocarte, que las cosas no son

nunca como son sino como las imaginamos. «¡Tened el valor de equivocaros! ha dicho Hegel; pero ellos —comenta Gómez de la Serna— no se atreven a perderse por la voluntad, por la armonía que puede haber en perderse con intensidad, y, sin embargo, se perderán por la muerte, y morirán, más que por la muerte por la discreción, la hipocresía y la política que siguen».

Escarba en el abandono que nos conturba, en la incomprensión que nos zahiere, en la orfandad que nos circunda, en la maldición que nos persigue, en nuestra repetida crucifixión de pequeños cristos negros, de inútil martirio, porque nuestra sangre se vierte sin redimirnos. Hunde tus manos en el nido de marasmos donde rebulle nuestro espíritu y alza el siniestro toisón de nuestra pena horrenda, frente a la noche, frente al enigma del tiempo, como un gran signo de interrogación.

Anda, que te escucharemos. En tus manos está el pandero.

CAPITULO XII

EN EL QUE SE REZA LA ORACIÓN AL POBRE
ABENABEMBO Y NADA MAS

Empecé así una Oración:

En el nombre de Poe y de la Santísima Seriedad: Swift, France y el Espíritu Renard, tres personas distintas y un solo Diablo no más.

Alma de Abenabembo, perdonamé.

Alma de Abenabembo, inspiramé.

Alma de Abenabembo, escuchamé.

Perdóname, porque puse canalla término a tu vida, Murciélago noctámbulo y bohemio como mi corazón, símil de nuestra pobre arquitectura humana que eleva sobre su armazón velluda dos alas de

sombra, satánicas, dolorosas o risibles ¡pero alas al fin!

Inspírame para que sea mi oración sincera, nacida del hondor de mi arrepentimiento, de mi ser contrito, y no los *mea culpa* de una beata, servilmente mascullados a golpes de pecho, sobre la letra impresa de un devocionario.

Escúchame, que aunque este incompleto glosario de tus virtudes, disparatado, incongruente y sentimental, no alcance a resumir la gesta de tu raza, tiene el humorismo sombrío que hubieron tus intenciones y el disfraz incoherente que activó tu vuelo.

(Los *Misereres* que van al final de cada párrafo eran graznados a coro, profunda y engoladamente, por todos los Murciélagos sin excepción).

Los Murciélagos rondan alrededor del misterio como las mariposas alrededor de la luz.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los ilusos de la gloria.

¡Miserere!

El Murciélago es un pecado errante que sufre la nostalgia de la inocencia. Por eso se les caza haciendo girar, en la sombra, un velo blanco, blanco...

Alma de Abenabembo:

Ruega por las mujeres deshonradas.

¡Miserere!

El Murciélago es un ratón disfrazado de Mefistófeles.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los cantantes y los cómicos.

¡Miserere!

Un cortinaje sutil de telarañas, tachonado de luciérnagas, tapiza la caverna del Murciélago elegante.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los solitarios sibaritas.

¡Miserere!

Hay algo más tenebroso, más dramático y más obsesionante que un Murciélago: el cespillo sombrío que corona el sexo femenino.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los varones lujuriosos.

¡Miserere!

Los Murciélagos no deberían comer más que cucarachas y beber tinta en tinteros.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los envenenadores.

¡Miserere!

La antítesis del Pierrot, símbolo clásico del amor romántico es el Murciélago, símbolo oscuro del pecado nocturno y contra natura.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los modernos sodomitas.

¡Miserere!

Un Murciélago muerto, caído sin estética en un rincón es un zapato de terciopelo negro con la media de seda arrugada dentro.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los que mueren a traición.

¡Miserere!

Trece Murciélagos en ronda, deberían tocar sendos pífanos en la alta noche. Sería la única música capaz de interpretar desgarradoramente, esa melancolía infinita, pecaminosa, enferma y triste y fúnebre del claro lunar.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los poetas melancólicos.

¡Miserere!

La hembra, la Murciélaga, lleva las manos al aire, colgantes, traposas, como los senos de las brujas de Goya.

Alma de Abenabembo:

Ruega por las ancianas meretrices.

¡Miserere!

En una viga, una hilera de Murciélagos dormidos son polvorosos racimos de uva de cuelga.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los penados en los cepos.

¡Miserere!

Los Murciélagos se marean a la vista de lo blanco giratorio como esos nocheriegos impenitentes que dan traspiés cuando viene el alba.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los borrachos trasnochados.

¡Miserere!

Los Murciélagos son las almas en pena de los curas sacrílegos que murieron sin confesión. Por eso viven en cavernas como ermitaños de ultratumba que purgaran sus pecados de este mundo. Por eso adoran el incienso y anidan en los campanarios. Por eso el son de las campanas les asusta, les aturde... ¡Qué lejano eco de algo dormido, perdido, remotísimo despertará en sus cerebros el repicar de las campanas, que los atropella y los arroja fuera de la torre, al éter, al infinito azul y solitario!...

Alma de Abenabembo:

Ruega por la Tebaida de los místicos.

¡Miserere!

Un Murciélago posado sobre una calavera... ¡Gran motivo! Sería simplemente un hijo despachurrado sobre una calabaza rota.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los grotescos simbolistas.

¡Miserere!

Un sombrero de copa peinado al revés, debería

ser el sombrero de todo Murciélagos esteta y *chic*. Sentaría muy bien a su negro macfarlán con esclavina.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los aciertos del dandysmo.

¡Miserere!

Los Murciélagos se dan de cabezazos contra la pared, con la misma insistencia rabiosa con que nuestros deseos se estrellan contra el muro de lo imposible.

Alma de Abenabembo:

Ruega por las pasiones obsecadas.

¡Miserere!

El Murciélagos es la caricatura trágica de la mariposa.

Alma de Abenabembo:

Ruega por las viejonas que se pintan.

¡Miserere!

Los Murciélagos se arropan con sus alas imitando el ademán con que las damas ricas se abrigan a la salida del teatro, y luego se dejan caer a dormir lo mismo que esos trapevistas cuando se echan adelante y quedan colgando en la barra de la punta de los pies con la cabeza hacia abajo. ¿No se congestionan?

Alma de Abenabembo:

Ruega por los gimnastas de los circos.

¡Miserere!

El árbol de los Murciélagos debería ser el palo de la horca.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los hogares desgraciados.

¡Miserere!

Un Murciélago grande, muy grande, monstruoso, parecía un burro en dos patas, con un paraguas de vieja, abierto y cosido a la espalda.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los caricaturistas.

¡Miserere!

Los tambores que redoblan en los cortejos de panteón, deberían tener los parches de tirantes membranas de Murciélago. ¡Qué lejano, que cóncavo, que funerario, resonaría ese redoble funeral!

Alma de Abenabembo:

Ruega por las postreras vanidades.

¡Miserere!

Los Murciélagos están libres de accidentes aéreos: Todos usan paracaídas.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los pilotos aviadores.

¡Miserere!

¿Habrá algo más alarmante y exquisitamente pa-

voroso que un Murciélago chupando con ansia el seno de una mujer dormida?

Alma de Abenabembo:

Ruega por los amantes refinados.

¡Miserere!

Los Murciélagos dan a luz hijos vivos: deberían empollar huevos negros.

Alma de Abenabembo:

Ruega por el misterio de la especie.

¡Miserere!

Los Murciélagos fuman cigarrillos que les regala Don Diablo; sólo cigarrillos: no se sabe de ninguno que fume en pipa.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los viciosos sin remedio.

¡Miserere!

En una mañana de cielo azul, un Murciélago blanco con las alas abiertas, sería la Paloma Eucarística de un rito futuro.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los que esperan un Mesías.

¡Miserere!

Los Murciélagos aman las líneas curvas y veloces de los círculos concéntricos—como los pensamientos de los locos.

Alma de Abenabembo:

Ruega por el horror del Manicomio.

¡Miserere!

En la alta noche, el *pssss* de un Murciélago que pasa volando, es un alerta, imperativo, sigiloso, que susurra: «Pssss... Apaga la lámpara... Escucha la voz del silencio...»

Alma de Abenabembo:

Ruega por los nocturnos pensadores.

¡Miserere!

Los Murciélagos y las viudas recientes se ven mal a las doce del día.

Alma de Abenabembo:

Ruega por el dolor inadaptado.

¡Miserere!

¿Qué maldición de madre desesperada pesa sobre la casta de los Murciélagos?... Porque los niños, cuando los crucifican en la pared, ahogándolos lentamente con el humo de un cigarro embutido en sus trompudos hocicos, parece que lo hacen con una innata conciencia de justicia.

Alma de Abenabembo:

Ruega por las herencias criminales.

¡Miserere!

El Murciélago es la paloma mensajera de Satanás.

Alma de Abenabembo:

Ruega por el anónimo infamante.

¡Miserere!

Murciélago de sable sobre campo de gules: escudo heráldico de un barbudo capitán pirata, que deja tras de sí el incendio, la violación y el pillaje.

Alma de Abenabembo:

Ruega por la nobleza de abolengo.

¡Miserere!

Del buen tiempo medioeval quedan las ruinas de sus castillos, la Religión Católica y los Murciélagos. Tres fanatismos: el de la fuerza material, el de la fe espiritual y el del horror fantasmal. ¡Cómo evoca el Murciélago ese pavor de aquelarre, ese miedo intenso, de luna mala, que espeluzna el lomo de toda la Edad Media.

Alma de Abenabembo:

Ruega por las leyendas fabulosas.

¡Miserere!

¿A qué cisnes mitológicos, a qué raza de negros cisnes mitológicos les arrancaron las patas los Murciélagos para fabricarse con ellas sus voladoras membranas?

Alma de Abenabembo:

Ruega por los plajiaros sin talento.

¡Miserere!

Una mancha de tinta que apretó el Demonio entre las páginas de su Evangelio Maldito fué sin duda la génesis del Murciélago.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los bastardos del pecado.

¡Miserere!

¿Qué zarabanda de pensamientos infernales de Murciélagos locos activa la vigilia nocturna y el afiebrado sueño sin descanso de esos seres que padecen monstruosas pesadillas?

Alma de Abenabembo:

Ruega por ambición ilimitada.

¡Miserere!

Una bandada de Murciélagos, entrando y saliendo, tumultuosamente, por la ventana de una torre, es un tropel de beatas ganando un Jubileo de Porciúncula.

Alma de Abenabembo:

Ruega por el fervor de los fanáticos.

¡Miserere!

El Murciélago es el Mariscal de Campo de la Muerte después de las batallas. Usa un bastoncillo de ébano con puño de ónix.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los soldados moribundos.

¡Miserere!

En el guantelete férreo de los antiguos caballeros, afirmaba sus garras un halcón. Sobre los huesos pelados de la Muerte que cabalga se posa un Murciélago sonriente.

Alma de Abenabembo:

Ruega por los amores que se pudren.

¡Miserere!

La capa de Hamlet, encerró en un revuelo cabalístico la elocuencia acongojada de un taciturno Murciélago.

Alma de Abenabembo:

Ruega por las Ofelias sin ventura.

¡Miserere!

Naturaleza imprevisora: ¿por qué no existe un negro gato engrifado, cazador de Murciélagos?

Alma de Abenabembo:

Ruega por las ideas que se pierden.

¡Miserere!

El viejo Carón está cansado: el remo flaquea en sus manos encallecidas por el roce de los siglos. Tengamos compasión del bogador eterno que traslada las almas de los muertos a la remota playa sin retorno... Un ala inmensa, membranosa, de Murciélago, debe ser la vela que empuje la barca de Carón.

Alma de Abenabembo:

Ruega por el descanso de mi alma.

¡Miserere!

AMEN

CAPITULO XIII

DONDE RESULTA QUE ES MUY DIFÍCIL O MUY FÁCIL SALIR POR DONDE SE ENTRÓ.

Terminé la oración—rezada de hinojos sobre la barca de marras, haciendo equilibrios para no caerme y para caer en gracia. (Había tenido tiempo de observar el impresionable temperamento del auditorio y eché mano de cuanto lujo de mímica y resorte dramático estaba a mi alcance: ya de la voz ponderada y el amplio ademán del orador sagrado, ya de la transición sorpresiva y el moldeante gesto del actor. El púlpito y la escena son primos hermanos. La religión es un arte y el arte es una religión. Ambos se confunden en su esencia y no es

difícil aunarlos en una misma intención. Ambos se ayudan, se prestigian, se protejen. La escena requiere cierta solemnidad litúrgica y la religión perdería mucho en el poder de su rito sin la bambolla teatral. Hay sacerdotes que en un sermón demuestran toda la maña de un histrión veterano y cómicos engolados y adiposos como viejos sochantres jubilados).

Pero vamos al caso. Produje sensación. Llovían los parabienes. Momborotombo me felicitó «en su nombre» y en el de todos, aclamándoseme enseguida, como único miembro honorario de «*The Bat's Academy*».

—Este... es preciso—me dijo—recibirte en nuestro seno, en una forma digna de tus merecimientos. Quedas citado para mañana a la sesión solemne que con tal motivo celebraremos, en cuyo acto, después del discurso de recepción, se seguirán algunos números literarios a cargo de los más compícuos académicos. Además, amenizará el festejo una buena orquesta y te dignarás aceptarnos no una botella de *champagne*, ni siquiera de sidra, que en lo espumosa y decorativa no le va en zaga, sino unos buenos tragos de *Klobac*, nuestra bebida nacional a base de agua de pan quemado. Como golosina tendremos el placer de ofrecerte píldoras de alquitrán. ¿Hace?

—Con mil amores—respondí—¡Encantado! Sólo que no sé la dirección de la Caverna y, francamente, no tengo muchos deseos de llegar hasta aquí por el mismo camino. ¡No gana uno para sustos!

—Eso se arregla fácilmente: tu sabes que dormimos con la cabeza hacia abajo; pues bien, atendiendo que sería demasiado sacrificio para tí—poco habituado talvez a tales procedimientos—exigirte que nos invites, bastará con que te acuestes al contrario en tu cama, es decir, con los pies hacia la cabecera. Hazlo así mañana y una vez dormido, llegarás sin tropiezo a esta tu humilde casa.

—Agradecidísimo. Créame que no lo echaré en olvido. ¿Tenida de calle? ¿O frac? Porque como veis, señores, esta noche me he presentado en pyjama, lo que no me parece correcto. Pero no fué culpa mía. ¿Quién iba a suponer que...

—Es igual. Ven como quieras. Nosotros no juzgamos a las personas por las apariencias como los porteros. Aquí se te estima. Sólo te ruego que no traigas mañana ese reloj pulsera porque tiene una esfera luminosa que me ofusca cuando se te sube la manga.

A propósito ¿Qué hora es?

—Las... ¿Eh? Perdóname Momborotombo, se ha parado en las tres y cuarto. Se me olvidó darle cuerda, o talvez con los golpes que ha sufrido el

pobre esta noche, se le debe haber cortado el pelo.

—Ya le crecerá. Je, je.

—Ud. me está tomando el pelo.

—A tí no, al reloj. Bueno. De todos modos se hace tarde o se hace temprano quise decir. Recógete a casita y no se te olvide el compromiso de mañana.

Se levantó la sesión.

Momborotombo estaba desconocido, y su buen humor, abatiendo su dignidad gerárquica, comunicábase a la hasta entonces ceremoniosa exedra de Murciélagos. Todos celebraban cortesanamente—como es natural—las ocurrencias del Jefe.

Me despedí. Y con un pie sobre el bote-ataúd inclinéme por última vez. Pero...

—Me ocurre una cosa curiosa—dije.—Aquí no veo puertas ni balcones. No sé como salir.

—«Sale por donde entraste»—me replicó Momborotombo.

—«Romperé las siete puertas—le contesté, recordando el conocido juego de niños.

Se echaron todos a reir estrepitosamente, desnudando sus dientecillos agudos y blancos—trituradores de escarabajos—como puntas de alfileres de marfil.

Yo estaba algo corrido. Y algo escamado también. Si todo esto será una burla—pensé—; si

tendré que quedarme para siempre comiendo píldoras de alquitrán y bebiendo agua de pan quemado.

Momborotombo—apretándose el vientre para contener la risa—me sacó de mi azoramiento:

—No te desesperes, hombre. Vamos, yo te señalaré la puerta.

Y agitando violentamente las alas se vino hacia mí, a la cara, como a colárseme por la boca. Sentí un instante su aliento fétido mientras fulguraban los vidrios de sus cuadradas antiparras. Y al echarme hacia atrás para evitarlo, me enredé en la pierna, tropecé en el bote y yéndome de espaldas me caí... del catre.

CAPITULO XIV

QUE TRATA DE UNA INQUIETA JORNADA TEATRAL, CON ALGUNOS SABROSOS COMENTARIOS

Estaba tirado de bruces en el suelo de la pieza y me parecía ver aún, a través de la modorra, nebulosamente al principio, y luego con mortificante persistencia, las antiparras de Momborotombo. Eran los tragaluces de la ventana por donde a chorros penetraba el sol.

En el candelabro la vela se había consumido quemando mi linda pantallita chinesca de papel pintado. Lo sentí de veras. El cuidado y la ternura que solemos dedicar a ciertos objetos queridos no se pierde: vuelve a nosotros en ondas de caricias ina-

nimadas. Por esto cuando un objeto bien amado—pantalla de papel, inocente ambición, figulina de porcelana o tierno idilio—se deshace, algo también muy frágil, delicado y tierno sentimos que se chafa dentro de nosotros. Pero no tenía derecho a quejarme: la pérdida de una pequeña pantalla de papel bien valía el fastuoso espectáculo de fuegos de artificio que había presenciado en la noche. Cuestión de causa y efecto, eso era todo.

Un vago dejó a cartón chamuscado, a pavesas, flotaba en el ambiente en medio de ese olor característico que amanece en los cuartos cerrados donde se ha fumado mucho. Tenía la cabeza abombada, los párpados inchados, la boca pastosa, tundidos los miembros. Me dí una ducha fría, y por la primera vez en la temporada bajé al comedor a desayunar una taza de café a la hora regular.

—Qué raro—me decían—¿A qué se debe este milagro? Ud. tiene cara de haber dormido poco. Bah, a lo mejor acaba de llegar y ha pasado la noche en claro.

—La pasé en oscuro—respondí—y acabo de llegar de la Caverna.

—¿Otro cabaret?

—Sí. Y de lo más original.

—Ya nos llevarás, eh! Buenas hembras?

—Superiores. Peluditas y con membranas.

—Andate al diablo con tus chistes.

Esa tarde en el teatro, cuando llegué al ensayo, me hallaba de un humor pésimo. Todo lo encontraba soso, tonto, sin asunto. Veía contornos de Murciélagos en los bordes recortados de los rompimientos de bosque y en las colgantes bambalinas. La concha hueca del apuntador se me figuraba la boca del nicho vacío.—¿Por qué estaría deshabitado?—Me parecía que de pronto iba a surgir la figura de Frofroló con su vocesita de flauta lloricona, lamentándose: «¡Ay de los vencidos, ay, de nosotros!»

Durante el ensayo, en una escena en que debía imprecicar al traidor—que lo hacía Báguena—y que empezaba: «Hombre sin conciencia, que te has atrevido a mancillar, etc.», alcancé a decirle: «Hombre de la tierra clara...» Y Báguena, con lo moreno que es, a pesar de su proverbial cachaza se me amoscó. *Atrás y repetir desde la salida.*

En el descanso, Bührle, que como todos los actores cómicos pretende serlo también fuera de las tablas, me contó unos chascarros quien sabe si con mucha gracia pero que a mí entonces no me la hizo y los encontré detestables. Véase la clase:

Adán y Eva en el Paraíso Terrenal, vestidos con sendas hojas de parra. Eva, celosa, hace imposible la vida del bonachón de su marido. Una escenita:

—«¿Por qué llegas tan tarde? De seguro que te quedaste jugando con alguna yegua».—«Si estaba pescando truchas pa l'almuerzo, m'hijita».—«¿Con que truchas no? ¡A verlas!»—«Si no pude pescar ninguna porque se me le refalan de las manos: son muy *lobazas*».—«¿Con que se te le refalan no?... Mira, Adán, no vaya a ser cosa que te vuelva a pillar sobándole el cogote a la Girafa porque me divorcio al tiro».—«No sea así, m'hijita, ¡cómo se le ocurre!»—«¿Y qué tienes que andar haciendo con las cabras, esas cabras saltonas?: el otro día estabas manoseándole las ubres a una; yo te ví.»—«Si quería sacarle leche pa traerle, Evita».—«Evita las explicaciones; no las necesito; ni a tí tampoco».—«Oiga, m'hijita, no se ponga así pues mire. Esto podía ser un paraíso si no fuera Ud. tan celosa. Si ya sabe que la quiero a Ud. solita no más. Cortemos la discusión. Oiga m'hijita... Doblemos la hoja...»

¿Qué tal? Chabacano hasta la pared de enfrente. Creo que había para matarlo.

Me fuí a charlar un rato, a ver si distraía la murria, con esa gentil damita joven de perfil de bajo relieve egipcio que es Isaura Gutiérrez, elegante, plena de eurituria felina con sus nerviosas subidas de hombros. Hablamos de cualquiera cosa... de la falda corta.—A Ud. le sienta mucho, ¡claro! con

esas piernas tan lindas.—Pero a las primeras de cambio, le pregunté:

—¿Qué opina Ud. de los Murciélagos?

—Oh, siempre Ud. tan... no sé cómo decirle.

—No, en serio. ¿Qué piensa Ud. de ellos?

—Que son muy asquerosos, pues hombre.

Fallaba la comprensiva compañerita. Me alejé de Isaura verdaderamente desencantado.

Terminado el ensayo salí a dar una vuelta, procurando observar alguna escena que me interesara, a fin de descartar la obsesión murcielaguesca.

Subí a un tranvía. Iba una chica con un vestido blanco y un lazo azul muy coquetón en el peinado. Yo la miré. Ella se mordió los labios alisándose el cabello. Pero al bajarse, sacó temblando de debajo del asiento un abominable canasto con verduras. La pobre muchachita no se atrevió siquiera a mirarme y descendió terriblemente avergonzada.

Luego esa señora... Nunca he podido comprender por qué las señoras gruesas que se ven obligadas a correr para alcanzar el tranvía, suben riéndose. Y riéndose miran circularmente a todos los pasajeros. ¿Por qué se ríen? ¿Para demostrar que no les ha cansado la carrera? ¿O bien para hacernos partícipes de su contentamiento por haber alcanzado a subir? ¿Por qué se ríen?

Con este enorme problema bajé del tranvía.

Entré a un bar arrabalero. Me senté en un rincón. Frente a mí había uno de esos grandes espejos murales, cubiertos con un velo para librarlos de las moscas. Me pareció el espejo una ventana abierta hacia un mundo de ensueño, donde estaba *otro yo*, como una pálida contrafigura. Bebí solitariamente entre el chocar descarado de los groseros vasos de vidrio y el tufo nauseabundo de los cigarrillos encendidos por segunda o tercera vez. El piano eléctrico y *con palitos*, tartajaba una música antigua y melancólica, que nuestra hermana tocaba en el viejo piano de casa, en esas tardes que ya no volverán nunca. Y sentí una rabia sorda. Sentí una rabia sorda contra ese miserable piano eléctrico que hacía sonar para el regocijo populachero aquella música mía, ¡tan mía!... Me pareció que unas manos extrañas profanaban las cosas queridas de mi hogar lejano...

Cuando esa noche cayó el telón del último acto, me despinté lo más rápido que pude y salí del camarín con la obsesión del que tiene una cita ineludible.

Estaba nervioso, intranquilo, cual un cadete en vísperas de su primer *rendez-vous* galante. En los pasillos me encontré con los habituales contertulios noctámbulos.

Chao, el caricaturista, hiperbólicamente gordo,

dicharachero y jovial, livianísimo de sangre como un globo aerostático con chaleco blanco. Plácido Martín, el Nene, muchacho simpático, jugador y pulcro que ostenta por las sienes esos prematuros hilos de plata, que tan de moda han puesto los multimillonarios yankees que aparecen en las vistas del cine. El negro Elgueta, el hombre que quiere estar en todas partes, que se tutea con todo el mundo; abogado, profesor, periodista a ratos, que gana un dineral, que bota en las carreras, que tiene un auto misterioso, que conoce a todas las niñas de Santiago y que entra gratis a todos los teatros, por que sí. El cadáver Valdivia, violinista, flaco hasta lo inverosímil, amarillo como un cirio de catafalco, que fuma opio y se entrega a punzantes idilios con *Mademoiselle La Morphine* para olvidar otro gran idilio desaparecido. Estaba también Lautaro García, pintor, novelista y bajo de ópera, que ostenta una de las calvas más originales y *problemáticas* que existen sobre la tierra.

Es un ejemplar hermosísimo: redonda, bruñida, pulida; en una protuberancia una pincelada de luz; de cerca de la oreja izquierda hasta cerca de la derecha, la rayan cinco pelos engomados, equidistantes y pegados al cráneo con tal maña, que fingen las cinco líneas del pentágrama musical. Por lo regular, estas calvas rigen temperamentos de refina-

dos *gourmets*, que saborean ricas trufas y se colocan orquídeas jaspeadas en el hojal del chaquet gris; pero aquí falla la regla: Lautaro es un bohemio desordenado sin pizca de presunción.

Hablé cuatro palabras con la bullanguera comparsa y al despedirme me atajaron:

—¿Cómo? ¿Qué es esto? ¿No vienes con nosotros a cenar?

—Imposible. Perdónenme. Esta noche no puedo. Tengo sesión.

—¿Secreta?

—Solemne.

—¿En dónde?

—En «The Bat's Academy»

Y calándome los guantes me largué dejándolos con un palmo de narices.

¿Ven Uds? Estas cosas son las que le suelen dar a uno fama de *poseur* inmerecidamente.

Sólo cuando tiré el sombrero y me encontré en mi pieza, pude darme cuenta de mi ingenua y ridícula actitud. ¿A quién se le ocurre tomar tan a pecho una pesadilla? Francamente se precisa ser idiota. Y recapacitando, volví a coger el sombrero y estuve un instante con la mano sobre el picaporte de la puerta.—¿Y si me quedan esperando en la Academia? ¡Qué diría Momborotombo!—¡Pero qué Momborotombo ni qué ocho cuartos! Si todo ha

sido un sueño.—El me dijo que me acostara con los pies hacia la cabecera...—¿Si me estaré volviendo loco?

—Charlaremos de arte: te daremos agua de pan quemado—Estoy a tiempo de alcanzar a los otros, deben haber ido al *Teutonia*. Pero ¿qué tanto será perder una noche? ¿Y si resulta? No pierdo nada con probar... Me decidí.

Aunque riéndome interiormente de mi insólita obcecación, tuve la paciencia de colocar las almohadas hacia los pies y me acosté, teniendo buen cuidado de dejar sobre el velador mi reloj pulsera.

Antes había sacado del armario una botella de whisky, llena hasta la mitad y me eché al coleteo dos largos tragos. Me escoció la garganta y casi se me saltaron las lágrimas, ¡pero a mí qué! Lo importante era dormirse luego. Me zampé otro sorbo. Apagué la luz. Y con el agradable *calorcito en frío* que me bajaba hasta el estómago, me arrebujé en las sábanas y empecé a contar mentalmente desde el uno para llamar el sueño, consejo que había aprendido de niño en una novela de Pouson du Terrail, en *El Paje Flor de Mayo*, si mal no recuerdo.

Hasta los 374 iba bien; después, se me fué haciendo un lío... Después...

CAPITULO XV

QUE TRATA DE LA SEGUNDA VISITA A LA CAVERNA EN UNA NOCHE DE GALA, CON OTROS PINTORESCOS DETALLES.

Me encontré nuevamente de pie en el centro de la Caverna, asordado por los agudos chillidos que, frenéticos de entusiasmo, soltaban en celebración de mi arribo los hospitalarios Murciélagos. (Después supe que habían trasegado *klobac* más de lo conveniente).

En medio de la general algarabía, a través de algunos claros de silencio, llegaban a mis oídos los acordes de una música lejana, especie de *jazz-band*

tocada a la sordina, cuya procedencia no me fué posible en un principio localizar.

Notaba en mis pupilas una cómoda e inusitada capacidad de visión, a pesar de lo precario del alumbrado que aquí sí que cabe decir que brillaba por su ausencia, pues no iluminaban gran cosa una infinidad de luciérnagas verdes, ensartadas en largos hilos que, formando una greca en la parte alta y cenefas Luis XVI en una segunda corrida, ornamentaban sepulcralmente el contorno inferior de la cúpula que abovedaba la caverna. Esto aparte, veía todo *en la oscuridad*, como si me hubiera nacido un nuevo sentido óptico, una maravillosa facultad ocular que modificaba mi retina, haciéndome capaz de apreciar un objeto sin la ayuda del juego de luces y sombras que relleva su volumen y evidencia su calidad. Yo veía distintamente, como quien mira a través de una semi-penumbra que sólo alcanza a opacar las cosas en un tono menor, nada más.

No me fué difícil, pues, con una simple ojeada reconocer el recinto de la noche anterior. Los mismos huecos fingiendo cajas destapadas de relojes de cuco, pero no ya con pájaros muertos sino vivos y chillones. Y el mismo nicho vacío. Pero fuera del alumbrado *a luciérnagas*, había otros detalles que demostraban elocuentemente el interés que inspi-

raba mi presencia, el cariño que los Murciélagos me profesaban. Detalles enternecedores.

A un lado mío se alzaba un simulacro de taburete sin respaldo, cubierto con una tela negra, frisada y traposa, que caía hasta el suelo formando severos pliegues. De las paredes tapizadas de musgo, que aparecía flamante, lavado, recordando la pastosa ladera llorada de rocío, pendían luengas tiras de cuero ceniciento, anchas cual cinturones de *cow-boys*, y en ellas escritas de arriba abajo, como en letreros japoneses, se leían alusivas inscripciones: *Honor al mérito, El que quiera ver que venga, Viva The Bat's Academy. De noche todos los gatos son pardos, etc.*

En lo alto del muro fronterizo donde no había nichos, detrás del túmulo que hacía las veces de mesa directiva, en una saliente o reborde a manera de repisa natural que dejaba la roca, estaba instalada la orquesta, cuya música a la sordina me había llamado anteriormente la atención. Continuaba tocando y pude observar con creciente asombro, el exotismo de sus instrumentos. Se trataba de una *frozz-band*, según me explicaron.

Frozz, viene a ser en la antigua lengua quiróptera que hablaron los Murciélagos cuaternarios (antes de su quintaesenciado idioma actual de ondas atmosféricas), un vocablo equivalente al nombre del

ruido lánguido y adormecedor que produciría un roce, una frotación áspera y suave a la vez. D'Au-
glabal me ilustró más claramente:

—C'est comme le bruit de la soie q'on appelle frou-frou; mais un peu plus détonant, vous savez?

Comprendido. En realidad algo de todo eso informaba la cadenciosa melodía que ejecutaban los extraños musicantes. Nostálgica melodía un poco *vieux style*, a la cara usanza italiana pre-wagnerianismo, desleída congoja melificada que me puso un tantico romántico... Los músicos eran cinco, (en atención—me dijo Momborotombo—de las cinco sonoras vocales españolas que se hallan fortuita y felizmente reunidas en la palabra Murciélagos). Y se distinguían de los demás en que ostentaban el tronco teñido de un color que, seguramente era el rojo vivo de las chaquetillas húngaras, pero que la penumbra desvalorizaba en un matiz ladrillo oscuro.

Sus instrumentos y la forma de manejarlos eran muy originales. De una sola cuerda, como la guzla. Consistían en un bastoncillo de madera negra barnizado, no más alto que una pequeña regla de ébano, con dos perillas en cada cabo, unidas entre sí por un cordón de seda que mantenía tenso una vejiguita inflada del porte de un buche de paloma, apretada en la parte baja entre el cordón y la ma-

dera. Cogían el bastoncillo por arriba, teniéndolo apoyado en el suelo, como los violones y lo hacían sonar rozando el cordón con un pequeño arco sin crines, las que estaban reemplazadas por un denta- do finísimo, tallado como a cortaplumas en la mis- ma madera.

Tuve después en mis manos uno de estos aparatos y de ello me valgo para su mejor conocimiento. Todos eran exactamente iguales, salvo el del que hacía de director, que tenía a lo largo una hilera de minúsculas sonajas de pandero, cual moneditas de plata, y que como tales sonaban con argentino tin- tineo—cuando llevando el compás—golpeaba aquel la repisa con la contera de su bastoncillo.

Yo permanecía de pie. Momborotombo gritó: ¡Tres hurras por el Hombre de la tierra clara! y des- pués que todos corearon a una: hip, hip, hurra!, me indicó asiento en el taburete.

Pero aún me quedaba una sorpresa. A una orden llegaron por el aire unos cuantos Murciélagos por- tadores de una vasija de barro que dejaron a mi vera, llena de un líquido turbio como recuelo de café—¡el *klobac* el agua de pan quemado!—y un vaso de cuerno, de cuerno de toro negro, retorci- do, lustroso, azulenco a vetas opalinas.

Este... Sírvete un trago para alentar la confian-

za—me invitó Momborotombo campechanamente—. Nosotros ya estamos *bien puestos*; lo menos nos hemos tomado un barril entre todos, con que ya calcularás. Tuve que suspender la *tomatera* porque me llegó a dar hipo, que por suerte ya se me está quitando. ¡Imagínate el ridículo si llego a largarte el discurso de recepción hipando! ¡je, je! Me ví en amarillos aprietos. El hipo para Uds. es cosa sencilla: lo curan con un susto. Pero venir con esa medicina a nosotros. ¡Figúrate tú!

—Entonces los hip, hip de los hurras que me dedicó no fueron muy sinceros...

—Al contrario, muy sinceros y muy espontáneos, como que me salieron de dentro. Pero fueron los últimos. ¡Salud!

Te diré que tenemos otro barrilito escondido, que está marcando el paso aquí detrasito y lo vamos a vaciar durante el entreacto y al final. Atráquele no más, compadre.

¡Qué diablos! Pocas ganas tenía de empiparme con esa porquería, pero ¡qué iba a hacer! Peor hubiera sido desairarlo. Y sin más ni más, hundí el cuerno en el cacharro. Probé primero. No estaba mal el *klobac*. Hasta le encontré su poco de *mali-cia*: un pronunciado sabor a whisky.

—¡A la salud de Momborotombo y de la compañía!—Y me aticé la cornada.

Yo estaba contentísimo porque ví que se les habían olvidado las píldoras de alquitrán, pero incómodo por la presencia de los portadores de la vasija que no se movían de mi lado y acababan de cogerme el vaso.

—Están a tus órdenes—me indicó el jefe que notó mi intranquilidad—para servirte, para lo que gustes mandar.

Los observé más atentamente. Tenían la repulsión de lo antiestético en su grado máximo. De raza inferior sin duda, no poseían la autoritaria arrogancia de Momborotombo, ni la esbeltez elegante de Frofroló, ni la apostura jarifa y pulcra de D'Au-
glabal, ni la actitud circunspecta de los académicos, ni el pecho rojizo de los musicantes, ni siquiera el reposo disciplinado de los burgueses que asistían al acto desde el umbral de sus covachas. Eran alicaídos, encanijados, magros, desgarbados, ¡eran lamentables! Sus vientres hundidos decían del hambre, su pelaje revuelto del descuido; sus membranas descoloridas, rotas, parchadas, eran los guiñapos de un pordiosero, la manta raída de un pobre diablo. Miraban azorados, con la vil mansedumbre del can famélico que teme al látigo. Si hubieran tenido manos y un sombrero, le habrían dado vueltas como los campesinos delante del patrón. Eran unos Murciélagos miserables y les tuve una profun-

da lástima. Y más les tuve cuando, rechazados sus servicios, el jefe los despidió, y ellos, los pobres, volaron trabajosamente hasta un alto rincón de la gruta y prendiéndose con sus flacas garritas quedaron colgando del muro como trapos viejos. No tenían casa... No tenían nada. Eran la síntesis de la miseria negra. Estos deben ser los Murciélagos proletarios—pensé—y lo mismo que sus hermanos de la Tierra Clara esperan la fraternal aurora roja, ellos han de esperar también un justiciero sol de media noche.

Pero como nadie paraba mientes en el caso, creí más cuerdo atenerme al consejo del Gran Hidalgo, antes de la aventura de los batanes: «Peor es menallo, amigo Sancho». Además, llegaba la hora de las presentaciones; de los trece académicos, quedábanme diez por conocer. El Presidente fuéme los presentando uno a uno, y cada cual se inclinaba cortesanamente al tocarle su turno, mientras yo balbucía frases de congratulación:

—Grongarelo, joven literato, muy original; Aramburo, crítico teatral; Solono, eminente jurisconsulto; Lordbrumol, cultísimo *gentleman*; Ocromo, muy entendido en artes plásticas; Foliambro, sagaz erudito; Alcóbalo, ducho en materias de amor y psicología femenina; Savonarolo, predicador furibundo;

Saltatumbo, un gran bohemio; Violoncorno, crítico musical.

Terminadas las presentaciones, siguióse una charla animadísima, que subrayó la orquesta interpretando con bastante carácter *Nenia* de Sgarnbatti.

—Observo,—les decía a los académicos—que entre Uds. hay personas cultísimas. A juzgar por las referencias...

—¡Qué quieres!—me explicaba el fatuo de Momborotombo—La soledad siempre ha sido para los espíritus selectos muelle refugio de la sabiduría. Ah, *la escondida senda...*

—¿Y de dónde sacan Uds. libros?

—Qué poca malicia. Este... lo que se pesca en las bibliotecas. Nos entramos por los vidrios rotos de los tragaluces, por las claraboyas abiertas, y así. Veces ha habido que para dar remate a un sabroso capítulo hasta nos hemos colado por el cañón de una chimenea.

A caso demasiado. Claro que no ignoramos la sentencia salomónica del Eclesiastés: «quien añade ciencia añade dolor», pero qué se le vá a hacer.

A ciertas horas duerme todo el mundo, y como no habemos precisión de luz...

—¿Y qué autores prefieren?

—Se lee de todo. Es natural que dado nuestro temperamento, prefiramos los autores sombríos,

ganados por negras inquietudes, a la vez que imaginativos en el dolor, tales como Hoffmann, Poe, Baudelaire, el conde de Lautreaumont, algo de Mirbeau, de León Bloy, de Rimbaud, algunas páginas de Maupassant, etc. Ah!, nos encantó «L'oiseau» de Michelet. Pero también son de nuestro agrado los místicos, a lo Tomás de Kémpis, en cuyo capítulo XXIII, si la memoria no me engaña, de su nunca bien difundida «Imitación de Cristo»,—reputado por Fontenelle como el primero entre los libros de devoción y de moral cristiana y filosófica que ha producido el entendimiento humano—campean estas frases que debían estar grabadas a fuego sobre la frente de todos los mortales: «Bienaventurado el que tiene siempre la hora de la muerte delante de sus ojos y se dispone cada día a morir». Este... te recomiendo una edición con láminas finas, publicada en París por Bouret, allá por el año de 1868... Pero donde me refocilo a mis anchas es en la Biblia. ¡Qué rica cosa! No he visto un tío más entretenido que San Juan cuando asegura en su revelación de la Apocalípsis: «Y yo me paré sobre la arena del mar, y ví una bestia salir del mar, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cuernos diez diademas, y sobre las cabezas de ellas nombre de blasfemia». Este... Ahora ha llegado una remesa de novelistas rusos que dan el opio.

Tchejov, Artzibachev, Andrief... Oh, este último tiene unos siete ahorcados que es de lo mejorcito en su género. Son verdaderos aullidos de perros negros.

—Curiosa definición—le interrumpí.

—No es mía; es de Grongarelo que tiene la manía de encerrar en una sola frase el efecto que le causa un autor. Pídele que te diga algunas que irían como número extraordinario del programa que desarrollaremos.

—¿Un programa? ¿Cómo en las funciones?—le pregunté temiendo la lata.

—Claro. ¿No lo has visto? Míralo ahí.

En efecto, debajo de la orquesta había colgada una ancha tira de cuero—que al principio tomé por el repertorio musical—donde en gruesos caracteres se leía:

CAVERNA DE LOS MURCIÉLAGOS

HOY—Sesión Solemne—HOY

Con motivo de la recepción en

«THE BAT'S ACADEMY»

del único miembro honorario: *El Hombre de la Tierra Clara.*

GRAN ACTO LITERARIO Y MUSICAL

PROGRAMA:

Primera Parte

- I. «Danza macabra», de Saint-Saens.—Obertura por la *frozz-band*.
 - II. «Cuatro palabras».—Por el Sr, Momborotombo, Presidente de «The Bat,s Academy».
 - III. «Del amor entre los hombres y las mujeres». Atisbos y consideraciones.—Por el Sr. Alcóbalo.
 - IV. «De la música y otros ruidos, su interpretación ideal y sus consecuencias.—Por el Sr. Violoncorno
 - V. «De las bellas letras y otras minucias derivadas».—Por el Sr. Foliambro.
- Intermedio musical.—Por la *frozz-band*.

Segunda Parte

- I. «De la pintura, del dibujo y otros garabatos».—Por el Sr. Ocromo.
 - II. «Del *gentleman*, del dandysmo y su influencia ética y estética».—Por el Sr. Lordbrumol.
 - III. «Del teatro». Apuntes marginales.—Por el Sr. Aramburo.
 - IV. «De la bohemia». Recuerdos a vuelo de pájaro.—Por el Sr. Saltatumbo.
 - V. «Fantasía de un Murciélago aburrido», Soneto.—Por el Sr. Frofrolo.
- «Marcha fúnebre», de Chopin.—Final por la *frozz-band*.

—Ya ves, es nutridillo—Observó Momborotombo. Pídele, pues, como te he dicho, a Grongarelo que te dé a conocer sus famosas definiciones a fin de comenzar cuanto antes el programa.

CAPITULO XVI

DE COMO SIENTE GRONGARELO LA PERSONALIDAD LITERARIA

Aceptada mi petición después de la consabida pequeña resistencia, el joven Grongarelo empezó desenvueltamente diciéndome:

—Ante todo, no son definiciones como las bautiza nuestro digno Presidente, que sólo a título de curiosidad he ido archivando la sensación que me solían dejar algunos poetas y prosistas cogidos al azar. Tampoco huelga advertir a Ud. que estas sensaciones son *laberínticamente personales* y no fueron abortadas por un preconcebido plan de síntesis literaria ni cosa que se le parezca. Son meros fanta-

seos de un Murciélago entusiasta y se produjeron por generación espontánea, cuando la personalidad total del autor—diluída a través de sus obras—apostó en los recovecos de mi memoria, un residuo lo suficientemente denso y coloreado para caracterizarse por sí sola en una frase o en una palabra.

En consecuencia, si con Ud. no acierto a coincidir, será sencillamente porque entre nosotros no se ha tendido ese imaginario puente levadizo de la afinidad intelectual, único en este caso—¡ay!, y en tantos otros—capaz de salvar el barranco de la incomprensión. Y a la inversa. Con que *noli me tangere*, pues, como nos gritaba Ud. en su primera visita, y oído a la caja:

Rubén Darío.—Un maravilloso pájaro azul trina sobre una balaustrada de mármol griego.

Benavente.—Sutiles y variadísimos cubileteos irónicamente espirituales.

Victor Hugo.—El mar.

Balzac.—Una calle con mucha gente.

Vargas Vila.—Vuelo de águilas en el crepúsculo.

Edmundo d'Amicis.—Papá.

Eduardo Zamacois.—El ensueño, la lujuria y la fatalidad viajan en un vagón de ferrocarril.

Andreief.—Aullidos de perros negros.

Lorraín.—Un cadáver de ojos verdes sobre un montón de piedras preciosas en que abundan ópalos y rubíes.

Blasco Ibáñez.—Plato succulento, comido al sol.

Marcel Prévost.—*Boudoir*.

Condesa de Pardo Bazán.—Petulancia justificada.

Zola.—Una turba mal oliente. Chilla una *cocotte* ebria, con las medias caídas.

Farrère.—Marinos muy ceremoniosos que guardan el secreto de un pecado triste.

Barbusse.—Grito de espanto al borde de un abismo.

Wilde.—(Antes del *De Profundis*). Manos blancas, pulidas, enjoyadas. (Después del *De Profundis*). Un pobre hombre.

Gorki.—Olor a pescado.

Daudet.—Un trigal al sol.

Eça de Queiroz.—Oporto en copa champañera.

Baudelaire.—Carne dolorida.

J. R. Giménez.—Un hilo de agua en un parque con luna.

Núñez de Arce.—Casa nueva, de ladrillo.

Poe.—Desfile de gatos brujos.

Gómez Carrillo.—Polvos de arroz y lágrimas.

Maupassant.—Foie-gras salpimentado entre dos pedazos de pan negro, nutritivo.

Galdós.—Camino fangoso.

Carrère.—Organillo trasnochado y callejero.

Flaubert.—Mosaicos vivos.

Walter Scott.—Un castillo legendario reflejándose en un lago sombrío, quieto.

Enrique Heine.—Pícara sonrisa de niño castigado que aún tiene los ojos llorosos.

Hoyos y Vinent.—Muñecas de cera, toreros y fantasmas de frac.

Barbey d'Aurevilly.—Visita de gran señor, encantadoramente charlatán.

Felipe Trigo.—Olor tibio, denso, de cuarto de baño, de sexo perfumado.

Abate Prévost.—Un gentilhomme de rodillas.

Paul Deroulède.—Corneta que toca «¡a la carga!»

Miguel de Unamuno.—Cardos.

Leopoldo Lugones.—Astros de pesadilla.

Gabriel d'Annunzio.—Mujeres ardientes y pálidas, clamando al cielo por la muerte de un héroe.

Martínez Sierra.—Florcitas.

Mallarmé.—Dibujos de geometría emocional, con instrumentos ortopédicos.

Pío Baroja.—Un escéptico paradójico, armado con trabuco en una carretera polvorienta.

Verlaine.—Angelitos con piojos.

Rostand.—Zapatos crujidores y bonitos.

Maeterlinck. — Un cuarto oscuro con un espejo.

Huysmans.—Viejo cascarrabias.

Dostoievsky.—Rostro mal afeitado, sudor frío y una desesperación infinita.

Larra.—Un hombre vestido de negro que va riendo, solo, por la calle.

Musset.—Canción triste, cantada con el sombrero de copa echado atrás.

Bonafoux.—Tabaco fuerte. Se llora en el estornudo.

Azorín.—Una llanura con casitas blancas.

Sudermann.—Vieja escopeta de caza.

Bourget. — Convidado que quiere hacerse el amable.

Pierre Loti.—Gaviota perdida en alta mar, buscando el rumbo de una isla lejana.

Amado Nervo.—Vientecillo con un girón de incienso.

Manuel Machado. — Guitarra bien tocada, vino triste y jolé!

Valle Inclán.—Espada antigua.

—Creo que basta por ahora—concluyó Grongarelo

—Muy bien—le dije—. Se vé que Ud. no lee

solamente con el cerebro, sino con todo el organismo. Salvo una que otra observación de poca monta, casi en todo coincido con Ud. Soy de los del puente levadizo entonces, y de ello me enorgullezco.

—Es Ud. muy amable.

—Sincerísimo. Me extraña, eso sí, que no figure ningún chileno entre sus autores... ¿Que no los lee?

—Sí, los leo; es que no me atreví a opinar sobre ellos delante de Ud. que debe conocerlos mejor que yo.

—¿Ud. cree?

—No lo dudo. Y a propósito: me ha dado Ud. la gran idea: ¿por qué no nos hace Ud. una presentación de autores nacionales? Sería interesante. ¿No le parece?

—Oh!..., de ninguna manera. Prefiero que los defina Ud., yo no podría hacer otra cosa que imitarlo servilmente en su procedimiento, del cual es Ud. único y exclusivo inventor y no sabría perdonarme nunca esta falta de delicadeza. Sería un plagio disimulado y además lo haría muy mal.

—No sea Ud. modesto.

—Si no lo soy; al contrario: no hay un Murciélagu, digo, no hay un hombre más presuntuoso que yo.

—¿Entonces?

—Es que... no me quiero meter en líos, Grongarelo. Perdóneme. No sabe Ud. lo que son los literatos; no quedaría conforme ninguno. Y Ud. se queda en su caverna callandito y no lo molesta nadie; pero uno, querido, que tiene que vivir en el mundo y le gusta jugar *un cacho* tranquilamente con los amigos... ¡qué diablos!

—¿Pero quién lo iba a saber?

—Todo se sabe en este mundo. Ya vé: cometí la imprudencia de decirle que venía para acá a un grupo de amigos, con que me topé a la salida del teatro, y estaba Elgueta con ellos.

—¿Elgueta? No me diga más, compañero! me convenció.

He aquí las impresiones de escritores chilenos que Grongarelo hizo desfilar.

Víctor Domingo Silva.—¡Marejada!

Alone.—Muy siglo XVIII. El abate joven de los madrigales.

Magallanes Moure.—Un pañuelo de luto.

Pezoa Véliz. — Agridulce trago en un bar del Puerto.

Rafael Maluenda.—Aperos de cuero de huaso rico, firmes y laboreados.

Mariano Latorre. — Una caja llena de cositas, todas clasificadas.

Pablo de Rokha. — Un desollado vivo en un nido de arañas.

Daniel de la Vega. — Flores azulinas de largo tallo.

Eduardo Barrios. — Carta de letra clara y asunto complicado, en buen papel.

Armando Donoso. — Libros, libros, libros.

Angel Cruchaga. — «Con las manos juntas».

Edwards Bello. — Roble joven en tierra de París.

Pedro Prado. — Una bella mujer desnuda, celeste bajo el amanecer, la cabellera ondulando al viento.

Carlos Barella. — Charla en voz baja en un escaño a la sombra.

Sara Hübner. — Nervios.

Juan Guzmán. — Cosas de algodón.

Fernando Santiván. — Yunque

Víctor Noir. — Banderas desplegadas.

Yáñez Silva. — Serpentina violeta, lanzada con la mano enguantada de gamuza.

Carlos Acuña. — Manta bordada de *huaso* joven, olorosa a campo soleado.

Bórquez Solar. — Canoa de insulares legendarios.

Carlos Mondaca. — Crepúsculo amarillamente silencioso.

Max Jara.—Muzgo húmedo de sepultura.

Francisco Contreras. — Incrustaciones metálicas en marfil.

Munizaga Ossandón.—Escalinata de mármol.

Gabriela Mistral.—Virgen madre dolorosa. Clavado hasta la cruz lleva un puñal.

Jorge González.—Menta, poleo, violetas silvestres.

D'Halmar. — El alma perdida de un Príncipe Navegante.

Ernesto Guzmán.—Tunal de cerro.

Acevedo Hernández.—Harapos sangrientos.

Iris.—Iris.

Orrego Barros.—Bajo la *ramada* los *huasos* están sentimentales. Una *china* muerde un clavel rojo.

Julio Vicuña Cifuentes.—Primavera en otoño.

Marcelle Auclair.—Arroyo cristalino que arrastra el barquito de ensueño de un pétalo de rosa.

Baldomero Lillo.—Hambrientos sudorosos manchados de hollín.

Mauret Caamaño. — Buenas pantorrillas y ojos negros detrás del abanico.

Pedro Antonio González.—Atmósfera preñada de una inminente y rítmica tempestad.

Leonardo Pena.—Prometeo encadenado.

Armando Moock.—Torta de bizcocho noruego,

con merengue francés, coronada por una banderola sudamericana.

Teresa Wilms Montt.—Magdalena irredenta.

Salvador Reyes.—Guardiamarina con sotabarba postiza, que juega al viejo lobo de mar.

—Comprendo que faltan muchos autores pero no es culpa mía—terminó diciéndome Grongarelo—: algunos son muy difíciles de clasificar y otros no los he leído, lo que lamento de veras. Si Ud. fuera tan amable de conseguirme algunos libros entre sus compañeros...

Yo se lo prometí.

(Traslado a los de buena voluntad. Hay que propender a la cultura. Que les cuesta. Dirección: Caverna de los Murciélagos, Secretaría de *The Bat's Academy*, Santiago. No se pierden).

—¡Cuánto se lo voy a agradecer!

—No hay de qué. Y dígame, Grongarelo, a mí, ¿cómo me definiría Ud?

—No me atrevo.

—Atrévase.

—Espérese... Ud. es un cartelón de circo, chorrado bajo la lluvia.

CAPITULO XVII

EN EL QUE SE COMENTA LA «DANZA MACABRA»
EJECUTADA POR LA FROZZ-BAND.

Se acercaba el momento solemne. El Presidente se estiró cuanto pudo y con soberana gravedad dejó caer en medio de un religioso silencio las frases sacramentales:

—En el nombre del Diablo se abre la sesión.

A un golpe que dió el Director de orquesta con su bastoncillo de sonajas tintineantes, la *frozz-band* atacó inmediatamente la «Danza macabra» de Saint-Saens, de tan espeluznante manera como no recuerdo haberla sentido jamás. El ritmo dislocado y asmático de los primeros compases cobraba

en los extraños instrumentos una sugestión incomparable. Aquellos cinco Murciélagos de alma lírica—montoncitos trémulos de dolor unánime, alarmantes engendros que aun conservaban la vislumbre de un brasero infernal—eran los cinco sentidos acuciados por la obsesión de la muerte inevitable. Y eran también—con el sangriento color reseco de sus troncos agitados por las alas convulsas—corazones arrancados del pecho en medio del erótico espasmo, corazones macerados de lujuria inmortal, viciosos hasta el más allá, que, corrompido el cuerpo que animaron, roto el delirio sensual que encendieron y exacerbados ahora por una infinita voluptuosidad insatisfecha, arrebatados por una calenturienta congoja de ultratumba pretendieran celebrar en la onda musicalizada los postreros esponsales de una cópula imposible.

Sin dejar de tocar, los musicantes chasqueaban la lengua con un repiqueteo de crótalos imitando el castañetear de las falanges descarnadas. Y el ritmo fantasmal de la «Danza macabra», en progresión ascendente arrastraban el pensamiento al panteón de lóbregos cipreces, que levantan hacia el cielo taciturno sus alongados cirios negros, su pizmienda silueta de cartujos suplicantes por la tierra podrida de cadáveres.

Esqueléticos brazos, que se quiebran astillándose

en el esfuerzo, corren pesadas losas sepulcrales que resbalan con escalofriante chirrido. Se desclavan rechinando las tapas de los ataúdes. Cae una lápida de mármol y revienta un sapo repugnante que se queda, la boca abierta como un idiota, mientras los ojos—que saltan de las órbitas como dos taponazos de champaña—le cuelgan de los nervios igual a bolas de vidrio turbio.

Los cadáveres se desperezan, bostezando, haciendo crujir las articulaciones. Uno canturrea:

Soñaba que vivía,
¡y era mentira!

Otro se ofusca manoteando un moscón azul que le salió de una cuenca y le zumba alrededor de la calavera queriendo volver a entrar. Una novia difunta sacúdense dando patadas en el suelo donde caen los gusanos como los azahares de un naranjo remecido.

La ronda de esqueletos abracadabrantés danzan ahora cogidos de las manos, al claro de la luna verde sobre la hierba húmeda, florecidas de pálidas margaritas y pensamientos morados. Van cantando fúnebremente el romance del Rey Rodrigo:

Ya me comen, ya me comen
por do más pecado había.

La salmodia se esparce deshilachada en la brisa de la noche como un perfume hediondo. Las tibias se entrechocan. Tabletean las castañuelas de las rótulas. De las costillas se descuelgan tórdigas de pellejos putrefactos. Se desgajan del tronco las calaveras mondas y ruedan como calabazas de marfil, asustando los fuegos fátuos que se escabullen por el pasto lo mismo que lagartijas. Arrecia el funeral delirio: es un vórtice de fiebre malsana, de satánico brío, enloquecedoramente farandulero.

Llegan nuevos danzantes: una doncella espectral tapándose la cavidad del sexo con un resto de pudor y de sudario; un muerto reciente que aun conserva las negras patillas crespas y la levita arrugada en el cajón; una monja con las nalgas a la vista, carcomidas y herrumbosas; una prostituta con un escapulario del Perpétuo Socorro entre los pechos temblequeantes; un fraile con la barriga aportillada; una hembra rubia con sólo la mitad de los cabellos batiéndose en el vértigo del baile cual un quimérico penacho que dice adiós a los encantos de su belleza perdida....

Grazna una lechuza tuerta desde la horquilla de una rama. Una antigua bailarina muerta de hidropesía, sentada al borde de su fosa, contempla la zarabanda férvida con envidiosa mirada: su enorme vientre hinchado como un bombo le impide mo-

verse: un ratón le está comiendo los dedos de los pies.

Y sigue la danza macabra, la ronda de espectros, corriendo, cantando, gimiendo, brincando, haciendo piruetas—la pata en el aire—y en medio del corro: la Flaca, la Flaca, que agita volteando como una amenaza, la garra incansable que aferra del mango la eterna guadaña.

Un gallo cantó.

En el horizonte azulea una raya delgadísima. Va a llegar el alba.

Confusión. Los espectros se encaraman a los nichos, se sumen en las tumbas, se tiran de cabeza por los hoyos, se encajonan, cerrando de golpe las tapas de los ataúdes. Séllanse las sepulturas. Ajustanse las losas de los mausoleos.

Una mariposa nocturna cae muerta sobre el césped como una hoja seca... Luego nada. Reina de nuevo la calma infinita. El primer rayito de sol irisa entre los brazos de una cruz una estelar corona de rocío.

Había cesado la evocación. Había terminado la obertura.

CAPITULO XVIII

DE CÓMO LAS «CUATRO PALABRAS» DE MOMBOROTOMBO SE MULTIPLICARON TERRIBLEMENTE SEGÚN SE VERÁ.

Después de mis aplausos a la *frozz-band*—palmas de aislado estruendo en medio de la membranosa ovación murcielaguesca—Momborotombo dió principio a sus «Cuatro palabras»:

—Hombre de la tierra clara: ¡salud! Este... un imperioso deber de cortesía indúceme a agradecerte antes que nada la molestia que te ocasionamos: acaso pensabas correr la verbena esta noche.

¿Que nó? De todos modos, con el alma embargada de profunda emoción, confuso si considero

la trascendencia de mi cometido y las flacas fuerzas de que dispone mi entendimiento, pero obligado en virtud de ineludibles motivos, me arrogo el inmerecido galardón de abrir los patajones en el mi nombre y en el de todos los Murciélagos que reconocen en mí su Jefe Supremo, para honrarme altamente recibíendote en el seno de *The Bat's Academy*, de la cual soy también su Presidente indigno.

Esta curiosa dualidad de magisterio, que causa fué talvez en tí de sorpresivo desconcierto, no lo será más cuando veas que es sencillamente un sistema ideal de buen gobierno, preconizado desde muy antiguo, desde los tiempos de Platón, que convenia en que «las naciones y los hombres no son felices sino cuando por un favor del cielo, reunidos el poder supremo y la filosofía en el soberano, logra la virtud triunfar del vicio».

Aquí no se hace propaganda electoral, y se ignora el cohecho porque el voto es nulo. Aquí se elige al que vuela más alto, es decir al que sabe más. Y no hay engaño: pues la fuerza y resistencia de nuestras alas acrece en razón directa de la intensidad de vibraciones recibidas. Es un axioma matemático: tanto sabes tanto vuelas, y viceversa.

¿Por qué entregamos a los más audaces que ra-

ras veces son los más probos? ¿a los poderosos de metal y horros de moral? ¿a los cabecillas que se encaraman sobre la plataforma sin raigambre del oportunismo y aprovechan el transitorio favor popular—impetuoso sí, pero inconsciente y deleznable por resultado lógico de su misma improvisación?

Usando de un vencido resorte de retórica pregunto: ¿por qué si dase el gobernalle de un barco al que más lo entiende y no al que más lo ambiciona abandónase el timón de los destinos nacionales al corsario imprudente que, por escudriñar el horizonte, atisbando la presa, no alza jamás la vista hacia lo alto? Las naciones no son bajeles piratas, galeras armadas, en corso: navíos son de paz, de comercio y de belleza: culebrinas llevan para mantener aquella y amparar a ese, pero su rumbo está trazado en las estrellas.

Nunca fueron óptimos pilotos que aquellos que hacen de la política «el arte de disfrazar de interés general el interés particular»; podrán ellos arribar al puerto de su ambición, pero no los confiados pasajeros que en su barco van.

Salvo honrosas y contadas excepciones, siempre fué la política en tu mundo: pista de circo, feria de vanidades, cubileteo de charlatán, y cambalache de ambiciones. A Diógenes se le consumiría el

aceite de su candilejo buscando por esas sospechosas encrucijadas el Hombre.

No digo que todos los políticos sean venales y sinvergüenzas, pero es tan falsa su investidura, tan chocante el desacuerdo entre la verdad de entretelones y la apariencia de la comedia, que a muchos puede aplicarse lo que — según leí no se donde—Catón decía de los augures romanos: «no pueden mirarse sin reirse».

Sentiría haberte ofendido, pues no fué esa mi intención. Comprendo que pude lastimar tu susceptibilidad de individuo subyugado a un régimen republicano, pero no le hace. No me dirijo al miembro de una colectividad estatuída, al ciudadano, sino al hombre libre dentro de su «yo», al espíritu que se cierne por encima de las leyes, del contrato social; al rebelde, que sin duda alienta en tí, ya que eres hombre y descontentadizo como tal. A éste le hablo y a éste daréle a conocer sucintamente nuestros propósitos de gobierno, no muy fáciles de mantener entre los Murciélagos, e imposibles acaso de realizar sobre la tierra clara.

Nosotros buscamos la armonía entre la vida y la belleza, el equilibrio entre la realidad y el ensueño, el consorcio de las aspiraciones sentimentales con las necesidades materiales: como si dijéramos la conjunción de la doctrina esotérica con la vulgar;

trasmutar en Clavileño el innoble pollino sancho-pancesco, y que todos nuestros actos sean regidos por el sentido inmanente de lo bello, que es la bondad suma. Anhelamos el triunfo del espíritu sobre la grasa: que el alma, San Jorge blondo, clave su lanza de luz en el espinazo de ese dragón tragón de la animalidad, que, sin hartarse del esfuerzo cotidiano, queda en acecho del futuro, pudriendo con su baba la esperanza.

No más casilleros oficiales que cuadriculan los cerebros como frutos encajonados. Libertad de acción individual, expansión del sentimiento, del temblor recóndito, de la sensación personal.

Quizá no me sé explicar bien: tarea difícil es para un Murciélagos que siempre fué de pocas luces. Pero aguarda que haga más estas palabras de Gerard de Lacaze Duthiers, que concretan, en su utópica rebelión artística, una larga conferencia sobre el ideal que perseguimos: «a la mediocridad (mediocracia) o raza de esclavos,—dice— yo he opuesto la aristocracia, que la acción de arte. La acción de arte en toda la vida, deseada, perseguida obstinadamente por todas las almas independientes, por todos los espíritus sinceros y preñada de consecuencias, puesto que ella tiende a sustituir la humanidad degenerada por una humanidad mejor».

Ahora tu dirás: ¿y a qué viene todo esto? Vas a saberlo. Para la mejor comprensión de los números que informan el programa literario debías antes conocer el programa político, que la influencia de la política suele a veces ser decisiva en la obra de arte. Los artistas están sujetos al medio, al ambiente, y este a su vez lo está al dominio imperante. El enorme Velásquez, uno de los máximos pintores que ha habido en el mundo, a pesar de su genio, vivió como un perrillo faldero de la corte de Felipe IV y se llevó pintando la familia real con meninas y todo, magistralmente, pero sin que nos conste si en ello tenía gusto, «amore» de artista. ¿Sabemos qué habría hecho bajo otro régimen o simplemente libre de toda traba? La prueba es que en cuanto podía sacarle el cuerpo a la familia real se largaba a pintar fenómenos enanos y jorobados hasta decir basta. ¿Cual hubiera sido la verdadera tendencia y significación de la labor velazqueña? No lo sabemos. Y lo que Velásquez fué para Felipe IV, fueron Sánchez Coello para Felipe II, el Ticiano para Carlos Quinto, Holbéin para Enrique VIII y Cranach para Lutero; y más tarde Van Dyck para Carlos I y Walker para Cromwell.

¿A quién sino al vasallaje que los estados rindieron durante siglos a la Santa Madre Iglesia hay que achacar la circunstancia de ver atiborrados los

museos de Inmaculadas, de Concepciones de Vírgenes con el Niño, sin el Niño, de angelitos destroncados con muñones de plumas pegados al codo, de Cristos y de toda la Corte celestial? Ahí están los Murillo, los Ribera, los Boticelli, etc., etc. El sagrado era el tema predilecto. ¿Por qué? No es aventurado asegurar que por indirecta imposición. ¿Sabemos cuántos temperamentos se malograron?

En la estatuaria pasaba igual: vengan tallas de santos extáticos, orantes, yacentes, suplicantes, ¡qué se yo!

Menos mal que aquella misma imposición indirecta nos dejó las pétreas catedrales góticas y el mazacote de las fortalezas medioevales, tan caras por la noche a la sociabilidad de los Murciélagos europeos.

En la literatura no es inferior esta influencia aunque a simple vista suela pasar inadvertida. Defínese la tragedia como una pieza dramática cuyos personajes son *reyes u hombres altamente colocados*. ¿Comprendes? Hombres *altamente colocados*, políticamente se subentiende. Antepónese la calidad de posición a la elevación de sentimientos. ¿Es que los humildes que no han favor de príncipes son incapaces de claros y levantados heroísmos espiri-

tuales? ¿Por qué llevar la diferencia de clases al valor de la emoción?

Echa un vistazo a vuelo de Murciélago sobre las literaturas antiguas y modernas y verás los ditirambos a modo de coronistas, o de turiferarios más bien, incensando la gallardía de los nobles, el manto regio, la fermosura de las castellanas, la virtud de los prelados y la honra de la gente de pro.

Desde los tiempos de Homero y del coloso de Eleusis, pasando por Virgilio que explotó a Mecenas, tocando en el propio Cervantes que a ratos maculó sin suerte su prosa inmortal lisonjeando la nobleza, hasta el contemporáneo Paul Bourget, ese rastacuero del corazón no han dejado los pendo-listas de adular a los grandes.

El teatro clásico español está plagado de ejemplos: para el magnate el bello gesto, para el villano la picardía soez. Un «Alcalde de Zalamanca» a las perdidas. Y aunque quedo tan cerca no cuchareo en la novela picaresca, porque tuvo la atenuante de pintar un aspecto sin daño de ulteriores comparaciones.

Es necesario evitar estos resultados perniciosos, porque agostan las flores del ingenio haciéndoles perder su máspreciado don; el perfume de su íntima sinceridad y su voluntarioso desenvolvimiento.

Salvedades hubo, claro está, y aun se ha llegado

al extremo diametralmente opuesto: bastaría citar a Juvenal que fustigó con sus mordientes sátiras de iluminado hasta el mismo César, pues, según la historia, aquel poseía «lo que falta a los caracteres débiles en épocas de tiranía en que es muy peligroso el tener opinión propia». También el Aretino, llamado en su tiempo el «Azote de Príncipes», aunque a ratos claudicó de puro vicio, supo hacerse respetar de Papas y Emperadores a fuerza de frescura.

Pero este no es el caso. Más se acerca Heine, más Wilde, y más aún Zola, que los tres, a pesar de un evidente prurito de rebeldía innata, efectuaron una libre acción de arte, ajena a toda contemporización.

Y llegamos a los momentos actuales en que es más fácil conservar la integridad del pensamiento o menos notorio el servilismo intelectual, excluyendo por cierto a la Prensa, que hoy por hoy no es más que una gran casa de cambio—con avisos en las paredes—servida por empleados que defienden bravamente los negocios de una empresa socapa de acendrado patriotismo o de valiente oposición.

Sólo habría el temor de una nueva dictadura literaria: la del proletariado, porque he leído por ahí unos poemas bolcheviquis que ya, ya; pero en *The Bat's Academy* no hay cuidado alguno, y no digo

más; luego juzgarás por tí mismo de nuestros desatinos en el trascurso del programa, en el cual perdonarás la falta de opiniones sobre escultura y motivos de invierno. ¡Qué quieres!, odiamos lo blanco, el brillo duro de los mármoles; y el invierno, tú sabes, lo pasamos durmiendo cabeza abajo. Por lo demás, no dudo que sabrás apreciar la libre orientación murcielaguesca que constituye el triunfo de la sensación personal.

Este... finalmente, todo lo que dejo expuesto se puede discutir como se quiera, que a mí se me importa un bledo. Aquí no se hace más que lo que yo mando. Por algo soy el Jefe.

He dicho.

CAPITULO XIX

DONDE SE PRODUCEN LOS EXTRAÑOS PENSAMIENTOS EMITIDOS DURANTE UNA SESIÓN SOLEMNE EN «THE BAT'S ACADEMY».

(A fin de obviar la fatigosa descripción de los preámbulos—los de rigor en tales casos—entre número y número, al mismo tiempo, simplificar la reseña de esa memorable sesión, me limitaré a seguir estrictamente el orden del programa, transcribiendo como mejor pueda los diversos temas que informábanlo. Así pues, si algún concepto pareciera excéntrico o alguna frase mal hilvanada, culpádme a mí, que la memoria tiene nombre femenino y gusta de traicionar.

Dicho sea todo en descargo de mi conciencia y en beneficio de los Murciélagos que en aquella solemne velada despeluzáronse por acentuarse, haciendo derroche de ingenio y gala de bien decir).

«Del amor entre los hombres y las mujeres» Atisbos y consideraciones por el señor Alcóbalo.

Las mujeres enamoradas, que van a una fiesta sin el amante, pueden hacer de su corazón un mandolín sonoro; pero deben reservar una cuerda,—la más íntima—templarla a la sordina, y no hacerla vibrar más que para el ausente.

* * *

Es un crimen conservar los recuerdos de un amor perdido. Sobre todo a esas flores secas, muertas, se las debería enterrar.

* * *

Cuando un gran amor desemboca en el matrimonio, recuerdo el fin de Don Quijote. A imitación del Caballero de la Triste Figura, que vivió loco y murió cuerdo, vemos al amor, todo verso, terminar

en prosa vil. Pero no nos extrañe. Ocorre siempre así: en la última voltereta se pierde el compás.

* * *

El dolor en el amor es lo único que puede prepararnos para saborear la dicha de amar. ¡Lástima grande que ésta sea como los relojes: llega una hora en que se acaba la cuerda.

* * *

Revolviendo el fondo de los canastos para papeles inútiles y revisando esos borradores de cartas que no se enviaron nunca, comprenderíamos el por qué de muchos dramas sin motivo que ponen tristes a los hombres y a las mujeres.

* * *

La mujeres exquisitas deberán usar pulseras en los muslos. Mejor dicho *musleras*. ¡Qué bello y sensual y evocador resultaría ese aro ancho, de oro, caído sobre una piel de tigre, después de una estupenda noche de amor.

* * *

La historia amorosa de los hombres de vida intensa y desengañada es una caja de pasas. ¡Concentrada miel de lejanas vendimias!

* * *

Las mujeres son como las máquinas para calcular. Conociendo el manejo, se oprimen ciertas teclas, se aprietan ciertos tornillos y el problema se resuelve solo.

* * *

En la noche estrellada, un toro negro, resoplando, al trote por el camino con rumbo a una lejana vacada, va como la encarnación de la lujuria humana hacia el logro de sus deseos, ciega y torpe bajo las altas estrellas.

* * *

¿Qué es el amor? Desde Ovidio a Sthendal y desde Anacreonte a D'Annunzio, la charada está en pie. Se descarta el espíritu para evitar complicaciones y cáese en algo peor: la tragicomedia carnal. En cuestiones de amor no hay nada más paradójal y estúpido que la filosofía materialistas. Esa

piedra pómez de la civilización que trasmutó la pelambarrera del troglodita en fino cútiz de hombre «*sentimental, sensible y sensitivo*» le sacó el alma a flor de piel. Por eso, aun en el contacto de dos epidermis hallamos «algo» que se volatiliza, que escapa al fisio-análisis y hace, por ejemplo, que el beso en la boca de la desconocida supere a la posesión de la mujer de quien se es dueño.

* * *

Todo enamorado triste pone cara de caballo. Pero... (este es un pero que a simple vista parece idiota y no lo es) pero la enamorada triste no pone cara de yegua.

* * *

En amor es mil veces preferible una vulgaridad dicha a tiempo que una frase genial inoportuna.

* * *

Todas las mujeres huelen el interior del sombrero de los hombres que les son simpáticos.

* * *

En el gran amor la elocuencia es nula. Si pudiéramos encontrar dos tipos de amantes que poseyeran en grado supremo el concepto amoroso, deberían culminar en una mútua comprensión sin haberse dicho antes ni una sola palabra.

*«De la música y otros ruidos; su interpretación ideal y sus consecuencias». Por el señor Violon-
corno.*

Así como Beethoven requiere el órgano de una catedral, Wagner los cobres de una fanfarria y Mozart cítaras en una floresta, la música de Chopin, esos dolientes, afiebrados y pálidos *nocturnos* de Chopin deberían ser interpretados alguna noche de estío, perfumada de azahar, en una larga flauta de marfil, por una mujer delgada, toda desnuda bajo un transparente manto de crespón, al claro de luna y sobre el fondo monótono y oscuro de un cortinaje de terciopelo negro, de tragedia.

* * *

El director de orquesta que lleva el compás con la batuta es un cochero al que se le ha quebrado la fusta y se ha vuelto loco.

* * *

Los organillos callejeros que tan sin compasión apenan por las tardes, llevan qué sé yo cuantos corazones molidos a manubrio en el fondo de sus cajas. Por eso, cuanto más viejas se van poniendo más dificultosamente triste suena su música vagabunda.

* * *

Basta a veces escuchar el silbido de un hombre para deducir su situación social, y su cultura y su estado de ánimo. Un hombre en traje de fogonero, suele silbar tan sutilmente que revela un espíritu claro y musical.

* * *

En aquel buen tiempo lejano era la inseparable compañera de cuando bebíamos y nos apenaba un desengaño. Ella nos alegraba. Era bohemia y nocturna como nosotros; tenía el alma vibrante y llena de estrellas evocadoras de imposibles ensueños. Todos la queríamos y la cantábamos. Pero ya nadie se acordaba de ella ¿Cómo

era?... ¿Cómo era?... nos preguntábamos. Yo la recordé; primero confusamente, y luego, ¡oh, sí! luego toda ella volvió a ser y en ella, ante ella nos reconocimos tan sentimentales como éramos en aquel buen tiempo lejano.

Era una canción olvidada.

* * *

La callejuela está desierta y completamente silenciosa... ¿A quién diablos entonces manda callar con su eterno *pssss* ese mechero de gas de la esquina? El sí que es un ruido colgado de una percha.

* * *

El violín sólo deberían tocarlo los hombres altos, líricos y esbeltos, de cabeza romántica; el piano las mujeres rubias vestidas con batas claras y peinadas en bandós, a lo Cléo de Mérode; las morenas con ojeras la guitarra; el arpa las viudas inconsolables; los ciegos el clarinete.

¿Y el bombo?: nadie.

* * *

Qué melancólico es, en medio de la noche, un

silbido de tren lejano en marcha. Parece que tiene pena de irse.

* * *

Todas las campanas de reloj tienen un lánguido son angustioso, un eco funeral que agoniza sollozando en ondas trémulas. Y es que no podrá ser nunca alegre la voz que cumple una misión tan grave, la voz que dice la muerte de las horas, la voz que viene a recordarnos que el tiempo pasa, inexorablemente.

«De las bellas letras y otras minucias derivadas».
—Por el señor Foliambro.

¿Rubén Darío es el nombre de un poeta? Sí. Pero no. Así se llama, indudablemente, un gran Rajah de la India, alto majestuoso, que usa una larga y ancha barba blanca en forma de abanico—manchada a trechos de un color amarillento, de marfil viejo—que viste suntuosas ropas talares, recamadas de oro y piedras preciosas, lee sutiles sentencias en crujientes rollos de papiro y se toca con una bicorne mitra. Un irisado pavo real le sigue a través de las resonantes galerías.

* * *

«Era una fresca y hermosa mañana de primavera. Las pintadas mariposas...» Después de tal comienzo, al culto lector le está perfectamente permitido no seguir adelante.

* * *

¡Clarín! ¡Tambor! ¡Bombo! Qué bien dice la palabra el oficio del objeto. En cambio hay otros que forzosamente deberían llamarse de distinta manera. Por ejemplo, al picaporte de las puertas, por su ruido, por su forma, yo le pondría: *birlocho*.

* * *

«La vita comincia domani». Vale este título de una novela de Guido da Verona, desde luego más que la novela misma y después por una biblioteca sobre la fe en la energía del optimismo.

* * *

Hay algunos nombres con los que es imposible hacer un chiste: Víctor Hugo, Gutenberg, Alejan-

dro. En cambio existen otros, venerados por muchos conceptos, que rara vez se pronuncian en serio: Matusalén, Salomón, nuestro padre Adán.

* * *

El verso espontáneo evoca la desnuda belleza que serpentea en las líneas de los cuerpos vírgenes; y también la corriente de agua clara que va por un cauce de lisos guijarros, lamiendo las orillas rimadas. Con el verso trabajoso, frío y sin alma, uno se imagina a su autor escribiendo a máquina, sobre un papel seco, duro, con membrete.

«De la pintura, del dibujo y otros garabatos».—Por el señor Ocromo.

La sonrisa de la *Gioconda* de Vinci es tan superlativamente divina, importa un carácter de tal ultraterrena superioridad, que, contemplándola, se llega a esta conclusión definitiva: «de haber conocido a la *Gioconda* no me habría atrevido jamás a tutearla».

* * *

Panzas negras y cañones rojos de vapores en la bahía, entre el gris perla de la neblina crepuscular: buen fondo para un cuadro en cuyo primer término fume su corta pipa un marinero viejo.

* * *

Las ideas más ingenuas son las que se ocurren mirando un mosaico.

* * *

Para poder apreciar comparativamente y con absoluta justicia los verdaderos valores estéticos de los cuerpos—masculino y femenino—su alcance decorativo en el arte, se precisa ser hermafrodita. Un macho íntegro y una buena hembra no pueden opinar con equidad. Ellos tendrán siempre desequilibrado ese sentido crítico y no podrán nunca emitir un juicio libre y puro: en su raíz más íntima—en el sexo—habrá fatalmente un voto a favor del contrario.

* * *

Esos lápices que tiñen rojo por una punta y azul por la otra son el símbolo más perfecto del espíritu de contradicción. Dan un color absolutamente contrario al del lado por donde se les coge.

* * *

Las alboradas sólo deberían pintarse a la acuarela, los crepúsculos al óleo, los nocturnos al carbón y las fábricas al aguafuerte. ¿Y los duraznos?: al pastel. Únicamente el pastel puede reproducir con verdadera fidelidad esa suavísima pelusa de terciopelo sutil que recubre la piel de los duraznos.

* * *

Cuando se observa un grabado obsceno y antiguo, de esos en que una pirámide de mujeres desnudas forman un picaresco cuadro plástico se cree que todas han de conservarse invariables. Nadie se imagina que alguna de esas mujeres puede estar ya vieja, ser abuelita, o haber muerto.

* * *

¿Cómo sería posible hacer comprender a un ciego de nacimiento la diferencia de matiz que separa el color amarillo del verde?

* * *

Cuando una persona se hace retratar conviéndele no adoptar un gesto absolutamente definitivo. Eso es ingenuo. Vale más que adopte un gesto disperso, inclasificable, que como el arco-iris tenga toda la gama. ¿Talvez el retrato de Voltaire? Algo así.

* * *

Esas gentes hipócritas y torpes que hacen aspavientos de pudor ultrajado frente a un *desnudo* de arte, evidencian con su actitud toda su miseria moral. Son lo mismo que salvajes que se cubrieran los ojos alzando para ello el taparrabo y dejaran al descubierto sus vergüenzas.

* * *

Esas manos negras con el índice extendido que suelen pintarlas al betún en las paredes señalando un anuncio, o al lado de una puerta, indicando que «*por ahí se entra*», obsesionan. Deberían encoger siquiera alguna vez ese dedo tieso, rígido, envarado, o si no, abrir de cuando en cuando todos los dedos, ¡así!, en abanico.

Del «gentleman», del dandysmo y su influencia ética y estética.—Por el Sr. Lordbrumol.

El *gentleman*—en cuanto a formas y aspecto—y con él ese sentido de lo *chic*, de lo distinguido, del *dandysmo* no es más que una consecuencia de la ropa que se viste y de los accesorios que se usan. Lo *chic* cae juntamente con la última prenda de vestir. ¿Os imagináis a un hombre desnudo tratando de hacer un detalle elegante? A lo más puede hacer una *pose* académica, escultórica, pero eso ya entra en los dominios del arte plástico; eso ya no es lo *chic*, que queda desplazado *personalmente* en el sujeto desde el instante en que desaparece el doblez del pantalón, la achatada pitillera, el pañuelo nítido y lo demás.

Esto en cuanto al *gentleman* externo. Ahora en su concepto moral, de fondo y procedimiento, no puede llegar sino hasta el límite de la alcoba femenina en que necesariamente, fatalmente, debe desaparecer el caballero para dar paso al hombre. No habría nada más ridículo que un empecinamiento *distinguido* en el momento del amor. Entraría en pugna la pasión con el afán de la bella forma y si esta alcanzara a amordazar a aquella, resultaría una paradoja indigna de un *gentleman*, que, ante todo,

debe evitar herir la susceptibilidad de una dama, mostrándose poco apasionado de sus encantos.

* * *

Una corbata negra con pintas rojas, blancas y verdes—sombra y faroles chinescos—es la corbata ideal para una noche de verbena.

* * *

Los zapatos sin lustrar, cubiertos de polvo, son como los ojos bajo los párpados: no lucen, no se les vé, desaparecen.

* * *

Un pollo cocido y servido en una fuente presenta todo el aspecto de una mujer desnuda, con las piernas encogidas, de espaldas en una bañera sin agua y que está así por un estrafalario capricho. Eso es indecente y escandaloso sobre la mesa de un *gentleman* honrado y burgués.

* * *

Un hombre ajustándose una faja es un trompo que se enrolla a sí mismo.

* * *

En la playa de un balneario, en calzoncillos de baño, chorreando agua ¿sería posible presentar un *gentleman* a un grupo de damas y que asumiera una actitud digna?

Sí. Pero sólo después de un salvamento, en calidad de héroe.

* * *

En un salón un *gentleman* puede decir que le duele el pecho, una rodilla, la espalda, una muela; pero no puede decir que le duele el ombligo. ¿Por qué razón es esto indecoroso?

* * *

Hay salas tan severas que infunden respeto ellas solas. Son como nobles damas antiguas en cuya presencia no se puede permanecer con el sombrero puesto; obligan a descubrirse.

* * *

Aunque en un paseo campestre, cuando se está muy acalorado, la urbanidad hace concesiones, no

hay que precipitarse. Basta que uno quede en mangas de camisa para que los demás se sientan más frescos.

* * *

Esas puertas anchas, gruesas, ojivales, tachonadas de férreos clavos, servirían admirablemente de suelas para zapatos de gigantes que jugaran al *foot-ball*.

* * *

Hay ciertas vestiduras que, visualmente, desorientan el carácter sexual de quien las lleva, como el balandrán de los curas, la toga roja de los presidentes de tribunal francés, el mandil y gorro blancos de los cocineros, etc.

* * *

¿Por qué motivo si la izquierda es más torpe y más débil, se llevan las riendas del caballo en esa mano, mientras la derecha descansa garbosamente sobre el muslo o enarbola la fusta? Lo natural y lógico debería ser lo contrario, a no ser que confiemos más en la fuerza del castigo que en la destreza guiadora.

* * *

A veces se encuentra en una sala un grupo de sillas colocadas con tal disposición que no sólo denotan que acaban de ser abandonadas por personas que charlaban animadamente, sino que parece que ellas mismas continuaran ahora la conversación.

«Del teatro».—Apuntes marginales, por el señor Aramburo

El teatro como manifestación de arte estará trunco, no podrá representar jamás la exacta verdad de la vida hasta que se encuentre el medio de evitar la supresión de esa pared que falta al decorado—el telón de boca—y que se levanta para que el público vea lo que pasa en la escena. Por otra parte ¿no basta que la acción ocurra, que la obra se realice? ¿Por qué es preciso que se vea? ¿Y por ahí?

* * *

Un gran actor, un actor genial, cuando interpreta una obra determinada, solo es *artista*—en su pura acepción—la noche del estreno: ha creado su rol,

definitivamente. Después se transforma en un simple imitador, en un imitador de sí mismo. No están en este caso los actores medianos; pueden continuar creando: les asiste el derecho de corregirse y la obligación.

*«De la bohemia».—Recuerdos a vuelo de pájaro,
por el señor Saltatumbo*

Qué bondadoso y patriarcal es el gobierno de la Nación, que hace tender a través de las llanuras largos hilos de alambre con el exclusivo objeto de que en ellos descansen de su vuelo los pájaros errantes.

Algunos opinan que esos alambres sirven para la transmisión telegráfica; pero yo no puedo creerlo; no quiero creerlo. ¿Por qué quitarles su enternecedora poesía? Son para eso, nada más: para que descansen de su vuelo los pájaros errantes.

* * *

En ninguna parte son tan grises las tardes como en los andenes de una estación. Gris de hierros. Gris de asfalto. Gris del alma en pena por el desengaño

de la espera que resultó inútil. Gris de desconsuelo por los adioses que se dan para siempre.

El humo de las locomotoras cansadas va poniendo la tarde más aburrida. Humo gris en la tarde gris.

* * *

Cuando la luna luce cuernos podeis asegurar sin temor a equivocaros que Pierrot, su enamorado de los momentos tristes ha hecho las paces con la eterna coqueta de la señorita Colombina.

* * *

En los jardines públicos, bajo la sombra espesa de los árboles, en un remanso de sombra, hay ciertos bancos apartados en donde suelen sentarse por la noche hombres vestidos de ropa oscura, con la cabeza descubierta y que miran fijamente sin ver, con un aire de sonámbulos. Esos hombres me han inspirado siempre un gran respeto. En esos bancos solitarios y sombríos, esos hombres sombríos y solitarios no pueden hacer otra cosa que meditar un crimen, pensar en el suicidio o llorar un amor imposible.

* * *

Esa locomotora jadeante y afanosa que va y viene en el andén de la estación, arrastrando o empujando vagones que coloca en un lugar apropiado, es una señora gorda, cuidadosa de su casa, que, sudando y a resoplidos, acomoda baúles y sofás en su sitio.

* * *

Viajando en tren es fácil observar que todas las mujeres de los guardavías—con la banderita roja y verde—están permanentemente en cinta de siete meses, por lo menos.

* * *

En las noches de luna llena, nuestro espíritu vehemente suele elevarse como un lírico Pierrot, tan alto, que a veces casi se ahoga en una golilla de nubes blancas.

* * *

¡Oh, qué desconsuelo más grande es pensar que *siempre, en todo momento*, alguien se está muriendo!

* * *

Debe ser horroroso, el caso más horroroso para cualquiera, llegar a su alcoba, a acostarse, encender la luz y ver que *ya estaba acostado*. Otro «yo», ahí. ¿Qué haría? Se atrevería a hablarse a sí mismo?

* * *

Una pulga que pica en la espalda es una estrategia. Ataca por un punto en que es invulnerable. Y si por rara casualidad, contorsionándose, lógrase atraparla y darle muerte, hay que ser justos y honrar su memoria. Era un Moltke de su especie que sucumbió en el campo de batalla.

«*Fantasia de un Murciélago aburrido*». — *Soneto por el Sr. Frofrolo*

En bacanal de siniestro aquelarre
préndome al moño de una bruja maja
que sobre el Diablo su cuerpo ahorcaja
aunque el trasero después le achicharre.

Entre asesinos de faja y baraja
soy el que al naipe marcado les barre
por ver un hombre que ciego desgarre
una barriga con una navaja.

¿Quién en misterio y horror me aventaja?
¿Quién el secreto de mi alma hay que narre?
¡Soy de la noche la trágica alhaja!

Y nadie el vuelo nocturno me ataja
Sólo la Muerte sin duda me agarre
emborrachándome con la mortaja.

CAPITULO XX

EN EL QUE DESPUES DE AGRADECER EL HOMBRE DE LA TIERRA CLARA LA MANIFESTACIÓN SE DESPEJA EL MISTERIO DEL NICHOS VACÍO.

—Tiene la palabra el Hombre de la Tierra clara.
¡Córcholis!

Durante el desarrollo del programa y especialmente en el entreacto hube de empinar el codo de lo lindo, colmado el cuerno hasta los bordes. Y me llegaba el turno de hablar. Y tenía las fauces reseca, y el *klobac* estaba tan fresco, tan agradable... No vacilé: mandé el cuerno allá mismo y cogiendo con ambas manos la vasija, escurrí en mi boca hasta la última gota.

¿Discursitos a mí? Perfectamente. Me alcé del taburete, y levantando el diapasón, solté el siguiente chorro lírico:

Señor Presidente, señores Académicos, señores Murciélagos: ¡gracias! Me siento profundamente emocionado. Este es uno de los instantes más solemnes de mi vida. Habeis sabido conmover en tal forma las más ocultas fibras de mi ser, que bien podeis estar seguros de que mientras me anime un resto de energía, mientras circule por mis venas la postrer gota de sangre, mientras exista, mientras aliente, no habrá en el mundo fuerza humana que os haga desterrar de la memoria mía...! (Aplausos).

¡Ah!, señores, el exquisito espíritu artístico que habeis manifestado, el misterioso encanto que os rodea, el homenaje que me tributais, los agasajos que me haceis, la amistad que me brindais os hacen merecedores de mi más sincero afecto y de vivir eternamente en el fondo de mi pecho en el sitio reservado al culto de las almas hermanas, de los amigos inolvidables.

Perdonad si a tan banales conceptos recurro para expresar mi gratitud. La palabra humana, dijo un gran escritor, «es como una caldera hendida de la que arrancamos armonías para hacer bailar a los osos, cuando quisiéramos emocionar a las estrellas». Además, cuando se siente de veras, el

dinamismo emocional se acrece, sienta sus reales en el corazón y nos deja el encéfalo vacío.

¡Cómo comprendo ahora, amigos míos, vuestro silente idioma nacional, su valor de expresión, su silencioso apostolado, su motivo recóndito! ¡Cómo ansío, cómo desespero diré mejor, de no poseer como vosotros un par de buenos patajiones, sutiles órganos milagrosos salvadores del abismo que separa el reino de la idea del reino de la forma, y poder así, con la elocuencia muda del sentimiento que no sabe mentir, hacer llegar hasta vosotros la ferviente conmoción de mi cariño! ¡Quién me diera, con un solo estremecimiento de todo mi ser, la facultad de comunicaros en vibraciones, sólo en *vibraciones*, el mensaje tembloroso de mi alma! (Más aplausos).

Yo bien lo sé que no es posible, y, aunque mi pensamiento lo desee, el barro material de que estoy hecho se debate y sucumbe en la impotencia. Siquiera valga la intención que en mí se agita; la intención, que al fin y al cabo es lo único que vale sobre la tierra clara y no dudo que también en las cavernas.

Y ahora, compañeros Murciélagos, por favor no me obligueis a continuar. Estoy muy excitado y el *klobac* se me sube a la cabeza. Para otra vez será.

Réstame solamente felicitaros por vuestro generoso impulso. Estais realizando una gran obra de cultura. Teneis cogido en vuestras garras el cordel de la campana de la sombra, y ojalá que desde las torres del alto misterio en que vivís, no solteis el cordel y sigais tocando cada vez con más fuerza hasta que las campanadas, que ahora doblan a difunto, sean un repique de gloria que pase aleteando por la frente de todos los Murciélagos del mundo con la intensa armonía de un gran himno triunfal!...

Vano empeño sería tratar siquiera de describir el entusiasmo delirante que provocaron mis latiguillos de ocasión. Los Murciélagos desatábanse con esa alegría tempestuosa de los tristes cuando están bajo la acción de un excitante poderoso; chillaban a más y mejor, zigzagueando en el aire en todas direcciones. Perdióse el principio de autoridad. Momborotombo hizo traer el barrilito de reserva, y ahí fué el acabose: agarrábanse los Murciélagos a los bordes y enchufando el hocico ávido sorbían el líquido a grandes tragos. Un Académico se cayó de cabeza y si no andan tan prontos en sacarlo se ahoga sin remedio. Algunos, volando, dábanse de encontrones en las paredes de puro contentos—o

de puro borrachos.—Era una algazara de mil demonios.

Contemplando entre curioso y empavorecido la originalísima fiesta báquica mis ojos tropezaron de nuevo con el nicho vacío, con ese nicho que en medio del bullanguero desorden abría su boca negra con un bostezo de cansancio y de melancolía.

Y me propuse despejar la incógnita.

—Oiga— le dije a Frofroló, que, como buen poeta desengañado era un contemplativo irónico de la alegría ajena—¿que no vive nadie en esa casa?

Frofroló miró hacia el sitio que yo le indicaba: turbóse visiblemente, adquirieron sus pupilas una enigmática expresión, y no me contestó.

Con eso exaltó más mi curiosidad.

—¿Qué misterio es este?—insistí.

—No quiera Ud, saberlo,—contestóme con voz apenas perceptible—acaso después le pesaría.

Ya estaba demasiado interesado y no cejé.

—Por favor, Frofroló, le ruego, le suplico...

Entonces el poeta, dejó caer pausadamente la respuesta:

—Pues bien, esa es la casa en que vivía el pobre Abenabembo.

Estremeciéndome, callé a mi vez, todo confuso,

entanto los Murciélagos agitábanse en torno mío como los remordimientos de un asesino.

—¿Y ahora no vive nadie ahí?—pregunté sin saber lo que decía.

Frofrolo me clavó su penetrante mirada, largamente, con fijeza inquisitiva, espiando en mi rostro la sinceridad de mi arrepentimiento, y luego me respondió:

—Sí. Ahí vive Lindururú, la huérfana de Abenabembo, que es una chiquilla aun.

La noticia fué superior a la resistencia de mis nervios. Me desplomé sobre el taburete y estuve así un largo rato con la frente entre las manos, enredado en la malla de vaporosas cavilaciones.

—Oh, qué triste es todo esto—murmuré. ¿No podría conocerla? ¿Hacerme perdonar?

—¿Tu lo quieres? Talvez sería demasiado fuerte aunque no imposible. Ella supo esa noche por las últimas vibraciones de su padre su fallecimiento, pero como a la hora en que llegaste lloraba en el fondo de su casa con las alas plegadas ignora que tu fuiste el matador. Veré si puedo conseguirte una entrevista. Dificilillo lo encuentro pero procuraré convencerla. Las Murciélagos son muy curiosas. Claro está que esto lo hago solamente por tí, a quien nada puede negarse esta noche, y además ¿por qué no decirlo, amigo mío? yo soy también

un sentimental y comprendo el encanto que tendrá para tí la aventura.

—¡Cuánto te lo voy agradecer, Frofroló! (Lo tuteaba ya como a un compañero).

—No te preocupes, déjalo todo de mi cuenta— me dijo,—y cortando en zig-zags por entre las rondas de Murciélagos borrachos que circulaban por el aire profiriendo obscenidades, se coló por el nicho vacío con el ímpetu de una pedrada en la boca de un horno.

CAPITULO XXI

DONDE A LO LARGO DE OSCURAS GALERÍAS SE REFIEREN INTERESANTES EPISODIOS HISTÓRICOS, CON OTRAS COSAS DIGNAS DE SABERSE.

La espera se me hacía insoportable. Y había que ver: aparte de una tremenda lata con demostraciones prácticas que daba Momborotombo sobre las diferentes maneras de hacer el «*looping the loup*», hube de aceptar por compromiso unos cigarros negros y retorcidos como sarmientos de vid que fumaban. Encendí uno en la lumbre de una luciérnaga que cacé al vuelo y tuve que tirarlo atragantado con el humo pestilente—de punta de rabo de dia-

blo quemado—que despedía el cigarrito aquel, capaz de marear a un piloto escandinavo.

Por fin regresó Frofrolo.

—¿Y ella?

—Se ha negado a venir...

—Así es que no podré verla nunca? (Bastó este *nunca* para que la idea de Lindururú se prestigiara en mi alma con toda la joyería de lo imposible). ¡No poder verla! Pensemos algo Frofrolo, algún medio... Yo estoy dispuesto a todo.

—Pero si aun no he terminado; si no me dejas hablar. Ella se ha negado a venir porque hasta allá se oía esta bulla infernal y tuvo miedo. Además está muy apenada; encuéntrale razón; pero dice que si quieres puedes ir a verla por la terraza.

—¿Por la terraza?

—Sí. Todas las casas cuyas puertas desembocan a esta sala, dan al fondo a una terraza común que circunda el exterior de la caverna.

—Entendido. ¿Y por dónde se va a la terraza?

—Hombre, ¡qué vehemencia!... Me gusta. Yo te guiaré, sígueme.

Pero en esa pajarera loca resultaba difícil seguir el vuelo poético de un Murciélago en medio de tantos otros, que, aunque más prosaicos, el alcohol enardeciéndolo hacía semejantes. Híceselo ver así a Frofrolo y me encontró la mar de razón. Entonces,

para solucionar el asunto se me prendió de una manga y aleteando, aleteando, fué llevándome disimuladamente hacia un extremo de la caverna. Aquí, entre dos grandes peñascos cortados en forma piramidal, encontramos, tapada por herbosos colgajos a modo de esos estores japoneses de esponjado papel verde una salida. Parecía la pequeña puerta asiria de una cripta ratonera. Hube de ponerme a gatas para conseguir atravesar un estrecho túnel que desembocaba en otro oscurísimo también pero más amplio lo que permitióme continuar de pie la marcha.

Erizado de filudas salientes estaba el pasillo y de lo alto lloraban pétreas estalactitas amenazando romperle la crima a cualquier otro cristiano que no poseyera como yo las prodigiosas facultades ópticas antedichas.

Frofrolo no me soltaba la manga y así, como un extraño lazarillo de sonámbulo, conducíame a través de una serie inacabable de vericuetos y callejones tortuosos que me río yo del histórico laberinto. Sin duda ascendíamos porque mi marcha era fatigosa como la de quien va subiendo una colina empinada. Salimos a una rotonda irregular. Una piedra porosa, sobada y grasienta por el uso tapaba un hueco, desentonando en la superficie áspera del muro.

—¿Es por aquí, talvez?—le pregunté.

Frofrolo se echó a reir.

—A buen sitio irías a parar. Esa es la entrada a la cueva del castigo.

—¿Eh?

—Como si dijéramos nuestra cárcel o casa correccional. Ahí aplicamos la pena del insomnio.

Y mientras continuábamos por las internas encrucijadas de la caverna, mi cicerone se sirvió guiarme también por las interioridades de la justicia quiróptera.

—Esa piedra cierra—decíame—un altísimo calabozo redondo, matemáticamente esférico, de paredes lisas, de pizarra, tan pulidas y resbalosas que no hay manera de hincarle la garra. Cuando un Murciélago delinque se le encarcela ahí. Al principio se sonríe del encierro; pero después la cosa se pone fea: Pasa el tiempo; empieza a sentir sueño; y como para dormir tenemos que colgarnos cabeza abajo, el reo se desespera inútilmente buscando un punto de apoyo para sus garras que resbalan, fracasadas, sobre el muro jabonoso. Obsesiónase, revoletea frenético, enloquecido; al fin cae rendido de fatiga. Pero como la esperanza no concluye sino con la muerte, repite la prueba hasta el delirio. Su propia rabia insomne lo suplicia, azotándolo contra la dura pizarra. Para mayor tormento, una

abertura practicada en la cúspide de la celda le asaetea en el día con los odiados rayos solares, y en la noche le muestra el espacio inmenso, ¡la libertad! Pero el orificio es muy pequeño y hace la fuga imposible.

—Debe ser un castigo horrible.

—Oh, no puedes concebirlo. Cuando salen de ahí quedan atontados durante mucho tiempo; regularmente son estos los que con más facilidad cazan los hombres de la tierra clara...

Y agregó serenamente, al parecer sin pizca de ironía:

—Uds. siempre han sido nuestros verdugos.

Yo seguí andando haciéndome el desentendido y me escapé por la tangente:

—¿Así es que Uds. han abolido la pena capital?

—No, carísimo. En caso de un delito grave se encierra al delincuente hasta que sucumbe. Tenebrero murió en la prisión.

—¿Qué había hecho?

—Reo político. Conspiró contra Glotón el Terrible durante el Segundo Imperio. El complot se tramaba mientras dormía el Emperador, pero este que—no por hacer un retruécano porque me cargan sino por una de esas raras coincidencias— era en efecto terriblemente glotón, un día que se había dado una panzada de vinchucas le dolieron las tri-

pas, despertose y cuando se comunicaba con el médico de turno interceptó un mensaje. Descubierta la confabulación prendió a Tenebrero. Su venganza fué cruel y de acuerdo con su carácter: antes de encarcelarlo, si la historia no miente, mandó comerle las alas por los *anidarios*.

—¿Quienes son esos?

—Una especie de parias de nuestra sociedad; los que te sirvieron el *klobac*.

—¡Ah!

—Sin embargo después surgieron las teorías del sacrificado precursor y se impuso el nuevo régimen con el nombre de Jefatura Suprema. La misma jeringa con distinto bitoque.

—¿Entonces las declamaciones artístico-políticas de Momborotombo?...

—Pura filfa. A ese lo vamos a mandar muy luego con la *frozz-band* a otra parte. ¿Pero has podido creer en su palabrería? Es un viejo petulante y nada más que un viejo petulante; repite lo que alcanza malamente a pescar en unos cuantos libros; no tiene una sola idea original. Los demás de la famosa Academia «¡*The Bat's Academy!*» ¡qué ridiculez! son una cáfila de badulaques que se las dan de sensitivos para no hacer nada y medrar a la sombra de la chifladura gubernativa. Aquí el único que vale soy yo. Pero no les va a durar mu-

cho la treta. Les voy a armar la revolución del siglo. Pienso desarrollar una acción lírica, popular y pintoresca. ¡Pintoresca!, sí señor.

—Permíteme, Frofroló, que lo ponga en duda. Acaso exageras. Lo pintoresco trae consigo la idea de color y esto me parece inadmisibile en medio de la sombra en que fatalmente se desenvuelve vuestra raza. Sería como tratar de pintar una zambra de gitanos al sol con un cepillo untado en betún de zapatos.

—No quiero contradecirte ahora, pero dejo pendiente la discusión para más tarde. ¿Qué te decía? Ah, ya sé. La revolución. Seré un D'Annunzio impulsivo y ardiente con la perseverancia de Lenin y un desenfado bohemio. Vivimos un momento convulsionado y hay que aprovecharlo. Políticamente la Jefatura Suprema y la Academia constituyen una oligarquía intelectual inaceptable por lo egoísta y literariamente pernicioso porque con sus teorías de presentar desgajados los elementos que compondrían un buen ensayo de estética o una prosa sugestiva, abortan parrafillos inconscistentes y superficiales, pompas de jabón que no soportan un sopli-do. Es que son perezosos y el talento que podrían desarrollar lo desperdician en banalidades. Pero yo los haré entrar en vereda. O cuajan o revientan. Veré como salgo de la prueba. Por de pronto ya

tengo de mi parte a los *anidarios*; les he prometido instaurar las antiguas diversiones del Imperio, cuando se toreaban moscardones; una ración diaria de cuatro cucarachas, *klobac* a discreción, y un nicho perpetuo a cada uno. Y no te digo más.

—Andate con tiento, Frofroló; lamentaría mucho que te fuera a pasar lo que a Tenebrero.

—No hay cuidado, compañero, ya no son los tiempos de antes: los *anidarios* han aprendido a hablar y nadie va a interceptarme un mensaje. Entretanto le llevo la corriente a Momborotombo para despistar. La historia se repite. A todo Julio César se le atraviesa un Marco Junio Bruto...

El conspirador se detuvo, acaso temiendo haberse expansionado más de lo conveniente, y me dijo:

—Para qué te voy a ofender rogándote la reserva sobre el particular...

—Hombre, ni qué decirlo... Oye, mira, ¿falta mucho camino aún?

—Ya vamos a llegar. ¿Vas cansado? ¡Fracaso como charlador!... Y yo que te conversaba para acortar el viaje.

—No es eso, Frofroló, sino que temo que a lo mejor Lindururú se cansa de esperarnos y...

—No seas aprensivo. Ya es cuestión de poco. Esta es la última galería que hay que atravesar.

Continuamos la marcha en silencio. Mis pasos

se apagaban sobre una capa de arena húmeda. El vuelo de mi compañero no se oía. Sólo de cuando en cuando una piedrecita desprendida de la pared, caía rebotando y el eco se perdía por los claustros subterráneos. Torcimos a la izquierda. Pensaba en lo que habíame confiado mi amigo. ¡Quién iba a creerlo! Fíese Ud. de las apariencias. Frofrolo conspirador. ¿Para qué se metía en política? ¿Por qué no seguía haciendo sonetos tranquilamente?

—¡Vaya con Frofrolo—le dije—que gusto de complicarse la vida!

Entonces el poeta, dejando un instante de volar, tornó hacia mí su altiva cabecita de orejas cubiertas y respondíame tristemente:

—Es que me aburro.

CAPITULO XXII

QUE TRATA DE LINDURURÚ, DE SU VIDA ROMANTICA Y SOLITARIA, Y DE UN POCO DE AMOR AL CLARO DE LUNA.

Francamente la caminata íbame ya fatigando. Continuábamos en silencio. De pronto, allá al fondo de la última galería insinuóse una luz vaga. ¡Al fin! Apresuré la marcha instintivamente. Una racha fría me azotó la cara trayéndome un aroma salobre, a costa, a algas marinas. La desembocadura del túnel se agrandaba por momentos. Con el apresuramiento tropecé, pero me apuntaló Frofrolo tirándome de la manga con un certero volido. Cuatro pasos más y estábamos afuera.

Quedé un instante en suspenso, desconcertado frente al espectáculo soberbio que se desplegaba ante mi vista como la maravillosa decoración de un cuento de hadas.

Estaba a una enorme altura, parado al borde de aquello que los Murciélagos llamaban su terraza y que no era otra cosa que un angosto camino cordillerano circunvalando un macizo colosal, ingente cerro de granito negro con incrustaciones de pirita de hierro que irisábase en apagados reflejos minerales. Hacia arriba se prolongaba la gigantesca mole horadando el espacio, y despeñábase a mis pies en un tremendo precipicio, cortado a pico, hasta sumirse en una sima de vértigo.

La noche inmensa, majestuosa como una emperatriz oriental envuelta en nubes de incienso, colgaba en el cenit su lámpara velada de gasas grises: pálida luna de ensueño, a cuya débil luz se extendía la marisma solitaria, la costa ahogada en bruma, donde, esbozándose apenas, emergía la caprichosa arquitectura de las rocas monumentales—truncados arcos de triunfo, desmoronados coliseos romanos, ruinosas catedrales góticas, pedazos de columnas, esbeltos monolitos desequilibrados—como la fantástica silueta carcomida de una ciudad de humo. La queja eterna del mar llegaba rodando

sordamente hasta nosotros, fingiendo los bramidos intermitentes de un lejano monstruo herido.

—¿Dónde estamos?—interrogué a mi guía—geográficamente se entiende.

—Perdona, chico; es lo único que me está vedado revelarte. Es un secreto de estado, ¿sabes?

—A mi me recuerda la playa de Constitución. ¿Ves allá la...

Pero Frofroló paró en seco mi observación:

—Anda, que nos espera Lindururú.

—Adelantamos un buen trecho rodeando el cerro, yo detrás de mi conductor, apegándome a la roquera muralla acribillada de huecos equidistantes como troneras de antigua fortaleza, y tanteando cada paso que daba por la estrecha vereda que, solada de sueltos pedruscos, hacía peligrosa. Nos detuvimos frente a la morada que fué del pobre Abenabembo. El poeta se coló por la tronera, reapareciendo al poco rato seguido de una gentil Murcielaguita.

Nos presentó:

—Lindururú, que quiere decir *la bella entre las bellas*... El Hombre de la tierra clara, un turista sentimental que tiene deseos de conocerte.

Frases de cumplimiento, galanterías.

Como resultaba incómoda la situación, me senté en la Terraza: tan exigua era que apoyando la es-

palda contra la roca quedábanme los pies colgando sobre el precipicio.

—Ajajá, perfectísimamente.

Lindururú, confiada y mimosa—¡pobrecita, qué sabía de los hombres!—se instaló en mi regazo. El comprensivo Frofroló, por su parte, hizo una pirueta mortal sobre el abismo y después con esa cómplice camaradería bohemia que lo caracterizaba, díjome que iba a dar una vuelta por el vacío y tornaría a buscarme. Disimulada tercería que le agradecí con toda el alma. ¡Era un muchacho muy simpático!

—*Ciao*, buena suerte—exclamó— y haciendo un picaresco guiño de despedida se alejó silbando un aire de opereta.

Quedamos solos ella y yo, en medio del silencio de la noche, interrumpido sólo por el lejano rumor del mar. El claror vago de la luna nos envolvía idealizando la entrevista.

—Ud. perdonará que no lo haga pasar—díjome sonriendo mientras me señalaba la entrada de su casa—No cabe Ud. por la puerta.

—Está perdonada. Además es tan poético el panorama que desde aquí se abarca que sería una lástima no gozar plenamente de su belleza.

Y mientras me inspiraba en el encanto del paisaje, tratando de comunicarle como mejor podía

mis sensaciones—talvez estuve un poco exagerado—íbala contemplando a hurtadillas.

Lindururú... ¡Flor de inocencia! Tenía los ojos negros, redondos y brillantes como dos cuentas de asabache, como las cabezas negras de los alfileres de sombreros femeninos; ojos de expresión tan dulce, de ruego de pena, de amorosa sumisión que hacíanla irresistiblemente seductora. Tenía el hociquito de ratita regalona, las orejitas finas, abarquilladas, como dos pequeños cartuchos de oscuro tafetán; las alitas bien perfiladas, ténues, casi transparentes. Lo mismo que esos saquillos de terciopelo para perfumar la ropa, de toda ella emanaba un delicado aroma de almizcle.

—Siento frío— me dijo —está la noche muy helada.

Entonces yo tendí la mano y la cogí. A pesar de la influencia secular, sabiendo que era una hembrita virgen, una jovencita huérfana, no sentí el el más leve asomo de repulsión. Al contrario, me parecía tener cogida una extraña muñeca de luto vestida de felpa, con un gran lazo de seda en la espalda; una inquietante muñeca viva, *modern styl*, preparadora de pipas de opio en el fumadero de un dandy a lo Jorge Brummell, hastiado, sombrío y exquisito; la vampiresa adorable, el súcubo real de un caballero de Sacher Masoch, cuya manía com-

plicara el satanismo. También podía ser la princesita encantada de un reino fabuloso y remoto, la princesita que un mago astrólogo encantó por saberla viciosa de un pecado inconfesable.

¡Pero nó! Atrás malsana fantasía que me haces calumniarla. Perdóname Lindururú, flor de inocencia. Tus garritas delgadas, nerviosas, apretábanse a mis dedos como las patitas de un gorrión y en la palma de mi mano sentía latir tu corazón minúsculo de virgen. Temblabas toda entera, indefensa, entregada, *ruborosa*... Temblabas toda entera como la mano de una novia. El maestro Daudet hubiera dicho que producías la impresión enternecedora que habría causado un pájaro cogido en el bosque, tibio aún de la pluma del nido y dulce y suave como tú, Lindururú.

La arrebujié contra el pecho y hablamos quedamente. Se acordó de su padre muerto, que era tan bueno, que la quería tanto, y el relato la conmovió, hasta hacerla llorar. ¡Intraducibles sollozos de Murcielaguita ¡huérfana! La voz, a través del llanto, algo tenía del celebrado arrullo de la tórtola, pero sólo era comparable con una melodía empañada de lágrimas que pudiera silvarse con un soplo de aliento trémulo en una pequeña ocarina melancólica.

Y yo tenía la culpa de su llanto, yo era el cau-

sante de su desgracia: por mí, por mi criminal inconsciencia acongojábase su almita de niña. ¡Oh, si ella hubiera sospechado que el asesino de su padre estaba tan cerca!...

Me desprecié, me aborrecí: yo era un verdugo infame y abominable, el ogro feroz de las viejas leyendas infantiles con que sin duda atemorizaban a los Murcielaguitos...

Esta idea espantable me erizó los cabellos precipitando mi espíritu en un abismo más insondable y tenebroso que el que vertiginosamente hundíase bajo mis plantas.

Pero aunque experimentaba un goce cruel, sintiéndome sufrir y oyéndola quejarse, me ganó la piedad, y consolábala con esas triviales frases que por querer decir mucho no dicen nada y en que parece que el pensamiento no tiene más que un valor de intención, como si las palabras sólo fueran el pretexto de una caricia modulada.

—Vamos, cálmese Lindururú, no se apene más... Me aflige tanto verla en ese estado. Claro, comprendo que le sobran motivos, pero no hay que abandonarse a la desesperación. ¿Quiere que charlemos de otra cosa para distraerse? Hábleme de su vida...

—¿Qué puede interesarle de mi vida? Mi mundo es tan oscuro... yo tan pequeña y tan triste...

—Pura coquetería... Esa modestia suya la hace más interesante. Dígame, ¿es la primera vez que Ud. ve a un hombre?

—Que lo hablo de cerca, sí. Pero la primera vez que ví un hombre fué en circunstancias tan especiales que ha quedado en mí la impresión imborrable.

Y me contó que una noche de espesa neblina habían pasado rozando casi la mole de la caverna unos enormes pájaros que metían un ruido ensordecedor, y que luego le explicaron que no eran tales sino hombres que volaban en unos aparatos inventados por ellos. Que uno pasó cercano y pudo verlo agarrado a una rueda y que después desviándose hacia el oeste—hacia allá, decía ella—había desaparecido.

—¿No sabes nada más de aquel hombre?

—Sí sé. Unos *anidarios*, que mandó Momborotombo, llegaron con la noticia de que se había caído al mar. Pero no me dió pena. Era muy feo, horroroso. No tenía cara como tú. Sólo se le veía una tremenda cabeza peluda y unos grandes anteojos como los del jefe, pero redondos. A mí me dió mucho miedo...

—Ese hombre horroroso, Lindururú, era un oficial de nuestro Ejército, un amigo mío muy valiente, un mártir de la acción cuya memoria ve-

neramos todos. Talvez, tú no comprendas bien esto...

Hablándola, sentía nacer en mi espíritu un sentimiento indefinible de atracción hacia ella; un sentimiento mixto de conmiseración y de inefable dulzura. La veía tan abandonada, tan inocente, tan *huachita* que, sin pensar, fuí rodando en mi afán de consuelo por el declive que acentúa la confianza y aligera la simpatía, hasta llegar al fondo de su alma ingenua y pura.

Me contó que sólo conservaba de su madre un vago recuerdo, muerta en el derrumbe de la cúpula de San Isidro, siendo ella muy chiquitina. Que las mayores alegrías de su niñez habían sido una vez que su padre la llevó a ver la misa del gallo a la Catedral—¡qué haber de lucesitas, yo tenía que fruncir los ojos para no cegarme! ¡Y qué música tan linda!—y otra que el mismo le trajo de regalo un collar con un chiche.

—Aquí lo tengo, véalo.

Efectivamente, en el cuello de Lindururú lucía una cadenita de oro con un corazoncito minúsculo de colgante.

—Este es un *anillo de ilusión*—le dije.—Lo usaron mucho en un tiempo las niñas de la Tierra clara como el compromiso ideal entre ellas y sus enamorados. ¿De dónde se lo trajo el papá?

—Se lo encontró una Nochebuena en el Parque Forestal y me lo dió de Aguinaldo. Es bonito, ¿verdad?

No contesté. No pude contestar. Una oleada de recuerdos suscitada por esas mágicas palabras impedíame hablar. La *cadenita de oro*... la Nochebuena en el Parque... ¡Oh, qué lejos, qué lejos!... Una congoja infinita destrozábame el alma, lanzándola como los restos de una barca de ensueño a naufragar en la inmensidad de la noche taciturna...

—Se ha puesto Ud. triste. Acaso lo aburro con mis cuentos.

—Oh, no. Es que Ud. me ha hecho recordar el cariño más grande de mi juventud, el único verdadero, talvez... ¡Pero fué una nube que ya pasó! A propósito ¿qué piensa Ud. del amor?

—Que no debe ser una cosa muy agradable cuando tanto lo apena su recuerdo.

—Ay, Lindururú, el amor es una puñalada que nos pegan a traición y de la que no se sana hasta que nos vuelven a pegar otra.

—¿Y no cicatriza con el tiempo?

—Al contrario, se encona y hay que rasguñar hasta abrirla de nuevo; el caso es sangrar por algún lado.

—¡Qué raro! No lo comprendo.

—¿Ud. no se ha enamorado nunca?

—¡Qué pregunta! Nunca, pues.

—¿No ha tenido ni un *pololo*?

—Claro que sí, muchos; pero me los como. ¿Son ricos, no?

—¡Qué graciosa! Yo me refería a los otros *pololos*... ¡En fin! Más vale así.

—¡Por Dios, debo parecerle una Murciélaga muy tonta!...

—No se lo imagine. Ud. me parece muy... muy *lindururú*, eso es.

Y seguí deslizándole, pérfidamente al oído, esas mil vaguedades insustanciales y románticas que tanto gustan a las mujeres escuchar a solas con un hombre, enroscadas como gatas perezosas en los almohadones. Vaguedades sin resonancia, notas sueltas de una música sin sentido, cuentas de ámbar desprendidas de un rosario apasionado sobre el regazo sedoso de la hora quieta... Vaguedades... Vaguedades acariciadoras como las estrofas de una canción de cuna... Canción de cuna que mece en su vaivén al amor que empieza...

Lindururú se adormecía sobre mi corazón.

El alba. Llegaba el alba. No fué la lírica alondra de la reja de Verona quien la anunció: El mago artista de una escenografía de ensueño íbala pintando sobre el ancho plafón del cielo gris y la banda

marina que ampliaba su horizonte. Difusa claridad de cristal turbio. Tintas de lejanía. Opalo celeste, ópalo rosa. Era el alba una inmensa aureola imprecisa, húmeda, en cuya diáfana coloración disolvíanse la luna y las estrellas, abocetándose la mancha de las rocas playeras con tenues pinceladas de violeta brumosa. Allá más lejos, un terco acantilado avanzaba en el mar en semicírculo de anfiteatro donde chocaban las olas empenachándose de espumas.

Momento a momento, el vasto panorama retrocedía, ensanchándose, dignificando su prosapia divina, ante la gracia inminente del primer rayo de sol, que, como una lanza de oro, cruzaría el espacio para clavarse en su seno e incubar el nuevo día.

No me di cuenta de la llegada de Frofroló hasta que estuvo a mi lado.

—Ya es hora de irnos—me dijo.—Pueden haberte echado de menos en la Caverna, y no conviene, si te buscan que te encuentren aquí. Vámonos allá.

El frío de la madrugada me agarrotaba los miembros. Me despedí tiernamente de Lindururú y con trabajo seguí a mi servicial compañero.

Al torcer una curva del camino, volví la cabeza y contemplé por última vez a la inocente huerfa-

nita que batía sus alas como pañuelos de luto, dándome el postrer adiós. Agité también una mano en el aire y continué la marcha sin mirar atrás, emocionado y triste.

—Ella te ha enviado un mensaje— advirtiόμε Frofroló.

—¿Sí? ¿Qué dice?

—Que la hiciste pasar una noche encantadora... que sentiría mucho no volver a verte... que ella no te olvidará...

CAPITULO XXIII

QUE TRATA DE LOS DESQUICIADORES EFECTOS
DEL «KLOBAC» Y DE ALGUNAS RAMPLONAS
CONFIDENCIAS DEL COMPAÑERO FROFROLO.

Cuando después de volver a atravesar el oscuro laberinto de los pasillos subterráneos que conducían al interior de la Caverna llegamos a ella, un desolador espectáculo nos contristó el espíritu.

Todo el mundo estaba durmiendo la borrachera. Algunos Murciélagos no habían tenido tiempo de colgarse bien y pendían de una pata; otros yacían botados por el suelo sobre charcos nauseabundos. Momborotombo, baboso y sin corona. *aleteaba incoherencias* estúpidas, de bruces en la tarima pre-

sidencial. D'Auglabal, perdido su pulcro empaque parisién, sollozaba, lamentable y ridículo, desde el fondo del agotado barril del *Klobac*; a veces se interrumpía para declamar, vocalizando trabajosamente, una fábula de La Fontaine, que salía ahuecada como desde lo hondo de un pozo:

Je suis oiseau; voyez mes ailes!
Vive la gent qui fend les aires!

.....

Je suis souris; vivent les Rats!
Jupiter confonde les Chats!

.....

Y vuelta a sollozar sin consuelo. Enternecido lo saqué del pozo. No desmintió su estirpe el culto francesito, que a pesar de su estado deplorable agradeciome el servicio que le hacía con un gentil y desmayado *merci bien, monsieur*.

Un grupo de *anidarios* beodos, apelonados, repugnantes, formando algo así como un hediondo montón de negros calcetines sucios, eructaban una canción desentonadamente subversiva. Más allá otro grupo encharcado en... (Rehuyo insistir en la prolija descripción de tan abominable fin de fiesta, considerando la posible delicadeza de estómago del lector).

—¿Qué hacemos ahora, compañerito, por el amor de Dios?—pregunté a Frofroló.— Sácame de aquí; esto es asqueroso.

—De buena gana lo haría—contestóme—pero la del diablo es que no sé la fórmula de salida que rige para hoy; sábelo únicamente el Jefe... ¡el viejo idiota que no lo despertaría un cañonazo!

—¿Así es que voy a tener que quedarme aquí?

—No veo otra solución. Acomódate como puedas y esperaremos que se le pase la borrachera al Jefe... ¡El Jefe! ¡Viejo de... miércoles! ¡Qué hermosa ocasión para mandarlo a freír espárragos!... Si los *anidarios* no estuvieran tan encurdelados, por mi vida que ahora mismo hacía estallar la revolución! ¡Mecachis! Lo único que lamento es que te vayas a llevar tan mala impresión... Perdona que me exalte, pero es que tengo los nervios de punta. ¡Esta maldita neurastenia!...

—Cálmate, si no vale la pena... Los mandatarios de la Tierra clara hacen lo mismo.

En vista de que no había más remedio decidí quedarme. Además el frío de la madrugada me hacía tiritar y sentía los pies helados. Al efecto, puse el taburete tendido a guisa de almohada y utilizando el paño de catafalco de cobertor, envolvíme bien en él como los tonys de circo se enrollan en la alfombra de la pista y acomodéme resignado a

esperar los acontecimientos. Frofroló se instaló a mi cabecera. Charlamos para matar el tiempo.

—Oye—le dije— acuérdate que dejamos pendiente una discusión. Quedamos en que me demostrarías la posibilidad de lo pintoresco en tu república, la imposición del *color* en medio de la *sombra*. ¿Recuerdas?

—Exactamente. Y no me vuelvo atrás. Este es un tema que entra de lleno en la psicología experimental, y también, triste es decirlo, en las degeneraciones artísticas que subraya Max Nordau. Sin embargo es un estudio interesantísimo, no me lo negarás.

—Claro que no.

—El asunto no es nuevo en tu tierra pero en la nuestra sí. Conocerás indudablemente la «Teoría de los colores» de Goethe, el célebre soneto de las vocales de Rimbaud, etc. Ampliando la esfera de sensaciones tienes aquellas *correspondencias* que enunciaba Baudelaire en que junto al color entran en juego el perfume y el sonido. D'Auglabal lo repite a menudo:

les parfums, les couleurs et les sons se repondent...

Ampliando más la espera, abarcamos todo el caso Des Esseintes, aquel personaje huysmansiano con sus múltiples manías delirantes del olfato, de

sinfonías alcohólicas y otros desvaríos exquisitos... Pero veo que me alejo demasiado del punto principal.

—Así me parece.

—Vuelvo al color, entonces: al color literario, diré, a la Verbocromía. Sobre esto hay una importante *contribución al estudio de las facultades expresivas*, de Víctor Mercante, que precisamente fui a consultar mientras pelabas la pava con Lindururú, aprovechando un vidrio roto que da a la polorienta biblioteca de Jorge Gustavo Silva.

—¿Cuál de ellos? Porque hay como catorce del mismo nombre: periodistas, políticos, comerciantes, ¡qué sé yo!

—El que fué director de «Sucesos».

—Ah, ya.

—Bueno. Naturalmente que ahí no se trata más que del color en la palabra, cosa que en relación a nosotros, dada nuestra especial idiomografía quiróptera, no tiene importancia directa. Mi trabajo consiste, pues, en trasmutar los valores orales en valores vibratorios; implantar ese *ropaje cromático de la palabra vida* entre los hombres en *vibraciones cromáticas de la expresión sentida* entre los Murciélagos. En vez, entonces, de la Verbocromía la Vibrocomía. ¿Comprendes?

—Apenas.

—Voy a ilustrarte con un ejemplo. El Murciélagó, pongo por caso, por lo mismo que resume y compendia la oscuridad y constituirá siempre una cosa negra, un símbolo oscuro, no es sombrío. Es sombroso. Esa «i» de *sombrío* aclara demasiado la imagen. Es *sombroso*, vocablo mucho más tenebroso y monótono y que estaría definitivamente bien si no fuera un poco liso, romo. Mejor resulta ombrajoso, porque además de ser un adjetivo dignificado ya por Azorín, posee la condición misteriosa y el aspecto y el sexo y el alma del Murciélagó. Ombrajoso: palabra suave al principio, vertebrada en el centro y adornada al final de colgantes hojas oscuras, luctuosas, fúnebres. ¡OMBRAJOSO! He ahí el Murciélagó, afelpado, con su esqueleto dentro y el flexible varillaje que sostiene sus membranas de luto. Esto es en cuanto a la palabra oída, porque su equivalente en nuestro idioma, el encanto de su hallazgo mudo no podrías comprenderlo jamás, a no ser convertido en Murciélagó.

—Basta, Frofroló; no dudo ya que puedas arribar a buen éxito con tus teorías, pero no insistas en ello que se me agita el cerebro y me desvelo. Se te ocurren unas cosas...

—Como quieras; tú dirás.

—Dime, ¿qué hubieras hecho de tu vida si llegas a nacer hombre?

—Lo mismo que ahora, salvo pequeños detalles...

—A ver, explícate.

—¿Qué hubiera hecho? Pues... vagar entre las ruinas de las ciudades antiguas, llenas de recuerdos, un poco triste y otro poco irónico... Amar las bellas estatuas, patinadas por el beso amarillo del tiempo... Contemplar, fumando un buen habano y sintiendo en el corazón el peso del crepúsculo, como innumerables velos de seda melancólica, la fuga de las golondrinas viajeras... Beber champaña con versos de Samain, en una tibia *garconière*, mientras afuera llueve finamente, admirando el juego de contraluces en un rostro de mujer cerca de la ventana, iluminado por la pantalla roja y la línea del perfil dibujada por la luna... y amigos y música y flores y senos de morenas o rubias, senos de satinado fresón—confites de naranja o de rosa que hubiera mordido con los párpados cerrados... Y ser un hombre célebre, atrayente, brillante, envidiado, calumniado, tener un galgo fiel y jugar al diábolo con los corazones unidos de una duquesa pecadora y una monja pálida... Después, después... francamente dudaría entre meterme fraile y decorar mayúsculas historiadas en viejos misales, acabando mis días en la paz del convento o pegarme

un tiro a las seis de la tarde en medio de un *boulevard*. No sé.

—Pero poeta de mi alma, ese es un romanticismo muy trasnochado y muy añejo.

—¿Y quién que es no es romántico?

—Así dicen. Mira, ¿no te obsesiona la idea de no ser hombre, de no poder escuchar nunca un «yo te amo» de una adorada boca de mujer?

—Te diré: en primer lugar. a mí, fuera de cimentar mi teoría vibrocromática no me obsesiona más que una cosa: no saber por qué dice «*Ahí va*» en el caballo de copas de la baraja española, ¿tú lo sabes?

—Nó.

—Y en segundo lugar me parece que no podría convencerme nunca de la posesión completa, entera, absoluta de una mujer. ¿Mía? ¿sólo mía? No. Algo me robarían sin que ella misma lo supiera o pudiera evitarlo, los botones de los militares, el *sportman* del auto gris, el autor de la novela que escondió debajo de la almohada y hasta aquellos mozos de bigote retorcido que salen retratados en los periódicos, esos que matan a la novia de un pistoletazo. Prefiero el amor de las Murciélagas, pues salvo las innatas diferencias de espíritu, en el exterior somos todos casi idénticos y las hembras han sido siempre tan superficiales.

—No tanto, compañero, las hay que...

—¿Lo dices por Lindururú? Al fin y al fan son todas lo mismo.

—Quien sabe... Oye ¿por qué no cuentas alguno de tus amores?

Frofrolo empezó a contarme un tremendo idilio; pero yo no convivía su emoción, y esto da sueño.

—Una noche lejana la conocí. Fué en el vetusto campanario de una aldea...

El compañero se ponía aterradoramente cursi. Yo comenzaba a adormilarme y le oía ya muy confuso. Recuerdo que iba en la sabrosa descripción del primer beso— con *vida mía* y todo— que se dieron debajo de una teja cuando me quedé dormido.

CAPITULO XXIV

DONDE SE HACE UN PATRIOTERO PARÉNTESIS BELICOSO Y EDIFICANTE

Desperté a las dos de la tarde. ¡Qué dolor de cabeza!... Pero... ¿eh? ¿qué escucho? No sé si es en mi cerebro o allá en la calle donde retumba un cóncavo fragor que repercute en mi estómago vacío:

—¡Momborotombo!... ¡Momborotombo!... ¡Momborotombo!...

Toqué el timbre. Apareció el mozo. ¿Qué pasa allá afuera?

—Es la movilización, señor. Son las tropas que

van al Norte. ¿No ve que dicen que vamos a volver a tener guerra con el Perú?

—Bueno. Tráeme una *pilsener*.

Mientras volvía el mozo me asomé al balcón. Bajo una fina llovizna que brillantaba el asfalto de la Alameda, haciendo resonar el suelo acompasadamente, briosamente, marchaban los batallones de soldados morenos, atezados, apretando con energía la culata de sus rifles al hombro. Una hormigueante multitud de todas las clases sociales mirábales desfilar, vitoreándoles, arrojándoles flores.

Los tambores seguían redoblando:

—¡Momborotombo!... ¡Momborotombo!... ¡Momborotombo!...

Estremecíme hasta la médula de los huesos. Hay tres cosas que pueden más que yo, que me entusiasman, que me enloquecen, que me hacen vibrar por encima de todas las convicciones más arraigadas y profundas. Son estas: la murga de un circo pobre, un lamento en la noche y el tambor de un regimiento que pasa. Y el regimiento era mío, de mi tierra querida; y los bizarros soldados morenos, de apretada boca y avanzado mentón ceñido por el barboquejo del casco reluciente, iban a la frontera amenazada, a dar cara al invasor, a morir, talvez, en defensa de la patria.

Rompió una banda con el Himno de Yungay.
¡Viva Chile!

Vibraba todo entero, electrizado; las lágrimas corríanme por el rostro. Y en ese mismo instante me prometí mandar al diablo todo y enrolarme en el Ejército para ir a combatir al lado de mis hermanos hasta hacerme matar sobre el campo de batalla.

(¡Estéril entusiasmo! Luego se supo que la tal amenaza fronteriza que motivara la movilización no fué más que un ardid fraguado en las altas esferas políticas—como dicen los gacetilleros— la más in-noble combinación para producir el pánico y de-preciaar ciertas acciones que, hábilmente acapara-das durante la baja, hincharon después la bolsa in-saciable de los promotores del fraude.

Para colmo, a los estudiantes federados que se atrevieron los primeros a denunciar el juego, las turbas sugestionadas de *bélico ardor*, les incendia-ron su «Club». por «traidores vendidos al oro del Perú»; ¡Menudo juego que le costó al Gobierno de Chile, cerca de sesenta millones de pesos tirados por la borda! ¡Y sea usted patriota!).

—Señor, la *pilsener*

Los tambores seguían redoblando:

—¡Momborotombo!... ¡Momborotombo!... ¡Momborotombo!...

CAPITULO XXV

EN EL QUE SE COPIAN REVELADORES FRAGMENTOS DEL «DIARIO ÍNTIMO» DE UN CÓMICO

4 de Abril.

Hoy he aceptado una contrata imprevista que me conviene hasta cierto punto. Se trata de una jira artística por las provincias del Sur. Salimos pasado mañana en el tren de las 8.45.

10 de Abril.

Es extraño lo que me pasa. ¿Qué será? A pesar de la agitación de la vida farandulera, sonajera comparsa que frivoliza el ánimo, tapando los cotidianos sinsabores, como si la farsa escénica prolon-

gara su influjo hasta encarnar en el alma creando una segunda naturaleza un poco más desaprensiva que la propia; a pesar de ir gozando a mis anchas el carnaval de la emoción vagabunda que subyuga y arrastra con su hechizo—aventuras pintorescas, cenas de artistas, desfiles de almas y paisajes desconocidos—todo eso que saboreó con fruición mi disparatada índole bohemia, yo no me siento bien. Me encuentro mal. Descentrado. Algo me falta que no sabría precisar. Ando de muy mal humor. No me interesa nada. Todo lo encuentro hueco y sin enjundia. No sé lo que me pasa.

12 de Abril.

Hoy he salido a escena con el frac arrugado. Toda la ropa anda así, revuelta y descuidada, escapándose por su voluntad de los baúles abiertos. Esto no significaría mucho, pero el caso es que el mismo desorden campea en mi alma. La maleta de los libros preferidos permanece intacta. No tengo ganas de leer.

24 de Abril.

Hemos pasado por San Javier, por Linares... ¡Qué pueblos más aburridos! Y este otoño amarillo, con ese viento de la tarde que hace bailar las hojas secas y las arrastra, las arrastra sobre la tierra

y crujen cuando uno las pisa... ¡Me cargan los pueblos! ¡Me carga el otoño! ¡Me carga el viento de la tarde que hace bailar las hojas secas! ¡Uff!

1.º de Mayo.

Me desconozco. ¿Yo soy yo? Mi temperamento, si bien entristecido a ratos, fácil al entusiasmo, comunicativo y derrochador de sí: esponja que absorbe del ambiente propicio la alegría que pasa y la estruja asperjándola alrededor; mi camaradería, mis vehemencias, esa caza del ensueño, esa novelería, ese amor delirante por la vida inquieta, todo va muriéndose en mí, cayéndose de mí como los pedazos multicolores de un traje viejo de Arlequín, fabricado de papel...

5 de Mayo.

Me estoy convirtiendo en un ser molesto, antipático. Suelo contestar con grosería. Me aislo en lo posible de los compañeros. El teatro que fué la locura de mi juventud, por el que todo lo desprecié, hállolo ahora tonto; un embeleco falso para bobos. Trato de sugestionarme con sus colorinescas bambalinas, su anímica corriente de ovaciones y sus candilejas radiantes; todo inútil: el teatro me parece una de esas engañosas manzanas, de tersa cáscara arrebolada, sanas por fuera, desjugadas y

terrosas por dentro; pulpa venenosa de esas manzanas, que dicen que se producen en las orillas del Mar Muerto, y que al mascarlas dejan en la boca un sabor a ceniza...

7 de Mayo.

He tenido un violento altercado con el camarero porque se atrasó con la ropa de la función. Y la culpa fué mía: salí dejando con llave la puerta del cuarto. Ya no tengo dominio sobre mis nervios. Me he vuelto taciturno, irascible. A veces me obsesiona esta frase de un desconocido pensador: «El mundo huele a podrido; los Hamlets de hoy han perdido el olfato». Creo que me estoy poniendo neurasténico.

11 de Mayo.

Un compañero, Alejandro Flores, ese cómico petulante que se imagina que todas las mujeres se mueren de amor por él—lo que a mí me dá una rabia feroz—me ha dicho esta tarde que le parece que yo estoy enfermo y que debo ver un médico. Lo mandé a paseo.

13 de Mayo.

Ya no puedo dormir. Me doy vueltas en la cama pensando mil cosas extravagantes. Soy víctima de un súcubo infernal.

14 de Mayo.

Hay que ser fuerte. Hay que mirar el peligro cara a cara. No quiero confesármelo a mí mismo pero la aterradora verdad se impone por sí sola. Anoche no he podido más y he llorado de desesperación. Es una cosa atroz, incalificable, monstruosa. ¡Dios mío! Yo no tengo salvación ni perdón posibles. En medio del insomnio negro que martillábame las sienes, sobreexcitándome la imaginación ha surgido el fantasma adorado. Entonces, como un fucilazo cárdeno en una nébula sombría ha fulgurado un milésimo de segundo, sin atenuantes, vivísimo, el secreto estupendo, la clave indubitable de mi neurastenia, la verdad horrible:

YO ESTOY ENAMORADO DE LINDURURÚ.

17 de Mayo.

En medio de la noche vuelvo a encender la luz. ¿Es la fiebre talvez la que me dicta? ¿es el delirio de los ojos sin sueño? ¿es la locura? Yo no lo sé... Sólo sé que es un vértigo maligno, un ansia imperiosa, un deseo irresistible lo que me lanza sobre esta hoja de papel inútil para escribir, para gritar, para gemir, para aullar esta «*Canción del insomnio a Lindururú, la Murciélaga*».

Desgarrón de una sombra dolorida:

¡muñeca de magia!

Pequeña pampa fúnebre de mi alma:

¡virgencita negra!

Sobresalto del sueño desvelado:

¡*kiss-me* del infierno!

Cajita de una música lejana:

¡pajarita huérfana!

Ocarina del llanto funerario:

¡joya de azabache!

Corazón de la noche sin aurora

¡princesa embrujada!

Estrofa del poema de una muerta

¡chiche de otra vida!

Imposible quimera de pecado:

¡vampiresa mía!

¡Murciélagas! ¡Murciélagas! ¡Murciélagas!

Carboncito de perfume voluptuoso,

ven a quemar tu espíritu de sándalo

sobre la brasa de mi corazón;

y ahoga con el humo de tu aroma

mi siniestro clamor.

¡Murciélaga! ¡Murciélaga! ¡Murciélaga!
Venda mis ojos con la seda lóbrega
de tus alas y ayuda a bien morir
este delirio insomne y afiebrado...
¡Hazme dormir!...

¡Murciélaga! ¡Murciélaga! ¡Murciélaga!
Iré a buscarte allá por los confines
del sueño más remoto y más profundo,
al reino oscuro donde moras tú.
Será tu nombre mi canción de cuna:
Lindururú... Lindururú...

18 de Mayo.

Hoy no he ido al ensayo; pretexté una indisposición. Son las tres de la tarde. A través de los vidrios de mi ventana veo extenderse una parda perspectiva de tejados chatos, algunos con pasto verde; de la chimenea de una fábrica sale una sucia humareda que mancha el cielo azul: todo vulgar, sin interés. Sobre mi mesa el tintero aguado y la pluma herrumbrosa—¡miserables hoteles de provincia!—libretos de obras en estudio, el cuaderno de mi *Diario* y una hoja arrugada de papel; en ella escrita a lápiz mi canción de anoche. Me parece

inaceptable. Esto no está bien. Analicemos a sangre fría. A ver. En libros de medicina yo he leído casos de enamorados de las estatuas, de las muñecas de cera, de las estampas, de cualquier objeto: un zapato femenino, una copia, un pañuelo, etc. En la literatura, entre muchos otros, recuerdo el caso de divorcio que cuenta Maupassant de aquella mujer casada con un hombre apasionado por las flores. En la vida conozco un sujeto que adora las locomotoras en marcha, cuyo vaivén de bielas y funcionamiento de émbolos le suelen causar verdaderos espasmos amorosos. Pero estos hechos, con ser morbos que tocan los límites del extravío mental o entran resueltamente en la degeneración erótica no son ni con mucho un antecedente aproximado de mi delirio. Siquiera aquéllos amaban o aman cosas tangibles, existentes, reales, fáciles de lograr—hasta cierto punto, se entiende—. Pero yo no: yo adoro un ser abstracto, hijo de mi fantasía, aborto de una mala pesadilla, algo que fué solamente el reflejo de una sombra momentánea en la vaga subconsciencia de un profundo letargo. ¡Ni siquiera un fantasma! No puede ser. No puede ser.

24 de Mayo.

He pasado varios días sin escribir una sola letra en este *Diario*. He tratado por todos los medios

a mi alcance de sustraerme a mi obsesión. Todo inútil. La obsesión cunde más y más; se enseñorea de mi pensamiento, avasalla mi voluntad. Ya no me cabe la menor duda que se trata de una venganza de Abenabembo. ¡El pobre Abenabembo! Pero ¿acaso no le recé la Oración? Vaya, ¡qué digo!... ¿Si tendrá razón ese maldito de Alejandro Flores y estoy de veras enfermo?

26 de Mayo.

Son las cuatro de la madrugada: lo han asegurado melancólicamente todos los campanarios de San Carlos. Yo vuelco en este cuaderno trajinado el oculto suplicio de mi desvelo. ¡Amadores de ideales imposibles, novios de una quimera inmortal, vosotros no habeis sufrido nunca el negro torcedor que me consume, el duelo torturante, la pena inaudita, desesperada, frente al vacío donde mi amor disuélvese sin la más remota esperanza de consuelo!

Ni el tormento que corroe las almas cuando lloran un gran amor perdido; ni la angustia de llevar perennemente sobre el corazón el recuerdo de una dulce niña muerta; ni la locura del macho en celo, encadenado frente al baño de las ninfas; ni la rabia humillante de la pasión rechazada; ni la brama nocturna del cartujo, ni la impura ambición del

presidiario; nada, es comparable con mi atroz suplicio, incubado en la sombra y a la sombra devuelto como un alarido!

¡Sufridores de la nostalgia! ¡Desgarrados por la ausencia! ¡Desesperados de imposibles! No valeis todos juntos mi dolor.

A vosotros os queda la ilusión de la espera; yo no espero nada.

En vosotros existe la evocación del pasado; yo la ví en sueños.

Vosotros hubisteis su cuerpo palpitante y su boca ardiente; yo soy el amador de lo que nunca ha sido ni será jamás.

27 de Mayo.

Tiemblo ante la idea de que alguien pueda leer este *Diario*. ¿Qué pensarían de mí?... (Siguen algunas consideraciones sin importancia).

29 de Mayo.

Me agravo por momentos. Peso cuatro kilos menos. No puedo tocar el terciopelo sin recordar *su cuerpo*. Esta circunstancia me ha distanciado más de una señora que me persigue obstinadamente. No puedo soportar la *Sinfonía* de la orquesta, porque hay algunos trémolos de flauta que recuerdan *su voz*. Anoche estrenó la dama joven

unos pendientes de piedras negras del Brasil y casi me dió un síncope. ¡Sus ojos! Esas pupilas retintas, húmedas, tiernas, adoradas... Estoy hecho un estropajo. Carne de manicomio. Candidato al suicidio a paso de carga.

30 de Mayo.

Para colmo, esta tarde al ir a comprar un caruncho en la cigarrería, ví unos ejemplares de la «Novela Semanal» alineados detrás de unas cajas habaneras y me tentó un título de Ramón Gómez de la Serna: «La otra raza». La otra raza: pensé. ¿Cuál será la otra raza? Y lo compré.

Empecé a leer la novelita sentado en un banco de la plaza. Se trata de la inadaptación de un malayo al ambiente europeo. Hasta ahí iba bien. Pero resulta que el malayo tiene un amigo apellidado Meuces, jorobado por añadidura el cual durante una charla íntima le pregunta de repente y sin que venga al caso:

—«¿No verán los Murciélagos la ronda del pecado mortal?»

Y el malayo, ¡malhaya sea su alma! va y le dice:

—«¡Qué enormes son los de por allí!... Si los viesen entonces sí que te creerías que eran los alguacilillos de la noche... En mi alcoba se metían

todas las noches dos o tres... Yo me defendía con las almohadas.

(Durante un momento domina la imaginación como una revulsión el recuerdo de los Murciélagos muy negros en contraste con las almohadas y las sábanas muy blancas—comenta el autor).

—A alguno, continúa el malayo, le clavé en la pared y le hice fumar, le dí de beber o le hice soñar que era un ángel Luzbeliano dándole un poco de la coca que guardo siempre para las neuralgias...

El recuerdo más vivo de enemigo que tengo es el de un Murciélago que me maldijo indudablemente.

—¿Cómo eso?

—Una cosa extraña... Le había estado martirizando, cuando pareciéndome que olía mal su sufrimiento, le desclavé y le solté que volase... Salió de estampido, y antes de reintegrarse a la sombra volvió la cabeza y me chilló no sé qué cosa... Así es que estoy maldito por un Murciélago, que es peor que por una gitana... Y le tengo mucho miedo porque son el espíritu santo de Satanás como la paloma lo es de Dios... Y que me perdone Dios la comparación...

El malayo «se santiguó» con el miedo que le habían impuesto indudablemente los antiguos mi-

sioneros con su insistencia sobre las almas de sus antepasados usando las horas negras y tremulantes de las islas y las selvas».

Yo encendí un fósforo y prendí fuego a «La otra raza» que ardió en el suelo hasta apagarse. Y quedó la silueta de un Murciélago hecho de negro papel encarrujado.

2 de Junio.

Hoy he ido a ver un médico. Me tomó el pulso, me hizo sacarle la lengua, me acostó, me dió golpecitos en la boca del estómago, me puso de pie, me escuchó el pulmón, me hizo decir ¡ah! y ¡33! Un examen muy detenido, como si se tratara de un caballo de carrera en vísperas del gran premio. Después me hizo la mar de preguntas. Después arriscó la nariz. Después se rascó la coronilla. Después enarcó las cejas. Después habló: Usted no tiene nada. Aprensiones. Un simple desarreglo nervioso acentuado por la vida que lleva. Esto pasa pronto. Sujétese a un régimen: acuéstese temprano, dése un paseito por la mañana, no lea, no escriba, evite las emociones fuertes, abandone los excitantes, el alcohol, el tabaco, el té, el café y... lo demás. Sol, mucho sol. ¡Ah, y frutas cocidas! ¿Qué dan esta noche en el teatro?

2 de Julio.

He pasado un mes sin escribir una línea. Hoy he abierto distraído este cuaderno, y al releer sus páginas me he largado a reir estrepitosamente. ¡Qué bárbaro! ¡Pero qué bárbaro! En fin, ya estoy curado de mi gran amor; el régimen de las frutas cocidas parece ser un triunfo de la terapéutica. He recuperado mis cuatro kilos.

Anoche le oí decir al representante que terminábamos la jira el Lunes. Habrá que empezar a hacer los baúles.

CAPITULO XXVI

DONDE POR FIN TERMINA ESTA VERÍDICA HISTORIA, ESPELUZNANTE, ABSURDA Y MELANCÓLICA.

Regresamos a la capital en lo más crudo del invierno.

Una noche recordé a mi viejo amigo E.... de V.... —aquel solitario cazador del Murciélago causante de todo.— Mi último viaje fué tan imprevisto que partí sin despedirme de él; tampoco habíale escrito durante la jira, y teniendo, como tenía, cosas que contarle, a verlo fuí.

De a pie por esas calles de Dios, resonantes bajo el cielo conjelado, de cristal, taconeaba fuer-

temente considerando el estado crítico de una muchedumbre de estrellas que tiritaban de frío. El paso rápido y un cuchillero viente-cillo norte, soplando de cara, arremolinábame un cabo suelto de la bufanda—como un inquieto penacho lírico contento de tremolar en el aire de la noche—pensaba yo, atisbando mi sombra en la pared—o como una involuntaria escapatoria mía de qué sé yo que sempiterno anhelo sin sentido. ¡Cavilaciones sentimentales! ¡Engañifas risibles! ¡Qué bien comprendo ahora que aquella punta suelta, sin el calor de mi garganta, tiritaba de frío, también como las estrellas!

Pero esto no tiene ninguna importancia. El caso es que encontré a mi amigo, como siempre, rodeado de figurillas chinescas y dibujos de Kirchner, en su casita de barrio apartado, en su rincón sibarítico, tapizado de rameada cretona hasta el forro de los divanes «profonds comme des tombeaux».

Al amor de un buen brasero de cobre, chisporroteante, y una botella de oporto con las consabidas galletas desenrollé la telaraña de *mi aventura*.

¡Oh, cruel desilusión! Aquel amigo entrañable no me creyó una palabra. Fué inútil convencerlo de mi veracidad. Me trató de fantástico, de misticador del desvarío, de *poseur* inaguantable y

otras lindezas por el estilo. Y una gran desolación cayó sobre mi espíritu.

Porque no hay cosa más tremenda que saber indisoluble la amarra que confunde la sinceridad con la comedia del sentimiento.

Prolongamos la velada comentando muy concienzudamente el último crimen pasional: una señora que mutiló con unas tijeras a su marido infiel mientras dormía. Yo opinaba que aquello estaba mal. El opinaba que aquello estaba bien. Nos pusimos de acuerdo.

—Oye—díjete de pronto— ¿dónde está tu famoso ataúd, que no lo veo?

—¡Dónde ha de estar!, en el cementerio. Va para dos meses que me sepultaron.

— ¡Ah, ya! ¿Hubo siquiera buen acompañamiento?

—Nadie. Apenas yo.

—¡Esos amigos! Pero se explica: siempre fuiste un solitario. Y al esqueleto disfrazado de Pierrot, ¿lo enterraste también?

—¡Cómo se te ocurre! Ese está detrás de aquel biombo. Lo tengo ahí porque a... ¡bueno! porque a cierta dama que se digna descender hasta mi humilde morada le dá mucho miedo verlo. Además con ese Murciélagó disecado que tiene en el pecho...

No pude resistir a la tentación de verlo. En efecto, plegando el biombo, descubrí al Pierrot despatarrado en el suelo como un beodo de ultratumba después de una farra en una noche de Carnaval. El pobre Abenabembo estaba lamentable desparramando su cadáver de tinta vieja sobre el pecho del macabro esqueleto.

Quise hacer una frase, una gran frase. de final de libro, lapidaria, genial; pero no pude porque por encima de la golilla de encajes la calavera amarillenta y carcomida prolongaba su eterna carcajada de idiota.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
CAP. CERO.—Que trata de la misteriosa condición de estos Murciélagos, con otras muchas cosas indignas de ser contadas	9
» I.—Donde a pesar de la oscuridad algo se alcanza a ver en el fondo de la Caverna	17
» II.—En el que Momborotombo desembucha una erudición fácil y barata juntamente con otras majaderías	25
» III.—Donde se declara la causa del efecto y se dan detalles de un horrendo crimen	31
» IV.—En el que los cigarrillos ingleses y el estilo barojiano juegan un importante papel	37
» V.—Donde se da comienzo al relato de la aventura del bote	43
» VI.—En el que después del artificio de las luces aparece el artificio de las sombras	47
» VII.—De cómo proyéctase la infancia cinematográficamente	53
» VIII.—En el que se interrumpe la proyección y finaliza la aventura del bote... ..	57
» IX.—Donde la petulancia de Momborotombo toca los límites de lo inaguantable	61
» X.—De cómo el poeta Frofrolo exalta el alma murcielaguesca de la Edad Media	67

	Págs.
Cap. XI.—Que trata de la poca o ninguna importancia que en sus dominios han concedido al Murciélago las letras y las artes... ..	77
» XII.—En el que se reza la oración al pobre Abenabembo y nada más	91
» XIII.—Donde resulta que es muy difícil o muy fácil salir por donde se entró	103
» XIV.—Que trata de una inquieta jornada teatral, con algunos sabrosos comentarios	109
» XV.—Que trata de la segunda visita a la Caverna en una noche de gala, con otros pintorescos detalles	119
» XVI.—De cómo siente Grongarelo la personalidad literaria	133
» XVII.—En el que se comenta la «Danza Macabra» ejecutada por la «Frozz-Band»	143
» XVIII.—De cómo las «Cuatro palabras» de Momborotombo se multiplicaron terriblemente según se verá	149
» XIX.—Donde se producen los extraños pensamientos emitidos durante una sesión solemne en «The Bat's Academy»	159
» XX. En el que después de agradecer el Hombre la Tierra Clara la manifestación se despeja el misterio del nicho vacío	183
» XXI.—Donde a lo largo de oscuras galerías se refieren interesantes episodios históricos, con otras cosas dignas de saberse	191
» XXII.—Que trata de Lindururú, de su vida romántica y solitaria, y de un poco de amor al claro de luna	201
» XXIII.—Que trata de los desquiciadores efectos del «Klobac» y de algunas ramplonas confidencias del compañero Frofrolo... ..	215
» XXIV.—Donde se hace un patriotero paréntesis belicoso y edificante	225
» XXV.—En el que se copian reveladores fragmentos del «Diario íntimo» de un cómico	229
» XXVI.—Donde por fin termina esta verídica historia espeluznante, absurda y melancólica... ..	243

FÉ DE ERRATAS

PÁG.	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
4	5	Soneto de la vida de teatro	Sonetos de la vida de teatro
33	24	encerado un negro	encerado en negro
35	20	rodilla	golilla
38	18	representaba	representa
48	6	incandecentes	incandescentes
50	11	disminúa	disminuía
57	5	<i>flon</i>	<i>flou</i>
63	23	nuestro	vuestro
94	17	menos	mamas
95	22	hijo	higo
97	17	funerario	funeral
101	9	por ambición	por la ambición
105	9	invites	imites
105	25	perdóname	perdóneme
112	25	eurituria	euritmia
129	1	Andrief	Andreief
141	1	muzgo	musgo
145	21	florecidas	florecida
171	7	obseno	obceno
193	15	crima	crisma
197	22	inconscistentes	inconsistentes
199	13	cubiertas	enhiestas
199	14	respondíame	respondióme
205	5	asabache	azabache
206	24	silvarse	silbarse
218	25	espera	esfera
223	4	no cuentas	no me cuentas
234	3	pampa	pompa
236	5	copia	cofia
239	20	verán	serán

EL AUTOR.

OBRAS DE LA EDITORIAL NASCIMENTO:

Se remiten a vuelta de correo contra giro postal o letra

Pedro Sienna, «El Tinglado de la Farsa» («Poesías») . \$ 8.—	Ricardo 2.º Villagra, «Diálogos y Monólogos Cómicos» \$ 1.50
«La Caverna de los Murciélagos» (Novela) 5.—	«El Teatro de los Niños», 2 tomos 2.—
Dr. Valdés Cange (Alejandro Venegas) «Por Propias y Extrañas Tierras» 6.—	Marcelle Auclair, «Novela del Amor Doliente» 6.—
Eusebio Lillo, «Poesías» 6.—	Armando Moock, «Sol de Amor» 6.—
Pedro Antonio González, «Poesías» 6.—	Carlos Cariola, «On Parle Français (Comedia cómica)» 1.50
A. L., «Hogar» (Novela) 4.—	Henri Ardel, «Corazón de Escéptico» 5.—
Teresa Wilms Montt, «Lo que no se ha dicho» 6.—	Stoddard, «La amenaza del Sub-Hombre» 4.50
Rafael Maluenda, «La señorita Ana» 5.—	O. Swett Marden, «Voluntad de Acero» 2.—
Eduardo Barrios, «El niño que enloqueció de amor» 4.—	«Cada Hombre un Rey» 4.—
«Páginas de un Pobre Diablo» 6.—	«Puede el que cree que puede» 4.—
Victor Domingo Silva, «Palomilla Brava» 6.—	Guerra Junqueiro, «Sus mejores Poemas» 6.—
«Golondrina de Invierno» 5.—	Amado Nervo, «Sus mejores Poemas» 6.—
«Sus Mejores Poemas» 6.—	Armando Donoso, «Nuestros Poetas» (Antología) 10.—
César Cascabel, «Cien Nuevas Crónicas» 5.50	«Las mejores Poesías para la Declamación» 6.—
«Reflexiones de un Optimista» 6.—	Paul Bourget, «El Demonio del Mediodía», 2 tomos 10.—
Daniel de la Vega, «Las Montañas Ardientes» 2.50	«Cómo se juega al Football», con ilustraciones y el reglamento oficial 2.—
«La música que pasa» 2.50	Effie A. Rowland, «Ambición de Madre» 5.—
«Los Horizontes» 4.—	Samuel Lillo, «Literatura Chilena» 4.—
«La Luna Enemiga» 3.—	Vicuña Mackenna, «Seis Años en el Senado de Chile» 2.—
«Un año de Inquietud» 6.—	Marta Brunet, «Montaña Adentro» 5.—
María Monvel, «Fué Así» 4.—	Javier Vial Solar, «Tapices Viejos» 6.—
L. Orrego Luco, «La Vida que Pasa» 3.50	Pedro Prado, «Un Juez Rural» 6.—
T. Gatica Martínez, «Los Figurones» (Novela) 5.—	Pablo Neruda, «Veinte Poemas y una Canción Desesperada» 6.—
«Fifi», (Novela) 6.—	«Crepusculario» 6.—
Senén Palacios, «Hogar Chileno» 5.—	
Vives Solar, «Rapa Nui» 3.50	
J. Edwards Bello, «El Roto» 6.—	
«La Muerte de Vanderbilt» 6.—	
«Cuentos de Todos Colores» 5.—	
H. González, «Chaplin, su vida, su celebridad» 3.—	
Mariano Latorre, «Ullv» 5.—	
«Zurzulita» 6.—	